

PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

NUESTRA AMERICA

en lucha por su
verdadera independencia

Armando Hart	José Antonio Portuondo
Mariano Rodríguez	José Luis Balcárcel
Miguel Cossío Woodward	Volodia Teitelboim
Antonio Nuñez Jiménez	Guillermo Toriello
Alonso Aguilar M.	Luis Suardiaz
Manuel Maldonado-Denis	Eduardo Galeano
René Zavaleta Mercado	Luis Cardoza y Aragón
Pablo González Casanova	Claribel Alegria
Jaime Mejía Duque	Ernesto Cardenal

ESTRA AMERICA

HC126/N83



11269



**NUESTRA AMERICA
EN LUCHA POR SU VERDADERA
INDEPENDENCIA**



**E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.**

Colección: PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Avenida Copilco 300
Locales 6 y 7
México 20, D. F.

ISBN-968-427-090-9

Primera edición: 1981

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

CONTENIDO

Presentación	7
Fragmentos	
Simón Bolívar, José Martí, Segunda Declaración de La Habana	10
ARMANDO HART	
Discurso de apertura	14
MARIANO RODRÍGUEZ	
Palabras introductorias	31
MIGUEL COSSÍO WOODWARD	
Crítica del desarrollo y subdesarrollo crítico	36
ANTONIO NÚÑEZ JIMÉNEZ	
Imperialismo y dependencia	48
ALONSO AGUILAR M.	
Factores socioeconómicos que afectan la soberanía de nuestros pueblos	58
MANUEL MALDONADO-DENIS	
La liberación nacional: imperativo categórico de Nuestra América	72
RENÉ ZAVALETA MERCADO	
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA	
La razón de la soberanía	81
JAIME MEJÍA DUQUE	
Soberanía, revolución y cultura en América Latina	85
JOSÉ ANTONIO PORTUONDO	
La cultura de la liberación en Nuestra América	100
JOSÉ LUIS BALCÁRCCEL	
La necesidad de la soberanía y la cuestión cultural	113

VOLODIA TEITELBOIM	
Santa Fe y los intelectuales de América Latina	127
GUILLERMO TORIELLO GARRIDO	
Problemas y situaciones actuales en la lucha por la soberanía	144
LUIS SUARDÍAZ	
Medidas concretas que pueden y deben tomar los intelectuales	151
EDUARDO GALEANO	
La revolución como revelación	160
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN	
Guatemala, 1981	172
CLARIBEL ALEGRÍA	
La lucha liberadora de El Salvador: un desafío a las pretensiones imperialistas de Reagan	180
ERNESTO CARDENAL	
Discurso de clausura	187
ANEXOS	
– Declaración final	193
– Sobre el Comité Permanente de Intelectuales por la soberanía de los pueblos de Nuestra América	196
– Carta al pueblo y a los intelectuales norteamericanos	197
– Respuesta de los intelectuales norteamericanos	198

PRESENTACIÓN

Del 4 al 7 de septiembre de 1981 se celebró en la ciudad de La Habana, bajo los auspicios de la Casa de las Américas, el Primer Encuentro de Intelectuales Latinoamericanos y Caribeños por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. El evento fue sin duda muy importante porque participaron en él cerca de trescientos intelectuales que presentaron más de cincuenta ponencias sobre los temas propuestos por los organizadores. Y sobre todo porque los asistentes mostraron una profunda comprensión de los temas a debate, de la significación política del momento en que la reunión se celebraba y de la gravedad del peligro que, debido a la agresividad del gobierno de Reagan en los Estados Unidos, amenaza a nuestros pueblos y especialmente a aquellos que como Cuba, Nicaragua, Granada, El Salvador y Guatemala, se han liberado ya del imperialismo o avanzan en esa dirección.

Muchas fueron las cuestiones de interés examinadas en las ponencias o surgidas en los debates. Pero acaso el hecho más significativo del encuentro de La Habana fue que, a diferencia de lo que suele ocurrir en reuniones similares, los participantes, casi siempre sin siquiera referirse expresamente a ello, dejaron constancia de que comprendían que el momento reclamaba no caer en circunloquios retóricos, no discutir cuestiones secundarias, no limitarse a hablar, y comprender que lo más importante esta vez no era lo que cada quien pudiera aportar individualmente desde su campo de trabajo ni tratar de dirimir las discrepancias que sin duda estaban presentes, sino aprovechar al máximo las

bases de acuerdo y abrir un ancho cauce a la acción conjunta.

En el evento participaron conservadores, liberales, socialdemócratas, cristianos y marxistas, y en general personas con formación, escuelas, estilos y oficios diversos. Seguramente muchas de ellas, venidas de lugares lejanos, no habían coincidido hasta ahora en un evento análogo ni fácilmente lo habrían hecho de no ser por la gravedad de la situación internacional. Aun intelectuales a quienes fue imposible estar presentes como Julio Cortázar, Augusto Roa Bastos, Darcy Riveiro, Carlos Martínez Moreno y otros, enviaron mensajes de adhesión y contribuyeron al éxito del evento, cuya «insólita unidad» como dijera Mario Benedetti al comentar días después lo acontecido en La Habana, obedeció fundamentalmente a un factor llamado Ronald Reagan.

Y en efecto con su bomba de neutrones, con su histórica escalada armamentista, con su empeño en avivar la guerra fría, con su odio al socialismo y a la causa de la liberación nacional y sus frecuentes agresiones a países que luchan por su plena independencia, Ronald Reagan ayudó sin proponérselo a que los participantes en el encuentro cobraran conciencia de que si bien la agresividad del imperialismo norteamericano exhibe más debilidad que fuerza, se trata sin embargo de un enemigo poderoso que está lesionando los derechos fundamentales de nuestros pueblos y al que hay que enfrentarse con decisión y echando mano de todos los medios a nuestro alcance para vencerlo. La frase de Martí "Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras" sirvió de lema al Encuentro, en el que empezó a levantarse una verdadera trinchera de ideas avanzadas, justas, audaces, realistas, científicamente válidas y a menudo bellamente expresadas.

El Encuentro dejó ver que la lucha por la paz y por la independencia de nuestros pueblos están íntimamente ligadas entre sí y se apoyan y requieren mutuamente, sobre todo cuando la bomba de neutrones amenaza en convertir las ciudades en cementerios y cuando, en nombre de la

necesidad de combatir el «terrorismo», se lesiona la soberanía nacional y aun dolosamente intentan descalificarse las luchas más limpias y nobles tan sólo porque pretenden poner fin al privilegio y la explotación imperialistas. Y algo muy interesante fue que al término de la reunión, los participantes no sintieron haber dado fin a una tarea sino haberla apenas iniciado, seguros de que vendrán nuevas y más importantes acciones para quienes, lejos de creerse los protagonistas principales, modestamente tratan de insertarse en la lucha de sus pueblos como trabajadores intelectuales.

Sabemos que entre las ponencias presentadas hubieron muchas valiosas, y habríamos deseado recoger en este volumen al menos la mayor parte de ellas. Pero por múltiples razones ello ha sido imposible. Quisiéramos por tanto pedir excusas a aquellos cuyos trabajos no se incluyen en estas páginas, así como dar cuenta al lector de las condiciones en las que se seleccionó el material que aquí le ofrecemos. La primera limitación consistió en que de las ponencias presentadas al Encuentro sólo dispusimos de poco más de treinta. Pues bien, como aún este número resultaba excesivo para el breve volumen previsto, tuvimos que prescindir de algunas que, no obstante su interés, se publicaron ya por sus autores, así como de otras demasiado extensas, que se ocupan de temas muy específicos o que no teníamos autorización para publicar.

Como ocurre a menudo, limitaciones de espacio, de tiempo y aun de recursos y posibilidades de manejo editorial nos obligaron además a proceder como lo hicimos. Mas sin pretender que los trabajos aquí reunidos sean una síntesis del Encuentro, creemos que pueden dar al lector una buena idea de los principales planteos hechos en La Habana. Y habiéndose resuelto llevar la lucha antimperialista adelante, esperamos asimismo que este volumen ayude a incorporar a ella a muchos nuevos trabajadores intelectuales y manuales dispuestos a defender la soberanía de nuestros pueblos.

FRAGMENTOS

“¡Con cuánta emoción de gratitud leo el pasaje de la carta de V. en que me dice “que espera que los sucesos que siguieron entonces a las armas españolas, acompañen ahora a las de sus contrarios, los muy oprimidos americanos meridionales”! Yo tomo esta esperanza por una predicción, si la justicia decide las contiendas de los hombres. El suceso coronará nuestros esfuerzos; porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a la España está cortado; la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía; lo que antes las enlazaba ya las divide; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes, que reconciliar los espíritus de ambos países. El hábito a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno; no obstante que la inconducta de nuestros dominadores relajaba esta simpatía; o por mejor decir este apego forzado por el imperio de la dominación. Al presente sucede lo contrario; la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos; todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra. El velo se ha rasgado; ya hemos visto la luz

y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres, y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho; y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria”.

Simón Bolívar
Carta de Jamaica

“...De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una pompa de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, Nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de

república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de Nuestra América, el deber urgente de Nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con sangre de abono que arranca a las manos la pelca con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de Nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad. . . .”

José Martí
Nuestra América

“...Ahora sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia. Ya se les ve por los caminos un día y otro, a pie, en marchas sin término de cientos de kilómetros, para llegar hasta los «olimpós» gobernantes a recabar sus derechos. Ya se les ve, armados de piedras, de palos, de machetes, de un lado a otro, cada día, ocupando las tierras, fincando sus garfios en la tierra que les pertenece y defendiéndola con su vida; se les ve, llevando

sus cartelones, sus banderas, sus consignas; haciéndolas correr en el viento por entre las montañas o a lo largo de los llanos. Y esa ola de estremecido rencor, de justicia reclamada, de derecho pisoteado que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no pasará más. Esa ola irá creciendo cada día que pase. Porque esa ola la forman los más, los mayoritarios en todos los aspectos, los que acumulan con su trabajo las riquezas, crean los valores, hacen andar las ruedas de la historia y que ahora despiertan del largo sueño embrutecedor a que los sometieron.

Porque esta humanidad ha dicho «¡Basta!» y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. Ahora en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia”.

¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!

EL PUEBLO DE CUBA

La Habana, febrero 4 de 1962

Segunda Declaración de La Habana

DISCURSO DE APERTURA PRONUNCIADO POR
EL COMPAÑERO ARMANDO HART DÁVALOS
MINISTRO DE CULTURA DE LA REPÚBLICA
DE CUBA

Compañeras y compañeros:

Hay una extensa relación de intelectuales que figuran en la honrosa legión de mártires de Nuestra América; hay un amplio número de ellos que se encuentran en prisión o que han sido secuestrados o asesinados por los regímenes fascistas. Y los hay, también, luchando en la primera línea de combate en diversos países de Nuestra América. Para ellos, y para aquellos que se han integrado a lo largo de la historia a lo mejor del pensamiento revolucionario, ¡vayan nuestras primeras palabras!

La Casa de las Américas, bien lo saben ustedes, es vuestra casa. Convocados por ella, un amplísimo número de escritores, artistas, investigadores, críticos y teóricos de la Cultura se han dado cita en La Habana para celebrar este Encuentro y reflexionar acerca de la defensa de los derechos soberanos de los pueblos de Nuestra América.

Nos une y reúne la Casa de las Américas porque ella posee la convicción de que los intelectuales latinoamericanos y caribeños ejercen una influencia importante en el cumplimiento de esa gran responsabilidad.

Los recibimos, conscientes de la necesidad de poner en práctica las palabras precursoras de José Martí:

¡Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

Tal como temiera José Martí, el gigante de las siete leguas se apoderó de Cuba y de Puerto Rico y cayó con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. «La hora del recuento y de la marcha unida», «la hora de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes», hoy, en 1981, obliga no ya a evitar que pase «el gigante de las siete leguas» sino a imponer que salga definitivamente de nuestras tierras. Y si nuestra tierra cubana fue punto de apoyo inicial para su penetración, lo ha de ser moralmente para su expulsión definitiva.

Por América, en los siglos xv y xvi, comenzó el mundo a conocerse a sí mismo. Por América, en los umbrales del siglo xxi, el mundo debe avanzar hacia la conquista definitiva de su liberación. No somos los latinoamericanos y caribeños, como conjunto, un mundo cerrado en sí mismo. Somos una hermosa combinación de factores universales. Lo que en cultura se cuida y protege en América es una creación nuestra, y es también una creación universal.

La vocación universal de Nuestra América, hija de la amplísima diversidad de sus componentes culturales, constituye un factor extraordinariamente valioso para un mundo donde la estrechez nacionalista, el chovinismo y la prepotencia imperialista limitan el desarrollo de la más amplia libertad creadora, y esa vocación puede y debe desempeñar un destacado papel en la lucha por la paz del mundo.

Por razones económicas, históricas y culturales, la liberación de Nuestra América ha de influir incluso en los propios Estados Unidos, con cuyo país nos entenderemos sobre la base de la igualdad, el respeto mutuo y la clara comprensión de que también allá en la otra América, hay pueblo trabajador, masas explotadas e intelectuales honestos y pro-

gresistas, muchos de los cuales son de nuestros mismos orígenes culturales.

Al denunciar la dominación imperialista en Nuestra América, se está defendiendo para el mundo una obra del universo. Esta denuncia está avalada no sólo por la reflexión individual que haga cualquier hombre honesto y de recto pensamiento. Viene respaldada por la simple lectura de las dramáticas informaciones que recoge la prensa, o por los estudios que llevan a cabo nuestros intelectuales acerca del genocidio y la violencia que padecen la mayoría de los países del continente, o sobre las terribles condiciones en las que arrastran sus vidas millones de pobladores de las llamadas «villas-miserias»; sobre el hambre, la insalubridad y la ignorancia que sufren decenas de millones de hombres del campo, sometidos a la más cruel explotación, y las de aquellos que viven en vastas regiones del continente al margen de la civilización. Y mientras esto ocurre, el país imperialista invierte centenares de miles de millones de dólares en una carrera armamentista que, si la humanidad no logra detener, puede conducir fatalmente al holocausto nuclear.

Esta denuncia se basa también en la crítica situación que confrontan las diferentes disciplinas de la creación cultural y el saber humano, en un continente en el que, además del analfabetismo y la incultura, perviven regímenes que incineran libros, asesinan a artistas y escritores y persiguen a miles de sus más competentes ciudadanos. Y lo hacen, como parte de un esquema de desnacionalización y supeditación a los intereses foráneos, esquema con el que privan a nuestros pueblos de sus recursos materiales y, a la vez, pretenden despojarlos de su capacidad para hacer arte y desarrollar un pensamiento propio.

La población analfabeta a partir de 15 años alcanza en nuestra área una cifra superior a los 40 millones. Como los datos son los oficiales, la realidad es mucho más dramática. Cuando estas cifras se concretan por países, el problema se torna extraordinariamente angustiioso. El índice de analfabetismo declarado oficialmente en Bolivia llega

al 37%, en Guatemala al 54%, y en Haití al 77%. Un estimado muy optimista nos permite afirmar que, por lo menos, uno de cada cuatro habitantes de nuestro continente no puede leer las páginas de un libro o los titulares de un periódico, y no pueden escribir una carta o firmar un documento.

Detrás de esta situación se encuentran las gigantescas limitaciones de los sistemas de enseñanza, que no abarcan a inmensas masas de la población, y la alta tasa de deserción escolar, que en Nuestra América llega a un 60%.

Esto ocurre en un continente donde el 41% de la población tiene menos de 14 años de edad, es decir, donde habitan 150 millones de niños y adolescentes. Lo que el talento y el esfuerzo han creado durante miles de años, no está a disposición de la fuente de la cultura de mañana, es decir, de esos 150 millones de niños y adolescentes, sino al arbitrio de sus verdugos y asesinos, de los mismos que controlan los medios de exterminio y de guerra.

¡Cuántos posibles artistas, intelectuales y sabios son tronchados desde sus primeros años, condenados a vegetar, por regímenes que están asesinando impunemente a la cultura!

Y esto no es sólo un problema de Nuestra América. Según datos de la UNESCO, en 1980 el mundo tenía 814 millones de analfabetos. Y dada la tendencia actual, se calcula que en 1990 llegarán a 884 millones.

Estas proyecciones indican que la humanidad arribará al tercer milenio con cerca de mil millones de adultos analfabetos. ¡Mil millones de adultos a los cuales el civilizado siglo xx ha de dejar al margen de la cultura!

¡Y esto ocurre en las últimas décadas de este siglo xx, mientras la revolución científico-técnica agiganta el universo humano; en la era de las computadoras y de los vuelos cósmicos!

La creación artística ha originado el nacimiento y desarrollo de una rama de la producción material con exigencias económicas y tecnológicas complejas. Ha creado en los países desarrollados una fuerte industria cultural. Esta constituye un importante fundamento para el desarrollo del

movimiento cultural en nuestra época. Para responder a estas exigencias técnicas y económicas, ¿qué situación tienen nuestros pueblos?

En Nuestra América, los Estados Unidos han concentrado casi el 70% de sus inversiones extranjeras en países subdesarrollados y de aquí obtienen, sólo por concepto de beneficios de inversión y servicios de la deuda externa, alrededor de 40 mil millones de dólares anuales. La deuda externa de la América Latina y el Caribe se ha multiplicado más de 15 veces entre 1965 y 1980, cuando alcanzó los 150 mil millones de dólares. Sólo en un año los Estados Unidos extraen una suma por lo menos similar a todo el oro que obtuvieron las metrópolis europeas durante la Conquista. Estos hechos están agravados por el peso multiplicado de la crisis del petróleo, la recesión, la inflación y otros fenómenos de la economía mundial capitalista. ¡Estos son los recursos y fondos que se necesitan, y todavía serán insuficientes, para el desarrollo de la educación y de la cultura en Nuestra América.

Y no se trata sólo de los datos actuales, sino de los aún más dramáticos del porvenir. La población en nuestra región ha venido creciendo a una tasa del 2.8% anual, es decir, a un ritmo más de 3 veces superior que el de los países desarrollados. El número de habitantes, que ascendía a 368 millones en 1980, seguirá aumentando significativamente en el resto del siglo, para alcanzar la cifra de 600 millones en el año 2000. Es decir, que a fines del presente siglo la población de la América Latina y el Caribe superará ampliamente a la de toda Europa con excepción de la Unión Soviética y será cerca del doble de la totalidad de la existente en los Estados Unidos y Canadá. Ello representará la décima parte de los 6 mil millones de seres que tendrá entonces el planeta. Para esa época, un 80% de los habitantes del mundo vivirá en los actuales países subdesarrollados.

Frente a esas proyecciones demográficas, que demandan un colosal esfuerzo económico, social y cultural, uno de los teóricos norteamericanos del malthusianismo contemporáneo

llegó a escribir: «El futuro se presenta tenebroso, muy tenebroso».

Para los imperialistas será tenebroso el futuro; para los pueblos, lo es también el presente. El producto interno bruto por habitante en la América Latina y el Caribe no llega siquiera a la cuarta parte del promedio al que éste asciende en los países desarrollados, con el agravante de que en algunas naciones, como Haití, desciende más allá de toda comparación posible. En Nuestra América, el 5% de la población percibe la tercera parte del ingreso total, de manera que esa minoría opulenta disfruta de una renta anual 40 veces superior a la de las capas más pobres.

Sesenta y cinco millones de personas, que es una cifra similar al número de habitantes que tenía Nuestra América al comenzar el presente siglo, tienen actualmente que tratar de subsistir a duras penas con menos de 50 dólares al año.

¿Puede esa inmensa población llegar a lograr niveles aceptables de cultura? ¿Pueden afrontarse los problemas del arte y la cultura, con las modernas exigencias tecnológicas y de base industrial, partiendo de la pobreza y los bajísimos niveles de ingreso en las sociedades latinoamericanas y caribeñas?

Los presupuestos económicos y socioculturales que fundamentan la necesidad de reformas estructurales se encuentran tan presentes, que le es imposible a un grupo tan significativo de intelectuales analizar el drama cultural del continente sin plantearse la necesidad de profundos cambios sociales. Si en el campo económico la desigualdad señalada se manifiesta en hacer cada vez más ricos a los ricos y más pobres a los pobres, en la cultura se expresa en hacer cada vez más incultos a ricos y a pobres.

Resulta imprescindible considerar la cultura como un componente esencial del desarrollo. Lo es por su efecto indirecto, pero de enorme significación, en la elevación de la productividad del trabajo, y lo es también por su influencia en la elevación de la calidad de la vida social. Los elemen-

tos cualitativos de la vida social se hallan sustancialmente condicionados por el movimiento cultural.

Nuestros intelectuales levantan las banderas de una cultura genuinamente popular y humanista, que es decir creadora, y se comprometen en su defensa. Este compromiso lo asumen como algo natural. Viven el drama social de América, y están preparados para denunciarlo. Esa denuncia es el más importante factor de unión entre los hombres y mujeres de cultura de este continente.

La búsqueda de una unidad cada vez más amplia y profunda entre los intelectuales, nos debe conducir a reflexionar acerca de cuáles son los temas que debemos someter al análisis y quiénes son nuestros principales enemigos. Los problemas cruciales de la cultura y la lucha consecuente contra nuestros reales enemigos deben primar en el análisis por encima de cualquier otra consideración.

Los revolucionarios no rehuimos el debate de cualquier tema, por escabroso que sea. Por supuesto, no somos infalibles ni desconocemos que hayamos podido cometer errores en el desarrollo de la gestión cultural. Pero el problema consiste en que los enemigos, apoyándose en el control que ejercen sobre los medios de información y difusión cultural, están empleando una táctica encaminada a tratar de dividirnos y de entretenernos en discusiones de segundo orden, para evitar los análisis de primer orden. Tratan de crear una cortina de humo que impida se destaque y estudie el siguiente hecho:

El sistema de explotación imperialista ejerce una feroz tiranía sobre la capacidad creadora de las masas populares y de los mejores talentos de la América Latina y el Caribe.

Lo grave del asunto —y he ahí su complejidad—, está en que disponen de las técnicas más elaboradas que brindan los avances de la civilización y de la cultura en el mundo. Toman esas técnicas y las emplean contra la cultura y contra el desarrollo de la conciencia libre del hombre, y lo hacen de una manera sofisticada, elaborada y macabra.

En el centro de la influencia que los círculos imperialistas ejercen contra la cultura de nuestros pueblos, está un problema que constituye una cuestión vital en el mundo cultural moderno. El Director General de la UNESCO, Amadou Mahtar M'Bow, ha señalado que la relación entre la comunicación y la cultura constituye «un eje de la lucha por la autonomía cultural y la cultura liberadora». Esa relación se manifiesta en los controles imperialistas sobre los procesos editoriales, el cine, la televisión, la radio, la prensa, la publicidad, y en general, el flujo de información.

La Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación de la UNESCO señala en su informe provisional que el derecho a la cultura es indisoluble del derecho a la comunicación. Asimismo, destaca que «la comunicación, en su conjunto, pasa a ser uno de los principales instrumentos del desarrollo cultural».

El bombardeo de informaciones falsas y tergiversadas que llevan a cabo los imperialistas conduce a cientos de millones de personas a vivir en medio de una gran mentira.

Los Estados Unidos controlan el 75% del flujo internacional de televisión y el 50% de las películas que se ven en el mundo. En los países latinoamericanos, el 60 o 70% de la programación de televisión proviene de los Estados Unidos. Hace unos años, los Estados Unidos tenían el 62% del presupuesto publicitario mundial. Las diez empresas que dominan el mercado internacional de la publicidad operan bajo bandera norteamericana.

Los Estados Unidos controlan del 60 al 70% del mercado editorial del campo capitalista. El monopolio que las grandes empresas norteamericanas ejercen sobre los libros de texto les facilita la introducción de sus esquemas pseudo-culturales en el seno de nuestros pueblos.

Podemos adicionar el sistema de becas de estudio, de financiamiento de investigaciones, y de proyectos experimentales en las más diversas disciplinas, que se ha ido incrementando en los Estados Unidos en el transcurso de las últimas décadas. En 1940 las fundaciones organizadas con

estos fines no rebasaban la cifra de 300. Ya en 1968 los centros de este tipo llegaban a 25 mil. En los últimos años su número ha crecido tanto, que según información no es sencillo determinar la altísima cifra que ha alcanzado. Con este instrumento penetran en los diversos países del mundo y desarrollan su política de «robo de cerebros».

Las computadoras y telex vía satélite mediante circuito periférico ultrarrápido le facilitan a las agencias norteamericanas UPI y AP procesar y transmitir 8 millones de palabras por día. En cambio, 7 agencias del mundo subdesarrollado, entre las más dinámicas, escasamente rebasan las 50 mil palabras diarias. Las AP y UPI dominan casi el 70% de la información internacional.

Los Estados Unidos controlan casi el 30% de los medios masivos.

Por otro lado, en la América Latina y el Caribe sólo el 60% de los habitantes tiene acceso a la radio, y apenas el 6% a los medios impresos. En Nuestra América, 4 de cada 10 personas permanecen sin acceso a los medios de comunicación e información.

¿Puede hablarse de cultura para esas 4 de cada 10 personas incomunicadas? ¿Hasta dónde nuestro movimiento cultural se siente presionado por este control monopolista de los medios de comunicación, reveladores de una tiranía ejercida en nombre y respondiendo a los intereses de las clases gobernantes de los Estados Unidos?

A menudo, amigos de Cuba, fuera de nuestro país, nos señalan que debíamos informar más en el extranjero acerca de las realizaciones de la Revolución. Esta crítica sana puede ser justa, pero a ellos les pedimos también que comprendan el descomunal cúmulo de falsedades a que tenemos que enfrentarnos cuando los medios de información, comunicación y difusión en Occidente están en manos de los círculos imperialistas. Permítaseme, por esto, en breves palabras, referirme a la política cultural de Cuba.

Tema de gran interés es el de la libertad creadora y la democracia en la cultura. Nunca antes en la historia de

Cuba nuestros intelectuales han tenido mayor suma de libertades y posibilidades para su creación, y más amplia participación en la política cultural del Estado. Jamás ha existido en nuestro país una participación popular tan amplia y profunda en la creación artística y en la elaboración de la política cultural.

Estos principios están enunciados en diversos documentos oficiales e incluso en los textos de nuestras leyes. Pero no se trata exclusivamente de ello. Además de esa legislación y de cuanto podamos decir aquí, están los hechos. Les invitamos a reunirse con nuestros intelectuales y con los principales representantes de las organizaciones sociales y de masas y demás instituciones para analizar estos problemas. Les invitamos a visitar nuestros centros científicos, culturales y universitarios, para reunirse allí con intelectuales, estudiantes y profesores e interesarse por estas cuestiones.

Compañeros:

Los datos que anteriormente destacamos y muchos más que ustedes conocen, ponen en evidencia el hecho sustancial siguiente. Se ha producido bajo la hegemonía del imperialismo norteamericano un proceso de internacionalización de los medios técnicos de información y comunicación a tal escala, que ningún pueblo de Nuestra América por sí solo, podrá resistirlo. Pero todos nuestros pueblos, unidos, podrán no sólo enfrentarlo sino vencerlo.

Se ha creado una inmensa madeja tecnocrática, y se ha establecido como patrón o esquema de valor el llamado modelo norteamericano de cultura de masas, que responde a los intereses de los pequeños grupos económicos y militares que están en el centro del poder imperial.

Los países de Occidente se ven sometidos a la influencia del esquema y del dogma ideológico que nos imponen los grandes consorcios norteamericanos y las trasnacionales.

La bandera política de ese dogma consiste en presentar como verdad la mentira de que el imperio es la nación de

la democracia, y que protege los derechos individuales y estimula el arte y la cultura. Esa propaganda pretende ignorar que el imperialismo es por esencia antidemocrático. Han quedado bien atrás los tiempos del capitalismo premonopolista. Se ha producido un altísimo grado de concentración y fusión del poder económico, político y militar en manos de una minoría, dueña de los fundamentales recursos de la economía y poseedora de los medios de exterminio y de guerra, la que los emplea para imponer su voluntad e intereses tanto dentro de los Estados Unidos, como en el campo de las relaciones internacionales. Son muy numerosos los ejemplos concretos que se presentan a nuestra vista. Subrayemos sólo algunos de ellos.

No es modelo de democracia una sociedad como la de Estados Unidos donde existen minorías nacionales discriminadas en forma brutal, entre las cuales se encuentra una amplia población de origen latinoamericano y caribeño, y donde en medio de una gran riqueza material y tecnológica se mantiene una de las más vergonzosas, hirientes e inhumanas formas de discriminación racial y, por consiguiente, social de la historia de la humanidad.

El derecho al trabajo, a la educación y a la cultura forma parte sustancial de la democracia a que hoy aspira la humanidad: ¿Qué tipo de derechos individuales existen para los 8 millones de norteamericanos desempleados y para el 10% de la población de ese país que, según cálculos realizados en los propios Estados Unidos, se mantienen como analfabetos, es decir, que no saben escribir la palabra democracia?

No puede darnos enseñanzas de democracia el sistema imperialista que se extendió por América, se apoderó de sus riquezas materiales y nos impuso en lo económico, en lo político y en lo cultural un dogal contra el cual nuestros pueblos han estado y están luchando heroicamente.

El apoyo a tiranías como las de Somoza, en Nicaragua; Trujillo, en Santo Domingo; Batista, en Cuba; Stroessner, en Paraguay, son algunos ejemplos históricos del cinismo

que encierran las consignas imperialistas sobre la democracia.

Nuestra América rechaza un sistema que, por un lado, se proclama como democrático, y por el otro, mantiene el régimen colonial de Puerto Rico, la ocupación del Canal de Panamá y apoya las tiranías que sufren Chile, Uruguay, El Salvador, Guatemala y Haití, entre otras.

El sistemático esfuerzo por exterminar, aplastar o desvirtuar la cultura nacional puertorriqueña contra el cual ha luchado y lucha heroicamente este pueblo hermano, es uno de los ejemplos más elocuentes de que los imperialistas representan la negación de los principios de la identidad cultural de nuestros pueblos. Un deber con la cultura latinoamericana y caribeña nos reclama a todos destacar que la patria borinqueña pertenece por entero a Nuestra América y debe ser apoyada en sus propósitos independentistas.

Quienes desembarcaron sus «marines» en Nicaragua, ocuparon el país, asesinaron a Sandino y reprimieron violentamente el movimiento popular, ¡no tienen derecho alguno a presentarse como demócratas!

Quienes en 1965 desembarcaron sus «marines» en Santo Domingo, destruyeron el gobierno democrático de ese país y luego reprimieron con sangre el movimiento popular que en oposición a dicha intervención se desencadenó, ¡carecen totalmente de moral para hablar de democracia!

Quienes alentaron y organizaron el derrocamiento del gobierno constitucional y democrático de Salvador Allende, en Chile, ¡no tienen derecho alguno a presentarse como demócratas!

Quienes apoyan el genocidio y el crimen contra los pueblos salvadoreños y guatemalteco para tratar inútilmente de detener el triunfo inevitable de la democracia y la libertad en estos países frateros, ¡no tienen ningún derecho a presentarse como demócratas!

Los que ocupan ilegalmente y contra la voluntad de nuestro pueblo la Base Naval de Guantánamo, y han mantenido durante más de dos décadas las amenazas y agresio-

nes y el criminal bloqueo a Cuba, ¡no tienen ningún derecho a presentarse como demócratas!

Los que lanzan bravuconadas y amenazas contra Nicaragua, Granada y Cuba, y pretenden imponer su voluntad a México, porque estos países han tomado un camino independiente, ¡no tienen ningún derecho a presentarse como demócratas!

Los círculos dirigentes que fueron capaces de organizar y sostener una guerra criminal contra un pueblo pequeño situado a miles de millas de distancia, como la que mantuvo el imperialismo contra el heroico y victorioso Vietnam, ¡no tienen ningún derecho a hablarnos de democracia!

Los que preparan atentados contra dirigentes de otros países al amparo del poder; los que sostienen a la mafia y a la CIA; los que emplean la represión y la violencia contra el movimiento democrático de nuestros pueblos; los que fundamentan su política exterior en la amenaza de la guerra atómica, ¡carecen totalmente de moral para presentarse como modelo democrático!

¡Los pueblos de la América Latina y el Caribe no quieren semejante democracia! ¡Esa no es la democracia que se reclama en la segunda mitad del siglo xx! ¡Hace ya buen rato que los Estados Unidos han dejado de ser ejemplo de un sistema democrático!

Un día levantaron la bandera de los derechos humanos, y era tal su ignorancia y su prepotencia, que no se percataron de que la consigna iba contra ellos mismos. El dogma de la libertad norteamericana los embriaga, y no aciertan a comprender la realidad de un mundo que lucha por conquistar la libertad que los propios imperialistas le han secuestrado. Ahora alzan la bandera de la lucha contra el terrorismo, y son ellos los principales promotores y ejecutores del terrorismo internacional. Emplean la táctica del bandido que tras su robo lanza la consigna: ¡busquen al ladrón!

Se ha cumplido la famosa profecía del libertador Simón Bolívar, cuando un año antes de su muerte señaló: "Los

Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad”.

A través de los mismos medios de comunicación y difusión con los cuales desarrolla su propaganda contra los países de la América Latina y el Caribe que han tomado un camino revolucionario, presentándonos como antidemocráticos, el imperio ejerce sobre los pueblos del continente una penetración intelectual intolerable y que sí afecta los principios esenciales de nuestra independencia y de nuestra libertad.

Si los poderosos medios técnicos no están al servicio de nuestros pueblos y si no nos protegemos, el vasallaje tecnológico se perpetuará como uno de los grandes obstáculos contra nuestra identidad cultural, el desarrollo mismo de nuestra cultura y, por consiguiente, de la libertad creadora de las masas y de sus talentos individuales.

La defensa de nuestra identidad cultural no es sólo un principio intelectual. Equivale a decidir si vamos a tener libertad creadora en el arte y la cultura o no la vamos a tener, y si seremos o no países independientes y soberanos.

Por todas estas razones, resulta imprescindible que nuestros pueblos y sus intelectuales se unan estrechamente para alentar la campaña internacional contra el control monopolista de los medios técnicos de información y difusión cultural. Como en los tiempos de Bolívar, San Martín, O'Higgins, Juárez y Martí, para romper las cadenas de la ignorancia y la esclavitud intelectual tenemos primero que romper las cadenas del explotador extranjero.

Compañeros:

No hay idea más antigua ni más profundamente humana, ni más universalmente apoyada que la idea de la paz. Desde Hiroshima y Nagasaki, los más eminentes científicos vienen señalando la gravedad de la cuestión en la era atómica. Se trata de la existencia misma de la humanidad. La bomba atómica lanzada en 1945 sobre Hiroshima destruyó una

ciudad de 100 mil habitantes, y todavía hay personas sufriendo y muriendo a consecuencia de aquel crimen. Hoy existen en los arsenales militares, miles de bombas de hidrógeno capaces de destruir a toda la humanidad. Las personas más responsables y conocedoras de la situación se encuentran alarmadas. Basta ver lo que escriben y plantean muchas de ellas.

Nadie puede imaginarse lo que será el mundo tras una guerra termonuclear. Los conceptos de arte y cultura perderán todo sentido. Espanta pensar lo que será el mundo devastado por la explosión atómica en cadena. Picasso mostró en su obra *Guernica* los horrores de la guerra. La realidad, como siempre, será más fuerte que la imaginación del artista. No habrá plástico que la refleje, no habrá ser humano que tenga el triste privilegio de contemplarla, no habrá arte, porque éste sólo existe para los hombres.

- ¿Cómo detener la carrera armamentista, es decir, la más increíble locura de todos los tiempos?
- ¿Podrá desarrollarse una fuerza de opinión pública y de movilización popular y social a escala internacional capaz de evitar que caigamos en el abismo del holocausto universal?

No hay alternativa: es preciso buscar las vías para reunir voluntades y movilizar activamente a los pueblos contra la guerra antes de que resulte demasiado tarde.

En los días que corren, el anuncio por el Gobierno Norteamericano de que construirá bombas de neutrones, ha desencadenado una protesta cada vez más amplia. Los intelectuales de Nuestra América pueden hacer mucho para que este movimiento se convierta en una fuerza capaz de detener las manos criminales que conducen al mundo por el camino de la III Guerra Mundial. Ustedes, reunidos en La Habana, seguramente darán un nuevo grito de alerta. Quizás sea éste el más importante tema que analicen en estos días.

Compañeros:

En medio de los obstáculos señalados —y ellos no son los únicos— hay algo que puede iluminar el camino. Es evidente que, no obstante su mayor peligrosidad, el imperialismo norteamericano ha perdido en las últimas décadas su hegemonía absoluta en el mundo. Por otro lado, nunca antes en la historia los factores ideológicos, morales y culturales han podido tener mayores posibilidades de influencia universal.

Hace treinta años, la influencia principal sobre los acontecimientos mundiales era ejercida exclusivamente por un grupo de países altamente desarrollados. Hoy, cualquier nación puede influir, en un sentido u otro, en el curso de los acontecimientos. El mundo es, por primera vez, políticamente universal.

Se ha creado un poderoso sistema de relaciones culturales e ideológicas a escala internacional, que relaciona a todos los pueblos de la Tierra, a las más diversas comunidades y, dentro de ellas, a los hombres de talento y cultura. El sistema de relaciones internacionales de carácter cultural, que los vincula a ustedes entre sí y los relaciona con los intelectuales de la América del Norte, de Europa, de los países socialistas, de Africa y de Asia, puede y debe ser una vía importante para el desarrollo de una lucha consecuente por la paz y por los ideales del progreso social y cultural de nuestros pueblos.

Los problemas del mundo se han vuelto extraordinariamente dramáticos, complejos y difíciles. Reclaman para su solución valor, imaginación, inteligencia y cultura.

Entendiendo por tal la vida espiritual de nuestros pueblos, lo que el hombre ha creado y crea con su talento e imaginación, lo que ha hecho al hombre, hombre. Es la cultura en última instancia, lo que diferencia al hombre del animal. Esta es la autoridad que ustedes representan. Los pueblos y la humanidad en su conjunto necesitan que ustedes ejerzan esa autoridad moral. Y no sólo para que in-

fluyan sobre los intelectuales de hoy, sino también sobre los del mañana. No están ustedes solos. Los intelectuales de América les seguirán; los estudiantes de los centros educacionales oirán su mensaje de aliento y esperanza. Ustedes, identificados con la lucha heroica de las masas explotadas de Nuestra América están en condiciones de influir sobre las capas intelectuales del continente y proyectarse hacia el mundo con las grandes banderas de la humanidad de hoy.

La unidad de ustedes en las batallas ideológicas y culturales de nuestra época podrá llegar a crear una amplia trinchera de ideas, un ejército de principios cuyos arsenales ideológicos están en la historia de América y en la cultura ampliamente universal de nuestro continente.

Compañeras y compañeros:

A las puertas mismas del tercer milenio de Nuestra Era, quizás se decida quién predominará: el hombre como animal, o el hombre como hombre. Si lo primero, la barbarie; si lo segundo, la cultura. ¡Estamos seguros de que este Encuentro en La Habana será un paso adelante en la lucha universal contra el crimen, la barbarie y el imperialismo, y en favor de la inteligencia, la cultura y los pueblos!

¡Al cumplir esta gigantesca y hermosa tarea, le prestarán ustedes un servicio histórico a Nuestra América y al mundo!

Muchas gracias.

PALABRAS INTRODUCTORIAS

Mariano RODRÍGUEZ

Iniciamos este Encuentro en que un grupo de escritores y artistas de Nuestra América analizaremos una serie de cuestiones que, partiendo de las relaciones económicas y sociales, abordarán los factores por los que la mayoría de nuestros países están enajenados y no pueden siquiera utilizar las grandes riquezas que existen en las poderosas entrañas de nuestro continente: continente rico por su naturaleza que ofrece al hombre que lo habita todas las posibilidades de desarrollo. Que esto sea así, muchos de ustedes lo saben mejor que yo: me refiero en especial al grupo de investigadores en el campo de nuestra economía y de nuestros problemas sociales; quienes tienen clara conciencia de estas cosas. Son harto conocidas las formas, sutiles o agresivas, como los capitales trasnacionales, con su proyección imperialista, a veces corrompiendo a nuestras burguesías nacionales, y otras usando sus fuerzas de represión o las de algunos estados títeres de la América Latina y el Caribe, han impedido que disfrutemos de ese preciado don que la naturaleza de América ha puesto en nuestras manos. En su gran mayoría, nuestros pueblos han carecido de verdadera soberanía para adoptar la forma que requiere el camino de su desarrollo.

Ahora bien, este Encuentro incluye intelectuales de todas las manifestaciones de la creación. Estamos reunidos escri-

tores, músicos, plásticos, teatristas, cineastas, conjuntamente con los especialistas que he nombrado con anterioridad. ¿Por qué esta heterogénea reunión de intelectuales? Porque en el curso de veintidós años de la Casa de las Américas, con el diario diálogo con estos compañeros, hemos comprendido que incluso aunque no haya revolución en sus países, ellos tienen una clara conciencia de las necesidades e intereses de sus pueblos. Pues el arte y la literatura, aun cuando se hagan como impulso individual de expresarse, no son otra cosa que una actividad social que pertenece al país del cual es originario, y aunque estos creadores no tengan la posibilidad científica de los investigadores y ensayistas, sí tienen la conciencia de que algo anda mal. Es una conciencia de que cada país necesita acabar con el dominio imperialista, con las dictaduras de corte fascista y militar, para así ir en busca de un desarrollo que, dentro de una auténtica democracia, conduzca a un mayor enriquecimiento de las masas populares, a fin de darles toda la riqueza espiritual que ofrece la cultura, y junto a ella, el perfil necesario que toda nación necesita para existir como tal.

Pudiera interpretarse que nosotros, al hacer estos planteamientos, tuviéramos como país una situación igual, lo que no es cierto; pero si la Casa de las Américas pensara sólo en Cuba, nos bastaría con obtener todo lo que en este tiempo ustedes nos han ofrecido, lo más vital y rico del poder expresivo que ustedes tienen en sí mismos. Sin embargo, faltaríamos al espíritu de la propia Revolución que nos sustenta, al espíritu universal e internacionalista con que concebimos la cultura, y del que no queremos sustraernos.

La Casa es una institución latinoamericana y caribeña que la Revolución ha creado. Y esa razón esencial es lo que nos da fuerza universal, y nos lleva a pensar en la realización de este rico diálogo entre escritores y artistas del continente del cual formamos parte integral, ya que la verdadera cultura no es, ni será, un factor negativo, e incluso

muchas veces, aun sin una intención determinada, subraya, señala y aporta al avance de la humanidad.

Muchos intelectuales de la América Latina y el Caribe han tenido estas preocupaciones y estos conceptos, y nos los han comunicado a nosotros, que estamos en una situación privilegiada, constituidos en nación independiente, nación dueña de nuestros recursos y que maneja en forma que creemos justa y correcta nuestra vida nacional y nuestras relaciones internacionales. Y ahora, cuando el imperialismo vuelve a tomar su forma más agresiva, con amenazas no sólo a Cuba, sino a toda Nuestra América, pues el apoyo a los regímenes como los de Guatemala, Honduras y El Salvador no es más que el inicio de una escalada represiva en toda América, es cuando pensamos que es el momento ideal para frenar esas intenciones, con el aporte que hagamos en el análisis de la situación de nuestros países, de las riquezas en sus manos, de los recursos subutilizados, de la quiebra moral de los valores nacionales; y sobre la base de tales análisis, declarar que la lucha por la soberanía es inaplazable. Hay en esto un deber histórico que no podemos dejar de lado y del que ustedes tienen plena conciencia.

En la misma forma en que esté enajenada la economía de la mayoría de nuestros países, la cultura trata de ser enajenada, utilizada por el imperialismo, con su riqueza (en gran medida obtenida por la explotación de nuestros pueblos), con sus poderosos medios de difusión tratan de que aquella enorme fuerza espiritual sea atraída a su campo, para ser utilizada en favor de sus propios intereses. Aunque esto les resulte difícil, no hay duda de que tienen conciencia de la importancia de nuestros escritores y artistas, de que sus opiniones pesan lo suficiente para que influyan en muchos aspectos. Los factores sociales de la cultura son determinantes, y nuestra fuerza debemos utilizarla para la total independencia y soberanía.

Quisiera explicarles por qué esta actividad se realiza en este Palacio de las Convenciones, que por su amplitud es el espacio adecuado. Casi todos ustedes conocen la Casa de

las Américas. Allí hemos celebrado encuentros de escritores, plásticos, teatristas y músicos. Pero nunca hasta hoy habíamos unido estas distintas manifestaciones de la cultura. Siempre habíamos tenido encuentros separados, lo cual nos permitió un diálogo más directo. Ahora, esta reunión es mucho mayor, y físicamente no cabíamos en la Casa, donde ustedes y nosotros estamos acostumbrados a conversar y dialogar. Aquí ha sido posible, porque el tamaño del local nos permite el aumento de nuestros invitados y además, nos permite repartirnos en comisiones, en diversos salones. Queríamos hablar de esto, pues a muchos les resultará extraño el traslado de la Casa a este Palacio de las Convenciones. Debemos sentirnos como en Casa, y debemos mantener los diálogos fraternales que siempre hemos tenido. La comunicación de ideas es principio de cada uno de nosotros, y las discrepancias pueden y deben ser enriquecedoras.

Constituye para nosotros un motivo particular de satisfacción que en este Encuentro participen 289 delegados e invitados de los siguientes países: Argentina, Barbados, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Haití, Honduras, Jamaica, Martinica, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Surinam, Trinidad Tobago, Uruguay, Venezuela y Cuba.

Hemos recibido más de 50 ponencias y 20 mensajes de adhesión, que serán leídos y (en el caso de las primeras) discutidas por el Encuentro, el cual abordará también otros documentos.

No quisiera terminar sin recordar a la heroína de la Revolución que fuera la orientadora y la guía de la Casa: nuestra inolvidable Haydée Santamaría. Ella, que nos entendió tanto, que comprendió tanto al escritor y al artista, una vez dijo: "En Casa he podido fundir a los trabajadores del arte y a los que no lo son, hemos podido demostrar hasta dónde un artista, hasta dónde un escritor siente la libertad de su pueblo".

La Casa de las Américas les da la bienvenida. Sabemos de la importancia que ustedes dan a esta reunión. La medida de ello es su propia presencia: su profunda preocupación por la soberanía e independencia de nuestros pueblos los ha obligado al esfuerzo que este viaje significa para ustedes. Por ello, en nombre de Cuba y de la Casa de las Américas, les agradecemos su presencia, y les damos la más fraterna bienvenida.

CRÍTICA DEL DESARROLLO Y SUBDESARROLLO CRÍTICO

Miguel COSSÍO WOODWARD

Debo comenzar por advertir que siempre me ha fascinado el plano relativo por el que discurre, como sutil ironía, hasta el más absoluto de los conceptos absolutos. Considero, además, que no sería demasiado herético afirmar que vivimos en el siglo de la relatividad, aunque sólo fuera inspirado por las célebres teorías de Albert Einstein. Ahora comprendemos, en efecto, que no eran definitivas las nociones tradicionales sobre el espacio, el tiempo y el movimiento; y que tampoco lo son muchas de nuestras actuales ideas sobre la vida y el mundo que nos rodea, sujetas como se encuentran a un acelerado proceso de reformulación y cambio. Al influjo de una prodigiosa revolución científico-técnica, todo parece fluir y transformarse, y apenas podemos confiar en la validez de lo que trabajosamente aprendimos tres o cuatro décadas atrás, cuando todavía era un sueño la conquista del cosmos. Hemos llegado a saber, finalmente, que poco o nada en verdad sabemos, al menos en el sentido que Sócrates lo planteó.

En otra vuelta de tuerca, sin embargo, debemos reconocer que en nuestra época se ha producido un salto sin precedentes en la capacidad del hombre para dominar la naturaleza y construir su propia historia. Eminentemente científicos, filósofos, sociólogos y economistas no han vacilado en proclamar que este salto es tan trascendental para el

género humano como lo fue el paso del paleolítico al neolítico, y que nos encontramos prácticamente al borde de una etapa distinta y superior. Se estima, en resumen, que si el volumen de conocimientos se duplicó por primera vez en la centuria pasada, y luego en los primeros cincuenta años de este siglo, en la actualidad se multiplica por dos cada quince años o menos; de manera que es algo lo que sabemos y mucho lo que avanzamos.

Pero no se puede ignorar que, a pesar de ese extraordinario avance de los conocimientos, la humanidad nunca antes afrontó una suma tan pavorosa de irracionalidades, comenzando por la posibilidad material de destruirse a sí misma y borrar del planeta todo cuanto pacientemente logró, con inteligencia y amor, en el curso de su evolución. El poder de matar ha alcanzado una perversidad tal que los guerreristas norteamericanos podrían liquidar, si existiera, varias veces la cifra de la población mundial, y todavía se empeñan en desarrollar nuevas armas. Sólo en su presupuesto militar, Estados Unidos derrocha 200 mil millones de dólares al año, que es una cantidad equivalente al importe total de los ingresos nacionales de los países en los que vive una parte sustancial del género humano. Y más de la mitad de todos los científicos y especialistas de alta calificación que existen en la actualidad están involucrados, directa o indirectamente, en la industria de la guerra; se encuentran dedicados a perfeccionar los medios de exterminio, en contra de la vida, opuestos a la razón.

El deslumbrante progreso encierra, evidentemente, profundas contradicciones, y no sólo desde un ineludible punto de vista ético. A dos décadas escasas del siglo XXI, aún mueren literalmente de hambre decenas de millones de personas al año, y cientos de millones padecen lo que eufemísticamente algunos denominan «alimentación defectuosa», es decir, de desnutrición. Es verdad que en nuestra época vive más del 90% de todos los sabios e inventores de la historia entera; pero en la década del 70 siguió creciendo el número absoluto de analfabetos, para alcanzar los 814 millones

en 1980. El hambre, la pobreza, la enfermedad y el desempleo constituyen el drama cotidiano de las grandes mayorías, y ésta es la paradoja de nuestra moderna civilización.

Por si todo esto fuera poco, la aplicación indiscriminada de la tecnología y el afán de un desarrollo ilimitado, con fines utilitarios, está ocasionando un grave daño sobre la naturaleza y el medio ambiente, en perjuicio del propio futuro del hombre sobre la tierra. Desde la segunda mitad del siglo XIX, cuando se inició la explotación industrial del petróleo, se han despilfarrado las reservas de combustibles fósiles que tardaron en acumularse miles de millones de años, y se estima que a los actuales ritmos de consumo de los países desarrollados, y con las disponibilidades conocidas, en pocas generaciones se habrán agotado dichas reservas energéticas. En iguales condiciones, no tardarán en desaparecer muchos de los minerales fundamentales, mientras que numerosas especies de animales y plantas no podrán resistir la contaminación ambiental. Sin comprender su lugar y papel en el sistema ecológico al que pertenece, el «hombre industrial», ensoberbecido por la técnica, se comporta como un burdo aprendiz de brujo.

El vertiginoso desarrollo ha producido, asimismo, una brusca alteración de los patrones culturales y de convivencia social, y no siempre en sentido positivo. La renta nacional bruta de los Estados Unidos —ese paradigma de la sociedad de consumo—, es prácticamente similar al total que suma la mayor parte del mundo, con excepción de los países socialistas; pero su «cultura de masas» está muy lejos de ser la mejor expresión de nuestros tiempos. Resulta difícil comprender cómo una nación que es capaz de explorar los anillos de Saturno, alimenta su espíritu con películas de Superman e historietas del Pato Donald. En un país que cuenta con 135 millones de receptores de televisión —más de uno por cada dos habitantes—, los actos de violencia extrema aparecen en los programas infantiles cada quince minutos aproximadamente; y un norteamericano medio ve, entre los cinco y los quince años, la aniquilación de unas

quince mil personas, con el consiguiente efecto sobre su formación y conducta. Las enormes desproporciones entre los aspectos económicos, científico-técnicos, culturales y sociales, que dislocan la personalidad del ser humano en el capitalismo, pueden sugerir una imagen más primitiva y monstruosa que la del hombre de Neanderthal.

A ese cuadro enfermizo se contraponen, por suerte, la acción de las vanguardias políticas, de las masas trabajadoras y de los intelectuales honestos, que han tomado conciencia de la urgente necesidad de evitar que esta explosión de conocimientos degeneren en un salto hacia el vacío. Nuestro siglo no es sólo el marco de la revolución científico-técnica, sino la época de las revoluciones sociales, de la verdadera liberación del hombre. Hoy existe la realidad incontrovertible y la esperanza cierta del socialismo.

Acaso en ningún otro lugar como en la América Latina y el Caribe sean tan tangibles y lacerantes las contradicciones entre el desarrollo y el subdesarrollo, entre la técnica y las condiciones sociales, entre la superación humana y la cosificación del hombre. Para empezar, se ubica en el mapamundi junto a los Estados Unidos, que es sin lugar a dudas el imperio más poderoso de la historia. Basta con cruzar el Río Grande, navegar unas horas o volar unos minutos, para comprender que es un universo distinto dentro del mismo continente, con paisajes de atraso y de miseria que contrastan ásperamente con la opulenta nación del Norte. La diferencia, en realidad, no se encuentra en la geografía; ni en las fronteras impuestas por los Estados Unidos, cuando le arrebataron parte de su territorio a México en el siglo pasado; ni en los componentes étnicos y culturales de cada región, que en cierta medida tienen puntos de origen similares. La disparidad radica en la evolución desigual entre ambas partes, una a expensas de la otra, hasta llegar a una polarización tan aguda que esta última no puede lograr progreso efectivo alguno si no rompe, definitivamente, con las relaciones de explotación y dependencia que le han sido impuestas.

En 1980, el producto interno bruto global de todos los países de América Latina y el Caribe, juntos, apenas alcanzó el valor de las ventas de las primeras cuarenta grandes empresas norteamericanas, y el ingreso por habitante al año de los Estados Unidos fue por lo menos seis veces mayor que el nuestro. Mientras algunos de sus teóricos hablan de una «nueva sociedad industrial», «post-industrial». o «tecnológica», los especialistas latinoamericanos confirman que el 40% de las familias de nuestra región vive en condiciones de pobreza, y que el 20% de la población total se encuentra en la indigencia. Lo peor, sin embargo, es que ya se calcula que el número absoluto de pobres pasará de los 113 millones en la década del 70 a los 245 millones a fines del presente siglo. Sin ir tan lejos, ahora mismo, hay 35 millones de niños pobres, menores de seis años, lo que significa que uno de cada dos de nuestros hijos en esas edades está condenado a vivir en condiciones precarias, o simplemente, de la caridad pública, si no se produce un cambio radical de la situación.

En Estados Unidos y otros países desarrollados se plantean otros problemas, como la disminución de la tasa de natalidad y el paulatino envejecimiento de la población, con todas sus consecuencias psico-sociales; pero la mayor parte de los latinoamericanos y caribeños mueren antes de llegar a jubilarse, si es que pudieron trabajar, y las recientes proyecciones demográficas indican que en Bolivia y Haití, en el año 2000, la esperanza de vida al nacer será todavía inferior a los 60 años. En esa fecha nuestra región contará con unos 600 millones de habitantes —más del doble que nuestros vecinos—, y el 56% tendrá menos de 24 años; de modo que, en ese sentido, podría ser otra vez el asiento de un Nuevo Mundo. No obstante, de mantenerse los actuales ritmos de crecimiento, el atraso económico y tecnológico con respecto a los Estados Unidos ya no será cuantitativo o de grado, sino de tal naturaleza que casi podríamos estar, sin querer, en el otro mundo.

La industrialización y la automatización han reducido, en

Estados Unidos, al 5% la fuerza de trabajo empleada en la agricultura, y más de la mitad de los asalariados de ese país se dedica a trabajos no manuales. Pero en la América Latina y el Caribe más de la tercera parte de la ocupación se concentra en el sector agropecuario, con bajísimos niveles de productividad, y el 28% de la población económicamente activa está desempleada o subempleada, sin considerar el progresivo deterioro de los salarios reales, en virtud del galopante proceso inflacionario. En la nación del Norte se inventan constantemente pasatiempos extravagantes y formas insólitas de cubrir el ocio improductivo, al tiempo que cien mil computadoras dialogan entre sí y proyectan un futuro cada vez más alienado del hombre, divorciado del trabajo creador. En Nuestra América, que contaba nominalmente con 170 millones de trabajadores en 1980, los estudiosos se alarman no sólo con las actuales tasas de desocupación, sino con la perspectiva tremenda de que dentro de veinte años sería necesario disponer de 340 millones de empleos, para poder absorber las demandas de una creciente población en edad laboral. Se teme que a fines de siglo, en lugar de individuos cosificados por la técnica —lo que no deja de ser una terrible contingencia—, gran parte de nuestros descontentos permanecerán inactivos, errando por enormes y ajenas ciudades, desperdiciando sus capacidades físicas e intelectuales, sin nada que hacer. Salvo la Revolución.

Casi todos los meses, algún médico o dietista norteamericano ofrece una nueva fórmula para bajar de peso y conservar la figura en un país cuya preocupación principal no es comer, sino dejar de comer, y cuyo gobierno, además, utiliza sus excedentes alimentarios como arma de presión política contra otros pueblos. Mientras allá se reducen las áreas de cultivo para mantener los precios artificialmente elevados, cien millones de latinoamericanos y caribeños presentan deficiencias nutricionales, y las reservas de cereales de la región apenas alcanzan para un mes de consumo. Parejamente, la estructura retardataria de la tenencia de la tierra y un insuficiente volumen de inversiones impiden el

aprovechamiento pleno de los 570 millones de hectáreas cultivables que, sin duda alguna, podrían abastecer varias veces nuestra población actual. Frente a la amenaza mundial del hambre y el fantasma malthusiano del crecimiento de la población, estamos cultivando menos de la cuarta parte de las tierras aptas; sin regadíos, fertilizantes, ni técnicas apropiadas, en ocasiones con instrumentos similares a los que utilizaban nuestros antepasados precolombinos.

La ciencia progresa, ciertamente, y en los Estados Unidos se polemiza mucho sobre los aspectos éticos de la llamada «ingeniería humana» y la experimentación con los genes, así como con respecto a la gestación de niños en probetas de laboratorio. A nosotros, sin embargo, nos cuesta trabajo nacer y sobrevivir, y si lográramos reducir las altas tasas de mortalidad que padecemos —particularmente entre los niños menores de cinco años— al nivel que registraron en 1970 los países desarrollados, cada año tendríamos que lamentar menos de la mitad de las defunciones totales. En la mayoría de las provincias, donde reside el 35% de la población global, y en extensas áreas deprimidas, como el nordeste de Brasil y las regiones andinas, las tasas de mortalidad infantil son superiores a 100 por cada 1000 nacimientos, únicamente comparables con las regiones más atrasadas de África y Asia. Al hacinamiento humano en viviendas inadecuadas y antihigiénicas, hay que añadir la falta de redes de alcantarillado y hasta la ausencia de agua potable, todo lo cual favorece un alto índice de morbilidad que, unido a otros factores, agobia y disminuye la duración de la vida.

Alguien ha señalado que el norteamericano medio vive rodeado de una magnitud y diversidad tal de materiales impresos que, posiblemente, lee de diez mil a veinte mil palabras por día, considerando revistas, libros, anuncios publicitarios, recetas, instrucciones, etiquetas, y otros muchos textos de ese tipo. En 1978, por ejemplo, en ese país se publicaron 85 mil títulos de libros y aproximadamente un periódico por cada tres habitantes, aunque todos estos datos incluyen una buena cantidad de obras mediocres y un impre-

sionante número de disparates que hacen, de ese mismo y supuesto lector voraz, una de las personas más incultas del planeta. En nuestra región, por el contrario, no existe una capacidad similar de lectura —siempre en términos cuantitativos—, ya que del 25 al 30% de la población de 15 años o más es analfabeta, y el número absoluto de iletrados es del orden de los 40 millones, el mismo que en 1970, si no ha aumentado. Con la publicación de unos 30 a 35 mil títulos por año —las dos terceras partes de ellos en el Brasil—, y de un periódico cada quince o veinte habitantes, los latinoamericanos y caribeños tienen una posibilidad muy limitada de recibir conocimientos e informaciones escritas. A todo esto debe agregarse la falta de maestros, escuelas y sistemas modernos de educación que, junto a la pobreza extrema, hacen que el nivel medio de instrucción —cuando se logra adquirir alguna—, no pase del tercer o cuarto grado, sin contar que muchos tienden a convertirse en analfabetos funcionales.

Una de las más curiosas y notorias características de la sociedad norteamericana consiste en su insaciable absorción de científicos, especialistas e intelectuales de todos los países, en especial de los que proceden del llamado Tercer Mundo y, lógicamente, de la América Latina y el Caribe. Según los datos oficiales del Servicio de Inmigración de los Estados Unidos, en el periodo comprendido entre 1962 y 1974 entraron allí 310 mil personas altamente calificadas provenientes de los países subdesarrollados. En diversos estudios hechos por organismos internacionales se ha consignado que la tercera parte de los médicos que prestan servicios en los hospitales norteamericanos son extranjeros, muchos de ellos de origen latinoamericano o caribeño, y hay quien afirma que su ausencia tendría graves repercusiones sobre todo ese avanzado sistema de salud en el que —dicho sea de paso—, los ciudadanos estadounidenses tuvieron que gastarse 278 mil millones de dólares en 1980, una cifra solamente comparable al valor del producto bruto de nuestra región. Es difícil exagerar los perjuicios económicos y sociales que nos oca-

siona este permanente «robo de cerebros», pero basta con indicar que la formación de uno de esos profesionales en nuestras universidades cuesta aproximadamente 20 mil dólares, y que el rendimiento medio de esta inversión en «capital humano» ha sido calculada entre un 15 y un 17%, de manera que la América Latina y el Caribe —contradicción de las contradicciones—, contribuye con cientos de millones de dólares al año para el sostenimiento del nivel de vida de su poderoso vecino. Y sólo por ese concepto, porque a esa cuenta deben añadirse los 6 850 millones de dólares de utilidades que, según el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, obtuvieron sus trasnacionales en 1980. Habría, asimismo, que agregar las erogaciones por servicios de la deuda, esos leoninos préstamos que pagamos con creces a un ritmo de 30 a 40 mil millones de dólares por año. Sería necesario computar también los costos de la supuesta asistencia técnica y de los llamados servicios invisibles, que son dolorosamente palpables, así como los beneficios que en fin de cuentas perciben por los más disímiles e insospechados epígrafes y medios. Y, como digno colofón del «mundo libre», habría que sumar los 8 mil millones de dólares que gastó en armamentos la América Latina y el Caribe en 1980, para luchar contra el comunismo y salvaguardar para ellos esta pobre gallina de los huevos de oro.

Las marcadas diferencias entre el Norte desarrollado y el Sur «en vías de desarrollo», como dicen algunos, no pueden ocultar los conflictos y desigualdades internas que sufre cada parte y que, en última instancia, tienen su raíz común en el vicioso fenómeno del capitalismo y del imperialismo contemporáneos. En los Estados Unidos la distribución de ese formidable ingreso nacional está muy lejos de ser igualitaria y justa, y según datos del propio Sistema de Reserva Federal, al 4% de norteamericanos ricos y super-ricos, que poseen fortunas de 100 a 500 mil dólares o más, les corresponde el 57% de las riquezas nacionales, mientras que al 96% restante de la población le toca el 43%. Al parecer, la «sociedad tecnocrática» no tiene so-

lución para sus 10 a 15 millones de desempleados, ni para el 40% de jóvenes negros y de otras minorías que permanecen cesantes; ni para los 26 millones de ciudadanos que viven bajo el nivel oficial de pobreza, ni para los altos costos del servicio de salud, frente a los cuales la muerte es preferible que la ruina. La discriminación, la alienación, la violencia, la inseguridad y la incertidumbre ante el futuro, hacen trizas todas las maravillas de la técnica y convierten al hombre no sólo en esclavo del hombre, sino en instrumento ciego de sus propias creaciones.

En Nuestra América, la injusticia adquiere proporciones dramáticas, tanto en el plano económico y social, como debido a la existencia de regímenes totalitarios y fascistas que cierran el paso a cualquier intento serio de transformación y desarrollo. Una oligarquía dependiente de los intereses norteamericanos controla el poder y los medios de producción en numerosos países latinoamericanos y caribeños, de modo que padecemos un doble círculo de opresión. Así, de acuerdo a estudios hechos recientemente por la CEPAL, un 10% de las familias concentra el 44% del ingreso total de la región, y la distancia entre las capas más ricas y las masas más pobres es todavía más abismal que la que media entre el ingreso promedio regional y el de los Estados Unidos. Nosotros dependemos fundamentalmente de los productos de la agricultura y la minería, pero el 1% de los propietarios dispone de más del 60% de las tierras, gran parte de las cuales se mantienen ociosas. No sería muy desacertado decir que, en nuestros días, existen señores más poderosos que los que conoció el feudalismo, no sólo por la magnitud de sus riquezas, sino también por la capacidad de utilizar medios de locomoción, recursos tecnológicos y mecanismos sofisticados con los que jamás soñaron aquéllos otros. La gran burguesía latinoamericana no tiene nada que envidiarle a los millonarios norteamericanos, y hasta puede ufanarse de poseer playas, residencias y fincas exóticas de inmensurable valor.

Tal vez las grandes ciudades latinoamericanas sean los espejos que mejor reflejan y magnifican los contrastes que

nos agobian, con sus soberbias edificaciones económicas y administrativas —como en el caso de Brasilia que, a pesar de su origen relativamente reciente, ya contaba con unos 700 mil habitantes en 1978—, y sus acusadores cerros de casuchas donde se hacinan los pobres e indigentes, como le ocurre a Caracas. En estas urbes se genera más de un tercio del producto industrial de la región y, junto a una clase obrera numerosa que sufre directamente la explotación de las burguesías nacionales y de las empresas extranjeras —principalmente norteamericanas—, en ellas arrastran sus vidas amplias masas de pobladores rurales que vinieron en busca de un destino mejor y, tras el fracaso, ya no pueden volver, ni tampoco quedarse. Pero crecen y se multiplican lujosos barrios residenciales que disponen de todos los servicios y que, a pesar de la concomitante proliferación de los anillos de miseria, contribuyen a difundir patrones de consumo inalcanzables para la mayoría, al extremo de que —teniendo en cuenta los niveles de precios y salarios—, esa mayoría llega a confrontar una situación relativamente más desfavorable que la prevaleciente en el campo.

Los ciudadanos de nuestra región se asfixian, y no tanto en sentido figurado como en su acepción literal, ya que la industrialización, la aplicación sin control de tecnologías y productos riesgosos para la salud, así como el aumento del parque de vehículos —entre otras causas—, han creado complejos problemas de contaminación ambiental, para cuya solución no existen planes ni recursos suficientes. Esta chocante carga de factores económicos, sociales y culturales se hará todavía más explosiva en el futuro inmediato, cuando en esas verdaderas megalópolis se alberguen, en el año 2000, no menos de 220 millones de habitantes, es decir, el 37% de la población total.

A la luz del antitético panorama anteriormente descrito con trazos muy generales, se puede adelantar la idea de que es en el continente americano —considerando ambas mitades como polos contrapuestos dentro de un fenómeno global—, donde quizás se manifiesten con mayor claridad

los graves dilemas de nuestra época. Los Estados Unidos, que son la sede y la expresión suprema de las fuerzas más agresivas y peligrosas de la historia, disponen de gigantescos recursos económicos y científico-técnicos con los que alientan una criminal carrera armamentista a escala mundial y, al propio tiempo, obstaculizan el desenvolvimiento de la América Latina y el Caribe, así como el de las otras regiones subdesarrolladas. La América Latina y el Caribe, que han sido largamente forzados a desangrarse en beneficio del imperialismo norteamericano, confrontan la cada vez más urgente e insoslayable necesidad de emprender un proceso de desarrollo acelerado, aunque sólo fuera para responder a la creciente presión demográfica. En esta misma zona del mundo se originan y se experimentan —en mayor o menor grado—, una buena parte de las grandes calamidades sociales que afligen a nuestros contemporáneos, incluido el peligro de la guerra nuclear, el antagonismo entre la técnica y el individuo enajenado, la miseria y el hambre, el analfabetismo y la incultura, la civilización y la naturaleza. Y acaso en ese desnivelado conflicto entre los Estados Unidos y Nuestra América nos tocará, en su momento, desempeñar un papel decisivo para que, dialécticamente, se superen las causas de esa larga cadena de ignominias que empobrecen al hombre.

El camino fue abierto con el triunfo y consolidación de la Revolución Cubana, así como por las ulteriores victorias de los movimientos revolucionarios de Granada y Nicaragua. Ahora se extiende hacia El Salvador y Guatemala, en busca del porvenir.

IMPERIALISMO Y DEPENDENCIA

Antonio NÚÑEZ JIMÉNEZ

La antítesis de la independencia de los pueblos, a partir de finales del siglo pasado, es el imperialismo, enmascarado desde entonces en un neocolonialismo que sólo permitió a las nuevas naciones de Nuestra América el ejercicio ficticio de una soberanía de himno y de bandera, jamás de posibilidades de desarrollo y de libertades nacionales y mucho menos de alianzas internacionales para frenar la total injerencia en los asuntos propios.

Si bien el imperialismo como fenómeno económico y social lo inicia de hecho Estados Unidos con la guerra hispano-cubano-estadounidense en 1898, no es menos cierto que los designios imperiales comenzaron a evidenciarse durante los primeros años de promulgada la independencia de las Trece Colonias. Desde entonces, los dirigentes de aquel poderoso Estado no ocultaron su estrategia global para dominar el Nuevo Mundo, de Polo a Polo.

El 28 de abril de 1923, John Quincy Adams expresó con relación a Cuba y Puerto Rico que “estas islas por su posición local son apéndices naturales del continente norteamericano”, es decir de Estados Unidos.

El Presidente Thomas Jefferson expuso conceptos similares que han tenido virtual vigencia en la cancillería del Potomac hasta nuestros días.

Aquella política de dominación ejercida desde hace más de doscientos años ha producido el cuadro de sojuzga-

miento de Nuestra América, y el saqueo de sus recursos naturales, para lo cual al mismo tiempo que liquidaron las fuerzas armadas libertadoras defensoras de concepciones bolivarianas de unidad latinoamericana y caribeña, trataron de frenar el desarrollo cultural propio, imponiéndonos el suyo.

De ahí que Estados Unidos se opusiera a las banderas unitarias del Congreso de Panamá convocado por El Libertador y casi cien años después liquidaron al Ejército Libertador Cubano para después invadir con sus tropas a Puerto Rico, Nicaragua, México, Santo Domingo, Haití, Panamá y que con más sofisticados métodos traten ahora de destruir los movimientos de liberación nacional de América Latina.

Un reciente estudio realizado para el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) afirma que la economía de los Estados Unidos ha cambiado estructuralmente y que esto ha obligado a un reacomodo de las economías de los países latinoamericanos a partir de finales del decenio de los setenta, buscando con esto adaptarse a nuevas formas de inserción dentro de la órbita de la economía norteamericana en una nueva división internacional del trabajo impuesta por el imperialismo.¹

Hoy los especialistas e intelectuales que se dedican a las ciencias económicas en América Latina debaten ampliamente estos problemas.

Hace ya algunos años se especula sobre los papeles que en el proceso económico juegan los llamados «centros» y la «periferia», representados los primeros por los poderosos países imperialistas y los segundos por los esquilmodos países en desarrollo y entre éstos los de Nuestra América.

Una conclusión a la que ha arribado un buen número de técnicos e intelectuales es que las contradicciones del llamado «capitalismo periférico» tienen que resolverse mediante la búsqueda de sus propias fórmulas y modelos, y no copiar éstos de los «centros» cuyo estilo de desarrollo

¹ SELA, *Estudio sobre productos básicos*, 31 de jul. de 1981.

nunca sería aplicable a un país subdesarrollado. Gana cuerpo, además, la idea de que el excedente tiene un carácter eminentemente social y por lo tanto no debe ser apropiado por fuentes privadas.²

Para apreciar cuál es la realidad trágica de la casi totalidad de los países de la región, en particular el hecho de su sometimiento al sistema de dominio imperialista, convendría incursionar sobre el comportamiento económico y social de América Latina en los últimos veinte años.

Según estudios de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL) se ha producido en ésta, en su conjunto, un crecimiento económico y una transformación social conducente a lo que denomina «sociedades muy inequitativas».³

El Producto Interno Bruto de la región, medido a precios de 1970, aumentó de unos 109 mil millones en 1960 a 332 mil millones en 1980. Esto significó un crecimiento del Producto Interno Bruto por habitante a una tasa anual media de 2.8% en el periodo 1960/70 y 3.1% en el periodo 1970/80.

La producción creció a tasas anuales medias de 5.7% en el periodo 1960/70 y 5.8% en el periodo 1970/80.

La participación en la generación del Producto Interno Bruto fue para el sector agrícola de 17.2% en 1960 y de 10.8% en 1980, mientras que en el sector industrial fue de 31.7% en 1960 y creció a 34.7% en 1980. El sector de servicios (electricidad, gas y agua, transporte y comunicaciones, comercio al por mayor y al por menor, restaurantes y hoteles, establecimientos financieros, seguros, bienes inmuebles y servicios comunales, sociales y personales) creció en 1960/70 a una tasa media de 5.7% y aumentó a 6.1% en el decenio 1970/80.

Las exportaciones crecieron de unos 9 mil 500 millones en 1960 a 105 mil 600 millones en 1980 para una tasa

² *Revista de la CEPAL*, No. 13, abr. 1981.

³ CEPAL, *Notas sobre la economía y el desarrollo en la América Latina*, No. 335, feb., 1981.

media anual de crecimiento del 4.5% en 1960/70 y 6.1% en 1970/80. Las importaciones crecieron de 9 mil 400 millones en 1960/70 a 116 mil 500 millones en 1980 para una tasa de 4.1% en el periodo 1960/70 y 8.2% en el periodo 1970/80.

Con la relación de intercambio desfavorable para la región y las persistentes dificultades en materia de energía para los países importadores de petróleo, las perspectivas son dramáticas y se reflejan en la situación financiera externa de América Latina.

La deuda pública externa desembolsada tuvo un saldo de 5 mil 500 millones de dólares al finalizar 1960 y aumentó a 109 mil 300 millones de dólares al finalizar 1980. El servicio de la deuda correspondiente a la deuda pública externa, representó en 1979 más de 30 mil millones de dólares, equivalentes a poco más del 30% del valor total de las exportaciones de ese año.⁴ Aquí es necesario agregar que sólo nos hemos referido a la deuda pública y no se incluye la privada.

La deuda total externa se estima que era de 10 mil millones en 1965 y se elevó a 150 mil millones a principios de 1980.⁵ Es decir, la región afronta la carga insostenible de que más de la tercera parte del valor de sus exportaciones debe ser destinada al pago del servicio de la deuda, con tendencia a incrementarse.

Las cifras crecientes de la deuda externa de nuestros países nos llevan a pensar en la necesidad de nuevos metros de expresión matemática. Y así como los astrónomos ante las inmensidades cósmicas llegaron a la concepción de los años-luces, la desmedida explotación imperialista puede llevarnos a la fundamentación del dólar-luz, que pudiera equivaler a mil millones de dólares.

Además del aumento, la deuda externa ha sufrido un cambio cualitativo importante, consistente en que las fuen-

⁴ CEPAL, *Síntesis estadística de la América Latina 1960-1980*, abr. de 1981.

⁵ CEPAL, *Documento E/CEPAL/G.1150*, "El desarrollo de la América Latina en los años 80", feb. 1981.

tes de financiamiento se han desplazado del sector oficial al privado, lo que representa mayores gastos por servicios de la deuda y condiciones más onerosas.

La política que promueve la administración Reagan consiste en el desplazamiento de la ayuda oficial por la inversión privada a través de las transnacionales bancarias.

Veamos ahora el dramático cuadro de la distribución del ingreso, la pobreza y el desempleo.

La distribución del ingreso por grupos de la población muestra que, mientras el 50% de la población participa del 14% de los ingresos, el 5% de la misma se beneficia con el 30% de dichos ingresos:

<i>Tramos de ingreso (% de la población)</i>	<i>Participación de cada estrato de la población en el ingreso total</i>	
Muy bajo	20.0	2.5
Bajo	30.0	11.4
Medio	30.0	25.1
Alto	15.0	31.1
Muy Alto	5.0	29.9
	100.0	100.0

FUENTE: Estimaciones de la División Agrícola Conjunta CEPAL-FAO.⁶

Oficialmente se calcula que un 40% de las familias de América Latina viven en condiciones de pobreza y un 20% de la población total en la indigencia.

Se ha estimado que en su conjunto casi el 30% de la población económicamente activa está desocupada o subocupada y de ella, un 6% padece desempleo pleno y un 22% subdesempleo.

⁶ SELA, *Ámbito y perspectivas de la cooperación agropecuaria y alimenticia*, ag. 1980.

De lo examinado hasta aquí se confirma que ha existido un crecimiento en el proceso económico latinoamericano de las dos últimas décadas, pero que los beneficios del crecimiento no han alcanzado a las grandes masas de la población; muy por el contrario, su situación se ha visto agravada.

Es indudable que hay factores internos que juegan un papel decisivo en el mantenimiento de esta situación, en particular la existencia de las clases dominantes que detentan el poder y mantienen una política de expoliación a las masas, pero hay un hecho que contribuye a mantener esa dramática situación, y es el sometimiento de la casi totalidad de los países al sistema de dominación imperialista que se manifiesta en la actividad económica, fundamentalmente a través de la actuación de las empresas transnacionales.

Los geniales análisis y predicciones de Lenin sobre el imperialismo se han visto corroborados, aunque si existiera alguna duda, bastaría echar una ojeada a los efectos de la presencia de las transnacionales en Nuestra América.

Las transnacionales en la América Latina tienen una decisiva participación en las producciones de manufacturas y en los servicios bancarios. Dominan en los sectores estratégicos, de mayor dinamismo y de mayor avance tecnológico, en particular en las industrias químicas, metales básicos, mecánicas y en la industria automotriz. Dominan igualmente en el sector financiero.

El grueso de las operaciones de las transnacionales está dirigido al mercado interno y en menor medida a las exportaciones. Es a través de las transnacionales que se canaliza una significativa parte de las importaciones, del financiamiento externo y de las adquisiciones tecnológicas.

Casi el 60% de toda la inversión extranjera directa en los países subdesarrollados, se concentra en la América Latina y el Caribe. En todos los países subdesarrollados la inversión extranjera directa totalizaba en 1978, 88 mil millones de dólares, de los que estaban situados en la América Latina y el Caribe 50 mil 500 millones.

Las trasnacionales norteamericanas tienen invertidos en países subdesarrollados en 1979, 47 mil 800 millones de dólares, de los cuales 36 mil 800 millones están situados en la América Latina y el Caribe, para 80% de participación.

La inversión extranjera directa en la América Latina y el Caribe alcanza, como se ha expresado, 50 mil 500 millones en 1978 de los cuales 33 mil millones corresponden a los Estados Unidos para un 64.4% de participación.

Las ventas totales de las empresas trasnacionales yanquis en América Latina y el Caribe durante 1975 alcanzaron los 57 mil millones de dólares.

Las empresas trasnacionales han invadido los países de América Latina, en su búsqueda de superganancias, con el objetivo de explotar a los trabajadores, para lo cual realizan una gestión monopolizadora y disfrutan cómodamente del mercado interno, sin competencia, o con competencia marginal. Esto las lleva a estar muy interesadas en las importaciones de materias primas y de los bienes intermedios que les son necesarios, mas no en las exportaciones, como se ha expresado anteriormente. Es así como los déficits comerciales externos de las trasnacionales tienen un peso importante en el déficit comercial total de los países de la región. Para sólo citar un caso de Nuestra América, digamos que un país tuvo un déficit comercial externo promedio de las trasnacionales de casi el 50% de su déficit total, en el periodo 1970-73.⁷

En lo anterior tiene que ver el comercio intrafirma y las llamadas «importaciones cautivas». Por ejemplo, las importaciones realizadas desde Estados Unidos, RFA y Japón por las trasnacionales de esos países radicadas en México, representaron respectivamente, en 1972, el 74, 81 y 94% de las importaciones totales de esas subsidiarias.

De otra parte, las transacciones comerciales que se realizan por las empresas trasnacionales con los países sedes

⁷ SELA, *Las relaciones de la América Latina con los Estados Unidos. Empresas Trasnacionales*, ag. 1981.

facilitan que los precios que se fijen puedan ser muy distintos a los vigentes en el mercado. En un estudio realizado en Colombia se concluyó que la sobrefacturación de las trasnacionales, en un grupo de productos farmacéuticos, alcanza el 155%, el 54% en productos eléctricos, 44% en caucho y 25% en productos químicos. En algunos productos llegó a la increíble proporción de 3000%. El estudio arrojó que el monto total de la sobrefacturación era superior a las utilidades declaradas, más la regalía.

Las utilidades de las trasnacionales norteamericanas alcanzaron un monto de 6 mil 600 millones, incluidos regalías y servicios técnicos en 1979. Según reciente información, en 1980 la ganancia ascendió a 6 mil 850 millones de dólares.

En cuanto a la explotación de los trabajadores, a principios de la pasada década se conoció que las trasnacionales pagaban a los obreros latinoamericanos y caribeños menos del 38% de lo que pagaban a los trabajadores en los Estados Unidos. En el sector industrial pagaban menos de un tercio en relación con los trabajadores en los Estados Unidos.

Estos son los efectos nocivos de las trasnacionales. Los resultados de la dominación imperialista yanqui, unido a los factores internos que mantienen la despiadada situación actual de la explotación de los países latinoamericanos, incrementa las «sociedades muy inequitativas» mencionadas por la CEPAL, y hace que al mismo tiempo crezca y se profundice la lucha de clases en sus manifestaciones más radicales.

Para finalizar, recordemos los conceptos expresados por el Comandante en Jefe Fidel Castro en el discurso pronunciado en octubre de 1979 en el xxxiv Periodo de la Asamblea General de las Naciones Unidas para informar de los acuerdos de la VI Cumbre del Movimiento de Países no Alineados:

El intercambio desigual, arruina a nuestros pueblos.
¡Y debe cesar!

La inflación que se nos exporta, arruina a nuestros pueblos.

¡Y debe cesar!

El proteccionismo, arruina a nuestros pueblos. ¡Y debe cesar!

El desequilibrio que existe en cuanto a la explotación de los recursos marinos, es abusivo. ¡Y debe ser abolido!

Los recursos financieros que reciben los países en desarrollo, son insuficientes. ¡Y deben ser aumentados! Los gastos en armamentos, son irracionales. ¡Deben cesar y sus fondos empleados en financiar el desarrollo! El sistema monetario internacional que hoy predomina, está en bancarota. ¡Y debe ser sustituido! Las deudas de los países de menor desarrollo relativo y en situación desventajosa, son insostenibles y no tienen solución. ¡Deben ser canceladas!

El endeudamiento abruma económicamente al resto de los países en desarrollo. ¡Y debe ser aliviado!

El abismo económico entre los países desarrollados y los países que quieren desarrollarse, en vez de disminuir se agranda. ¡Y debe desaparecer!

Tales son las demandas de los países subdesarrollados.

Y en su discurso del 26 de abril de 1981, al inaugurar el II Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo expresó Fidel:

En otra ocasión dijimos que no habrá paz sin desarrollo. Esto quiere decir que la lucha por la paz equivale a la lucha por el desarrollo, y no pueden haber paz ni desarrollo sin una era de cooperación en gran escala entre todas las naciones, con la premisa del respeto a la libre determinación de cada pueblo en cuanto a la selección del régimen social

en el cual quiera vivir. Un gran mexicano que ganó merecidamente el título de Benemérito de las Américas, Benito Juárez, esculpió una frase lapidaria cuando dijo que «el respeto al derecho ajeno es la paz». Por nuestra parte, confiamos en las leyes de la historia y estamos convencidos de que los pueblos escogerán, más temprano que tarde, una organización social cada vez más democrática y a la postre optarán por un sistema sin explotadores ni explotados.

OTROS TEXTOS CONSULTADOS

- V. I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo.*
V. Panov. *El neocolonialismo. Sus métodos económicos.*
Humberto Pérez. *El subdesarrollo y la vía del desarrollo.*
Eduardo del Llano. *El imperialismo: capitalismo monopolista.*

FACTORES SOCIOECONÓMICOS QUE AFECTAN LA SOBERANÍA DE NUESTROS PUEBLOS

Alonso AGUILAR M.

Con frecuencia se declara que los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos son inviolables por naturaleza; son principios consagrados por la Ley y por la historia, que nadie debe impugnar y menos todavía transgredir. Y si bien las Constituciones internas y el derecho internacional los establecen como algo que todos debieran respetar, abundan los casos en que se lesionan y aun violan flagrantemente sin que al parecer puedan impedirlo los ofendidos. Todos los pueblos tienen derecho a la libre autodeterminación, al respeto a su soberanía, a su integridad territorial y a su independencia. Ello es tan obvio que los preceptos en que tales derechos se consagran suelen repetirse más que como normas jurídicas, como dogmas que no están siquiera a discusión. Y sin embargo, a menudo se producen situaciones que no sólo exhiben el profundo divorcio de la Ley y la realidad sino que incluso dejan ver que aun las más graves violaciones no son casuales, no son meros actos antijurídicos aislados que impidan a los pueblos reivindicar lo que es suyo. Son más bien hechos que expresan contradicciones profundas, y que de no ubicarse correctamente no pueden combatirse con éxito ni, por tanto, resolverse o superarse. Descubrir y situar con precisión tales contradicciones no es fácil porque no son invariables sino

cambiantes y complejas, porque no siempre se expresan en agresiones abiertas, porque adoptan múltiples y a veces sutiles formas que suelen pasar inadvertidas y porque incluso se ostentan a menudo como condiciones del progreso y como mecanismos de cooperación que nadie debiera rechazar. Por todo ello es importante que en un encuentro como éste en defensa de la soberanía de nuestros pueblos, en vez de limitarnos a reclamar nuestro derecho a ejercerla sin cortapisas, sus organizadores nos hayan propuesto empezar examinando los factores históricos que afectan el ejercicio de la soberanía.

La vida contemporánea de Nuestra América está llena de acontecimientos, de tropiezos y avances, luchas y aun hazañas ejemplares. La sola defensa de la soberanía ante las más graves agresiones ha sido fuente de ricas y aleccionadoras experiencias. Pero el hecho central de nuestro tiempo, que condiciona la transformación y explica la problemática actual de Nuestra América es el proceso histórico que arranca del advenimiento del capitalismo y que culmina en los triunfos revolucionarios de Cuba y Nicaragua y en las nuevas, más profundas transformaciones que especialmente Cuba ha logrado bajo la democracia popular y el socialismo.

Esto no significa desde luego que el pasado precapitalista y el antecedente colonial carezcan de importancia. De ninguna manera. Si tratáramos de examinar en una perspectiva más amplia el curso de nuestra historia tendríamos obviamente que prestar la mayor atención a tales hechos. Pero aquí sólo pretendemos enmarcar una fase contemporánea que nos ayude a apreciar las más recientes transformaciones y lo que ellas significaron en la lucha por la independencia nacional.

Durante mucho tiempo no se comprendió la importancia decisiva del fenómeno capitalista en Nuestra América. La historiografía burguesa lo excluyó usualmente del escenario latinoamericano, y la ciencia social en boga en los círculos académicos incluso ignoró el carácter de nuestras formaciones sociales y las condiciones en que se desplazaban de

una a otra, o sea nada menos que el hecho fundamental del proceso social. En vez de un estudio riguroso y esclarecedor de este proceso, lo que con honrosas excepciones se hizo hasta los años cuarenta fue identificar la sociedad latinoamericana con un régimen «feudal» o «semifeudal», lo que en el mejor de los casos constituía un traslado mecanicista de una etapa de la historia europea a nuestro suelo. En realidad el supuesto carácter feudal de la economía latinoamericana aun en buena parte del siglo xx, más que derivar de la naturaleza del modo de producción dominante era a menudo una manera de subrayar nuestro atraso. Si el capitalismo significaba progreso, independencia, avance tecnológico y altos niveles de ingreso y de vida, y los rasgos dominantes en nuestro panorama social eran el atraso y la pobreza, ello quería decir que tal sociedad, a la que había que caracterizar de algún modo, era «feudal». La izquierda misma y el movimiento obrero no escaparon con frecuencia a tales esquemas y simplificaciones. Y aún a partir del momento en que su análisis incorporó el fenómeno del imperialismo, éste, más que ser visto como una fase del desarrollo capitalista se identificó a menudo con una política que, a manera de variable externa, imponía a nuestros países condiciones desfavorables que impedían su progreso y los mantenían en una condición «feudal». Imperialismo y «feudalismo» fueron así durante mucho tiempo, en tal análisis, los términos básicos de la problemática latinoamericana.

En años más recientes, en círculos burgueses se tendió además a sustituir el estudio de la realidad histórica de nuestros países, ahora por la tesis de origen anglosajón según la cual, al empezar éstos a modernizarse se habían vuelto economías «mixtas» en las que un Estado democrático, neutral y por tanto no comprometido ni menos aún subordinado a los intereses de la clase dominante, se convertía en el eje del proceso y del progreso socioeconómico, así como en el principal defensor de la independencia nacional. De nuevo el capitalismo como modo de producción específico desaparecía de la escena, sin que nadie explicara

en realidad cómo había surgido, desenvuéltese y menos aún extinguiéndose en nuestros países, y sin que en tal virtud pudiera comprenderse el papel de tal sistema en la transformación socioeconómica.

El capitalismo latinoamericano se desarrolla en condiciones muy desiguales y desde luego muy diferentes de las que conocieron Inglaterra, otros países europeos y los Estados Unidos y Japón. Desde hace muchos años, sin embargo, es el modo de producción dominante en Nuestra América. Y aunque incluso de un país a otro de la región se advierten rasgos propios y diferencias significativas, es indudable que el sistema responde en lo fundamental a leyes históricas que desde luego operan hoy en condiciones distintas de las que se dieron en otros países y otros tiempos.

El capitalismo latinoamericano descansa desde luego en la explotación de la fuerza de trabajo y en la conversión de ésta en la principal mercancía, en la generación de plusvalía y en la acumulación, concentración y centralización del capital en poder sobre todo de las fracciones oligárquicas más poderosas de la burguesía. Pero mientras el capitalismo clásico y aun el que otros países conocieron hasta el advenimiento del imperialismo fue un factor muy importante para hacer posible la independencia nacional, el capitalismo que padecemos en Latinoamérica no sólo no permitió a nuestros países conquistarla sino que los ha mantenido siempre subordinados al imperialismo. Aun los países que desde principios del siglo XIX se constituyen en repúblicas formal o jurídicamente independientes nunca llegan a ser realmente autónomos: de uno u otro modo son siempre víctimas de la dependencia económica, tecnológica, cultural, política y aun militar. Y aunque a menudo se adoptan actitudes nacionalistas que parecen ser la condición de la independencia, en general se trata de un nacionalismo que expresa la ideología dominante, es decir, de un nacionalismo burgués o pequeñoburgués incapaz de superar las limitaciones de la clase en el poder y con mayor razón de oponerse con éxito al imperialismo y abrir el cauce de un desarrollo nacional realmente independiente.

El capitalismo latinoamericano se vuelve en general el modo de producción dominante en vísperas e incluso cuando el capitalismo en los países más desarrollados se ha transformado ya en imperialismo. Este es el hecho decisivo que inserta a nuestros países en el sistema internacional capitalista como piezas estructuralmente subordinadas que al depender de una industria y en general de un capital que empieza a internacionalizarse de prisa, se desarrollarán en forma sumamente desigual, sin base productiva propia suficientemente sólida y con profundas deformaciones estructurales.

En la fase preindustrial del capitalismo latinoamericano se pensaba a menudo que la condición básica de un desarrollo independiente era la industrialización. Mientras nuestros países sean fundamentalmente agrícolas o mineros —tal parecía ser el argumento central—, carecerán de verdadera independencia económica; mas apenas empiecen a industrializarse las cosas cambiarán. Los hechos sin embargo demostraron lo contrario, y aun los países que en los últimos cuarenta años lograron mayor desarrollo industrial e incluso aquellos en los que en un momento dado las fuerzas ant imperialistas adquieren una fuerza innegable, el capitalismo modificó pero no fue capaz de romper el marco de la dependencia y el subdesarrollo. La llamada industrialización sustitutiva de importaciones permitió producir mucho de lo que antes se adquiría en los países desarrollados, pero trajo consigo una estructura industrial débil, deforme, orientada fundamentalmente hacia el consumo y no a la producción de bienes de producción, artificial, ineficiente y superprotegida, de altos costos y altas ganancias, subordinada en buena parte al capital monopolista extranjero y en la que —aun cuando no sin ciertas contradicciones— éste se relacionaría estrechamente con el capital nacional y con frecuencia con el Estado.

Tal proceso, desde luego, no se desenvolvió linealmente ni de manera uniforme. En realidad fue siempre inestable, desigual, sinuoso, contradictorio, sujeto a forcejeos que expresan luchas sociales y políticas de diverso alcance. Y si

bien el capitalismo latinoamericano fue incapaz de hacer lo que el europeo o norteamericano habían hecho; si bien bajo él nunca floreció la democracia burguesa, no se rebasó el marco del subdesarrollo ni, como ya vimos, se conquistó el bienestar de las masas ni la plena independencia nacional, se produjeron cambios que sin duda afectan la vida y concretamente la soberanía de nuestros pueblos.

- Las relaciones capitalistas, desde mucho tiempo atrás en proceso de desarrollo, se convierten en un momento dado en el modo de producción dominante en el marco de formaciones sociales en las que entonces y aún después, las relaciones precapitalistas seguirían teniendo cierta significación. Al principio incluso la contradicción capitalismo-precapitalismo ejerce gran influencia, pero pronto es desplazada por el antagonismo propio del nuevo sistema, entre el capital y el trabajo asalariado.
- Las fuerzas productivas crecen anárquica y desigualmente, en general sin el vigor de otros procesos similares, y dentro del marco del subdesarrollo. La producción, por ejemplo, aun en periodos en que aumenta relativamente de prisa lo hace sobre todo en ciertas actividades agropecuarias o extractivas, en el petróleo, en industrias manufactureras de bienes de consumo o que no son esenciales, y en ramas del comercio y los servicios que dependen principalmente de los capitalistas y en general de las capas de alto ingreso. En conjunto, sin embargo, disminuye la importancia relativa de la producción primaria y aumenta la significación de la industria y el comercio.
- La acumulación de capital tampoco se desenvuelve con la intensidad propia de otros procesos capitalistas. Si bien sobre todo en los países con mayor población y recursos el excedente que resulta de la explotación de la fuerza de trabajo es importante, buena parte de él no se convierte en capital sino que se fuga hacia el exterior extraído por los inversio-

nistas extranjeros o expatriado por la burguesía doméstica, o bien se destina a consumo suntuario y se desperdicia en múltiples gastos improductivos.

- Pese a todo ello cambia la estructura de clases, y aunque el ritmo y las modalidades del proceso varían grandemente de un país a otro, se observan las tendencias siguientes:

Disminuye la importancia relativa del campesinado, una parte del cual se convierte en jornaleros rurales y otra, a veces mayor, en asalariados urbanos. Parte de la pequeña burguesía de las ciudades se integra también al mercado como un nuevo segmento de trabajadores a sueldo, y en el otro polo la burguesía se extiende y su composición interna cambia: ahora es a menudo más urbana que rural, más industrial que agraria y sus fracciones oligárquicas se sustentan en el capital monopolista.

Este último, es un hecho muy importante que afecta a las fuerzas productivas y a las relaciones de producción. Bajo el capitalismo, el capital —o sea la explotación de los trabajadores por los capitalistas—, obviamente es la relación de producción dominante. Lo que no es tan obvio es que incluso un relativamente bajo nivel de las fuerzas productivas puede coincidir con relaciones de producción con un muy diverso y aun alto grado de desarrollo. En los principales países capitalistas de Latinoamérica el capital dominante es hoy el capital monopolista, y en México y quizá otros países, es ya capital monopolista de Estado, pues es éste el que condiciona el proceso de acumulación, define el carácter de la fase actual del sistema y afecta de múltiples maneras el ejercicio de la soberanía.

En efecto, determina que la contradicción principal del sistema, o sea la existente entre los trabajadores y los capitalistas sea en parte entre trabajadores nacionales y capitalistas extranjeros. Incluso la burgue-

sía y sobre todo la pequeña burguesía y las capas medias urbanas entran en conflicto con el imperialismo, aunque la oligarquía financiera o monopolista tiene a la vez una estrecha relación y una amplia base de acuerdo con el capital extranjero. En un sentido más amplio, la dependencia y la lucha por la independencia expresan una contradicción que involucra en realidad a toda la nación y la enfrenta al imperialismo en un proceso en el que de diversas maneras y con diferente intensidad se dejan sentir los intereses de clase.

En los países más pequeños y con menor desarrollo capitalista, el esquema anterior difiere de la realidad en más de un aspecto. En general, podría decirse que en ellos la producción primaria sigue a menudo siendo la principal y la acumulación de capital se orienta sobre todo hacia ella; la población rural es todavía proporcionalmente muy grande así como el peso del campesinado, mientras la clase obrera es pequeña y el sistema funciona con un muy alto nivel de desempleo y subempleo. La burguesía continúa siendo fundamentalmente agrícola y comercial, está muy subordinada al imperialismo, y su aporte a una acumulación autónoma es mínimo, de ahí que este tipo de capitalismo sea particularmente lesivo a la causa de la independencia y la soberanía nacionales.

Bajo el imperialismo no surge ya un capitalismo independiente. Incluso en los países en que se producen cambios más importantes dentro del marco del sistema, la dependencia no sólo no desaparece sino que adquiere un carácter más profundo y propiamente estructural, dejando ver que los países subdesarrollados se integran y funcionan en la estructura internacional del sistema como partes permanentemente subordinadas, y la burguesía de tales países, cuyos intereses en otras condiciones históricas coinciden en general con los de la nación en su conjunto ahora riñen cada vez más con ellos, de ahí que trate de fortalecerse

como clase dominante-dominada no a través de la independencia nacional sino, a la inversa, mediante la preservación del capitalismo, y por tanto, de la dependencia y el subdesarrollo, lo que desde luego no implica que éstos sean idénticos de un país a otro ni que, en ciertos momentos e instancias esas contradicciones del sistema no se expresen en grados diversos de autonomía relativa.

En conjunto, sin embargo, el nacionalismo burgués no es capaz, en el marco de un capitalismo subordinado y deformado, de asegurar la independencia y el respeto a la soberanía nacionales. Las fracciones liberales de la burguesía y ciertas corrientes pequeñoburguesas pretenden a menudo que su nacionalismo escapa a tales fallas porque es incluso revolucionario y expresa las posiciones democráticas y progresistas de Estados nacionales fuertes, «no capitalistas» y que de hecho rigen el proceso de desarrollo en las nuevas economías «mixtas» de América Latina. Mas lo cierto es que así se le llame demagógicamente «revolucionario», tal nacionalismo es hoy, fundamentalmente burgués y reaccionario porque concibe al capitalismo como el mejor de los mundos posibles, porque intenta someter a la Nación a los intereses de la clase dominante y considera «antinacional» todo lo que los rebase o riña con ellos, porque pretende que el Estado burgués no tiene contenido de clase sino que es democrático y aun popular, porque disemina y refuerza la ideología burguesa y concretamente el anticomunismo, porque convierte al socialismo en otro «imperialismo», y al amparo de una supuesta «unidad nacional» divide y debilita a las fuerzas antimperialistas.

De los tiempos ya lejanos en que la burguesía reivindicaba los derechos fundamentales del hombre y el derecho de los pueblos a la revolución como inalienables, a la situación de hoy en la que si bien acepta retóricamente que «la soberanía radica en el pueblo», niega en la práctica su ejercicio, responde a las acciones populares más legítimas con la represión y la violencia y convierte el derecho a la revolución en grave delito, hay sin duda una gran

distancia, entre cuyas determinantes históricas juega un papel decisivo el imperialismo.

A menudo sólo se repara en ciertos rasgos y aun en la acción de instrumentos aislados del imperialismo. Hoy día, por ejemplo, está de moda identificarlo con las empresas transnacionales y aun sostener que son éstos el elemento que define el carácter de la fase actual del proceso capitalista. Y aunque la internacionalización del capital es un hecho de innegable importancia, ni es nuevo ni es suficiente para entender lo que es hoy el imperialismo. Ya Marx y desde luego Lenin lo advirtieron en su tiempo, y lo que fundamentalmente expresa hoy es la cada vez mayor socialización de la producción bajo el capitalismo monopolista de Estado (CME), la que a su vez es sólo uno de los extremos —el otro es la creciente concentración y monopolización del capital— de la contradicción fundamental del capitalismo. O sea que así como en un momento dado el capital se convierte en capital monopolista, a consecuencia de la crisis general del sistema y a la vez del propósito de contrarrestarla, más tarde éste se transforma en capital monopolista de Estado.

Fidel Castro señalaba recientemente que sin el desarrollo del CME hubieran sido imposibles muchos de los cambios que hemos presenciado en años recientes. Pero a pesar de ello, de lo que demuestran los hechos y de la importancia de tal categoría para comprender la fase actual del capitalismo y ubicar correctamente al enemigo, abundan hoy quienes sospechosamente intentan despojar al marxismo del leninismo y renuncian en realidad a explicar teóricamente el imperialismo y por tanto a la posibilidad práctica de enfrentarse a él con éxito. Por eso una primera batalla de los intelectuales en la lucha antimperialista es oponerse a las posiciones burguesas y revisionistas que aseguran que el capitalismo de nuestros días es una sociedad «postindustrial» en la que ya no domina la burguesía, y en la que a partir del avance técnico, sin necesidad de revoluciones se está acabando con la injusticia y la desigualdad social; oponerse a las posiciones que niegan la

existencia del imperialismo y del CME o bien afirman que hay dos imperialismos, que aseguran que el socialismo no existe, y que pretenden ignorar la enorme importancia de éste en la lucha antimperialista y por la plena emancipación nacional.

Estas no son cuestiones académicas sino exigencias fundamentales de un examen serio de la realidad y de la lucha política necesaria para defender eficazmente la soberanía de nuestros pueblos. Porque si el imperialismo —y concretamente el norteamericano— es el principal enemigo a combatir, tenemos que empezar por saber en qué consiste, cómo actúa y por qué nos impide ser independientes.

- El imperialismo y específicamente el CME significan la intervención cada vez mayor del Estado en el proceso de acumulación, así como su estrecha relación con los monopolios para preservar el sistema, reproducir las relaciones de explotación capitalista y servir principalmente a la oligarquía;
- significan desarrollo e intercambio desiguales, es decir ampliación de la brecha entre los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados, y relaciones comerciales inequitativas basadas en la práctica de comprar a estos países barato y venderles caro, conforme a una división internacional del trabajo totalmente desfavorable;
- significan inversiones extranjeras monopolistas que crecen a menudo más de prisa que el capital nacional, que se concentra en los países que ofrecen condiciones más atractivas y en los campos más dinámicos y de mayor importancia estratégica; inversiones que habitualmente extraen de los países en que operan mucho más de lo que dejan en ellos, con los consiguientes desequilibrios comerciales, financieros y desde luego en la estructura productiva; que fomentan toda clase de especulaciones, imponen precios y formas de integración monopolistas que hacen de la

- inflación un fenómeno crónico, así como técnicas inadecuadas y onerosas que mantienen a los países capitalistas subdesarrollados en condiciones de permanente subordinación;
- significan la explotación irracional de recursos naturales, y lo que es más grave, en escala creciente de mano de obra barata, o sea del recurso productivo fundamental, a menudo sin siquiera respetar los derechos más elementales de los trabajadores, como sucede hoy por ejemplo en las industrias maquiladoras extranjeras que operan en las zonas «libres» de los llamados «nuevos países industriales»;
 - significan deudas externas enormes cuyo servicio entraña en carga cada vez más pesada y sometimiento a instituciones internacionales como el FMI, el Banco Mundial y las empresas transnacionales, cuyo poder les permite controlar materias primas, mercados, tecnologías, recursos financieros y capacidad organizativa con los cuales socavan la soberanía nacional de los países subdesarrollados;
 - significan intervenciones ilegales en los asuntos internos de otros países, presiones diplomáticas, apoyo económico y político a gobiernos reaccionarios como el de Pinochet en Chile, el de Stroessner en Paraguay, el de Duvalier en Haití, el de Lucas en Guatemala y la Junta genocida en El Salvador, el régimen de los generales uruguayos, los golpistas bolivianos y aun lo que puede del somocismo nicaragüense y de la gusanería expulsada por la Revolución Cubana;
 - significan degradación moral, impulso a la corrupción en todas sus formas, chantaje, parasitismo y privilegios para una minoría y explotación y pobreza para la mayoría de la población del mundo capitalista, discriminación, propagación del vicio y aun del crimen, espionaje, atropello a los derechos humanos, acciones terroristas, militarización creciente y subordinación de la ciencia y la técnica, al armamentismo, extensión de las «esferas de influencia» y preparación

de una guerra nuclear, así como difusión masiva de las mentiras y calumnias de que se nutre la ideología anticomunista, oposición sistemática a los países socialistas —incluso recurriendo una y otra vez a la intervención directa, el bloqueo, la desestabilización y aun el asesinato y hostilidad manifiesta hacia cualquier movimiento progresista, no digamos revolucionario— que intente la liberación nacional y la transformación social.

Al renunciar el imperialismo a lo mejor de la herencia nacional y universal, al subordinar la ciencia y la técnica a los intereses del capital monopolista, al impedir el libre ejercicio de los derechos humanos y la libertad de creación intelectual, al oponerse de múltiples maneras a que los pueblos sean realmente independientes y soberanos, al tratar de imponerles valores ajenos que riñen con sus mejores intereses y aspiraciones, al parcelar y desintegrar el conocimiento pese a su esencial unidad, al comercializar la cultura, al romper su continuidad histórica y divorciarla de las fuentes y las fuerzas capaces de impulsar su desarrollo, y al tratar de someterla a una ideología reaccionaria que arbitrariamente pretende detener y desviar el curso de la historia, la cultura en los países dominados por el imperialismo se desenvuelve en condiciones también muy desfavorables, en medio de profundas contradicciones y sin que los pueblos puedan utilizarla plenamente para afirmar su identidad y para conquistar su independencia.

Lo anterior no significa sin embargo que el imperialismo sea una fuerza que pueda imponer a su antojo todo aquello que sirva a sus intereses. El capitalismo vive hoy una de sus crisis más profundas, una crisis que además de económica es ideológica y política, y que explica la creciente agresividad imperialista. La correlación de fuerzas a escala mundial no es ya favorable al imperialismo. Los pueblos cobran conciencia de sus problemas y de su fuerza, se organizan, se unen y empiezan a escribir ellos mismos su historia. A la Cuba revolucionaria se agregan hoy la

nueva Nicaragua Sandinista, la heroica Granada, las fuerzas liberadoras de El Salvador y Guatemala. Se abre en Nuestra América la perspectiva de las grandes victorias por las que luchara el Comandante Guevara.

Nos enfrentamos a un enemigo en plena descomposición histórica pero todavía poderoso y que a estas horas amenaza a la humanidad con una guerra atómica, lo que sin duda entraña un reto que sería un grave error soslayar y menospreciar. Pero si comprendemos que la batalla contra el imperialismo no tiene un alcance meramente nacional sino internacional e internacionalista que reclama la acción conjunta de los pueblos; si nos decidimos a luchar resueltamente hasta la victoria, y si por encima de nuestras discrepancias y de las que tengamos con otras fuerzas, somos capaces de unirnos, de cerrar filas ante el enemigo común y de convertir lo mejor de nuestra energía en acción, estamos seguros de que lograremos vencer.

LA LIBERACIÓN NACIONAL: IMPERATIVO CATEGÓRICO DE NUESTRA AMÉRICA

Manuel MALDONADO-DENIS

Cuando Emanuel Kant, el filósofo idealista, quiso definir lo que constituía el meollo de los deberes de cada hombre para con el resto de la humanidad procedió a definirlo de la siguiente manera: “procura obrar siempre de tal forma que el principio de tu conducta pueda servir como regla universal”. Ese imperativo categórico, como se le llamó en la ética del famoso filósofo de Königsberg, tuvo su eco en el famoso dictamen de José Martí: en la mejilla ha de sentir todo hombre la bofetada en el rostro de cualquier otro hombre. Es decir, el deber de humanidad emana del proceso mismo de solidaridad humana: debe combatirse la injusticia y la opresión dondequiera que estas surjan. Esto es tan válido en el caso de los individuos como en el caso de los pueblos. Por eso Martí nos dice en *El Manifiesto de Montecristi*: “honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos e indiferentes a quienes se inmola, cae por el mayor bien del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo”. ¿Puede concebirse, acaso, mejor y más cabal expresión del espíritu internacionalista que sirvió como norte a Martí y que sigue inspirando a todos cuantos ven en la lucha contra el imperialismo una con-

tienda que trasciende de manera definida y clara las fronteras nacionales para insertarse en el epicentro mismo de la lucha contra la injusticia y la opresión, dése ésta en Palestina o Sud-África, en El Salvador o en Puerto Rico? Un imperativo categórico es un mandato, la enunciación taxativa que reclama el cumplimiento de un deber de solidaridad universal. Ese deber, en el momento que vivimos es, a nivel colectivo, el de luchar por la independencia y liberación nacional de todos los pueblos del mundo. En el ámbito específico de Nuestra América significa apoyar todas las luchas de los pueblos contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo. O, para continuar en la línea de pensamiento del sin par libertador cubano, consiste en luchar sin tregua y con todos los medios a nuestro alcance por la primera y por la segunda independencia de todos nuestros pueblos, víctimas seculares de la dominación y la explotación del imperialismo.

La historia de esta América nuestra es singularmente rica en lo que respecta a este proceso libertador. Afortunadamente las nuevas promociones de la historiografía y la sociología latinoamericanas se están encargando de rescatar hoy a esas luchas sociales del olvido en que las había sumido la historia oficial, la historia hecha a la medida de las clases dominantes de América Latina. La lucha contra la opresión, desde las sublevaciones de los aborígenes hasta la de los esclavos negros, desde Tupac Amaru hasta Macandal, constituyen hoy páginas gloriosas dignas de nuestros pueblos. Las masas populares, los trabajadores, los «sin historia» protagonizan hoy el proceso histórico contemporáneo. En su contexto notamos cómo emergen en nuestro panorama todos cuantos hicieron suya la causa de esos pueblos, los que hicieron suya la causa contra la opresión y el despojo. Y es así como pueden aquilatarse en su justa perspectiva sucesos tales como la Revolución Hatiana del siglo XIX y la Revolución Cubana del siglo XX, la Revolución Sandinista de nuestros días y la gloriosa lucha del pueblo de El Salvador que se libra en estos momentos. Es así como nuestras juventudes pueden identificarse con hombres como

Toussaint Louverture, Simón Bolívar, Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos, José Martí, Augusto César Sandino, Agustín Farabundo Martí, Julio Antonio Mella, Pedro Albizu Campos, Ernesto Guevara, Fidel Castro, Salvador Allende, en fin, con todos cuantos han sabido encarnar, mediante su palabra y su obra, los anhelos y esperanzas de los pueblos de Nuestra América. Sin excluir, claro está, a todos los héroes anónimos, a toda esa inmensa gama de combatientes que cotidianamente resisten y combaten, desde todas las trincheras y desde todos los lugares, el intento de negar el imprescriptible derecho de nuestros sectores populares a una vida digna y plena dentro de las sociedades en que les ha tocado vivir.

La idea de la liberación nacional requiere un estudio exhaustivo y detenido que no podemos realizar en este breve trabajo. Pero si tuviéramos que definir sus lineamientos fundamentales podríamos enumerar los siguientes: 1) lucha por la obtención de la independencia nacional; 2) lucha contra otras formas sutiles y a veces no muy sutiles de dominación que persisten aún después de obtenida la independencia nacional; 3) lucha por la independencia económica, es decir, lucha por rescatar para el uso y usufructo del patrimonio nacional de todos aquellos medios de producción que permanecen o pretenden permanecer en manos extranjeras; 4) socialización de esos medios de producción y proceso hacia el socialismo. Todas estas condiciones deben darse si es que ha de darse a plenitud el proceso de liberación nacional que, como podrá verse, necesariamente deberá culminar con el advenimiento del socialismo.

Si estudiamos con cuidado los vaivenes y vicisitudes de estos procesos notaremos que éstos de ninguna manera han seguido una trayectoria lineal sino que el proceso mismo ha sido uno marcado por avances y retrocesos. Una cosa es clara, sin embargo: la lucha de los pueblos por la liberación podrá ser contenida momentáneamente; mas aún, podrá ser contenida por periodos prolongados gracias a la represión sistemática contra los sectores populares, pero nunca podrá ser destruida totalmente salvo, quizás, por la

vía del genocidio sistemático. Como lo demuestra hasta la saciedad la experiencia de los países del cono sur y de Centro-América, el fascismo es siempre la alternativa cuando el sistema de dominación imperialista se encuentra amenazado.

Procede en este momento que examinemos con mayor detenimiento cada uno de los puntos que enumeramos arriba como constitutivos de la lucha por la liberación nacional.

En primer lugar, es claro que el ejercicio de la soberanía de los pueblos requiere como condición previa la independencia nacional. Desde que Jean Bodin definió el concepto de soberanía en el siglo XVI, éste ha significado la capacidad para ejercer el mando supremo dentro de un territorio determinado. Para que este concepto no pase de ser uno de carácter simplemente jurídico, es decir, para que cobre un carácter real, es imprescindible que sea el pueblo la fuente suprema de la soberanía. Por eso el colonialismo, al ubicar la fuente del poder en manos de otro país, es la negación misma del principio de la soberanía. La independencia nacional es por lo tanto la libertad matriz de los pueblos porque confiere a éstos los poderes para ejercer su soberanía dentro de un territorio determinado. El hecho de que esa soberanía pueda ser conculcada aún después de lograda la independencia nacional es por todos conocido. Pero esa ha sido precisamente la razón por la cual la lucha por la independencia nacional de los pueblos ha tenido que ser una lucha frontal contra el imperialismo, enemigo mortal y acérrimo de la liberación de todos los pueblos del mundo. No percibir la verdadera naturaleza del imperialismo como sistema de dominación global; no captar con claridad que dicho sistema, como señalara agudamente Lenin, es la fase superior del capitalismo en su etapa monopolista; no entender que en el proceso de despojo y saqueo de los recursos naturales y humanos de los pueblos que han padecido y aún padecen el colonialismo y el neocolonialismo no han participado los países de la comunidad socialista, constituyen graves errores de perspec-

tiva histórica que ya se encargó de señalar con gran acierto Fidel Castro en su famoso discurso ante los Países no Aliados en Argel en 1973. Por lo tanto, la historia de la lucha por la independencia nacional de los pueblos de la América nuestra es, al mismo tiempo, la lucha del antimperialismo desde Tupac Amaru hasta nuestros días.

Pero la independencia nacional es sólo un hito, si bien muy importante, en el proceso de la liberación nacional. Una vez obtenida esa independencia surge el problema de los lazos de dependencia que rehúsan morir y que se reproducen bajo la nueva condición soberana. Estos lazos de dependencia tienen profundas raíces económicas, sociales, políticas y culturales. Cuando los países advienen a la independencia —como ha sido el caso mayoritariamente—, bajo el signo del capitalismo dependiente, la duramente conquistada independencia nacional parece hacerse irrita frente a los tozudos factores que tienden a perpetuar el desarrollo desigual y el atraso económico. Como lo demuestran los esfuerzos fallidos por crear un nuevo orden económico internacional, así como el fracaso del decantado diálogo Norte-Sur, los países capitalistas no están dispuestos a ceder los privilegios y prerrogativas que les conceden, entre otras cosas, el intercambio desigual entre materias primas y productos manufacturados. Los esfuerzos de los países exportadores de materias primas por ejercer su soberanía sobre estos recursos encuentran la hostilidad manifiesta de los países importadores de esas materias. Aún así no debemos olvidar que la clarinada a favor del pleno ejercicio de la soberanía de los pueblos sobre sus recursos naturales fue dada por el General Lázaro Cárdenas en México y que con su acción se inició un proceso irreversible que ha puesto en jaque la versión, ya desacreditada, de que nuestros pueblos no son capaces, por sí mismos, de administrar eficientemente lo que por derecho propio les pertenece.

Por eso, sin la lucha por la independencia económica la lucha por la independencia nacional amenaza con el tiempo en convertirse en el ejercicio meramente formal de la

soberanía. Ya Martí nos advertía en el siglo XIX contra el tigre que permanecía en acecho contra nuestros pueblos aún después de lograda la independencia nacional. Había que estar en guardia contra ese tigre porque siempre volvía de noche para amenazar las conquistas de los pueblos. Se refería Martí, de más está decirlo, al imperialismo que él tan bien conoció al vivir en sus entrañas, y de ahí que conminase a los pueblos de Nuestra América para que luchasen denodadamente por esa segunda independencia que sólo podría conquistarse en lucha frontal con el Norte «revuelto y brutal que nos desprecia». La independencia económica que es condición imprescindible para el auténtico ejercicio de la soberanía demanda que los pueblos no estén sujetos a las coyundas impuestas por las compañías transnacionales, ni que sus recursos naturales y humanos se hallen uncidos al capital industrial y financiero internacional, ni que sus territorios se hallen erizados de bases navales y militares donde finiquita la soberanía de los pueblos. En cuanto a este último aspecto tenemos que aún hoy permanece como un flagrante baldón y una afrenta a nuestros pueblos la base de Guantánamo en Cuba.

De lo dicho hasta aquí podemos notar que la lucha de los pueblos por el pleno ejercicio de la soberanía necesariamente tiene que desembocar en la socialización de los principales medios de producción y en el proceso hacia el socialismo. Se trata, desde luego, de una proposición difícil. Las victorias resonantes de los pueblos de Cuba, Vietnam y Angola —para sólo mencionar tres instancias—, han generado una dinámica revanchista en los círculos gobernantes occidentales, dinámica que tiene hoy su expresión política en el ascenso al poder de la administración de Ronald Reagan.

En la coyuntura política actual la soberanía e independencia nacional de todos los pueblos del mundo se hallan amenazadas por la toma del poder del sector más recalcitrante y militarista de la clase dominante norteamericana. Aquí en el Caribe, Nicaragua y Granada enfrentan a diario las amenazas de intervención que son ya parte de la

historia de nuestros pueblos bajo el signo de la hegemonía norteamericana. La Cuba revolucionaria enfrenta, de otra parte, renovadas agresiones del imperialismo estadounidense. Lo único que detiene ese poderío, la única fuerza que puede contrarrestar su loca ambición por el dominio global es la existencia de un mundo socialista, contestatario de ese sentimiento de prepotencia que ha caracterizado desde su inepción misma como pueblo, a la república imperial de los Estados Unidos.

Lo cierto es que el imperialismo, como sistema de dominación a nivel mundial, puede vivir con la independencia nacional siempre y cuando ésta no sirva como medio para alterar las relaciones de producción capitalistas. El proceso hacia la independencia económica es ya un irritante en las relaciones con los países independientes, pero siempre existe la posibilidad de crear nuevas relaciones comerciales e industriales que hagan irrisorios o inoperantes los procesos de socialización de la riqueza social. Con lo que no puede vivir el capitalismo, sin embargo, es con el proceso hacia el socialismo que pone en peligro su dominio secular sobre la vida y la hacienda de las formaciones sociales del Tercer Mundo. Tanto es así que ni siquiera procesos tales como la creación del poder popular son aceptables para sus clases dirigentes. Aquí no puede haber niños díscolos: el imperio reclama la sumisión total o, de lo contrario, habrá guerra: Guerra que en sus comienzos toma la forma de la agresión económica pero que puede llegar, en la amplia gama de recursos a su servicio, hasta la guerra químico-bacteriológica.

Es en ese marco que se libra en el momento actual la lucha de los pueblos por su soberanía, es decir, por su pleno dominio sobre el territorio nacional, incluyendo su subsuelo y las aguas territoriales adyacentes, la fauna y la flora, los recursos hidráulicos, etcétera. Esa soberanía no podrá ejercerse cabalmente a menos que el poder último no resida en la clase social que produce la riqueza social, la misma que junto con los recursos naturales que son patrimonio de la humanidad constituye la más importante de

las fuerzas productivas materiales: la clase trabajadora.

Es precisamente a esa clase: la clase trabajadora, a la que toca el papel histórico de protagonizar la lucha por la liberación nacional y el socialismo que es el único camino para conquistar la soberanía de nuestros pueblos.

Cuando nuestros primeros libertadores se enfrentaron a un decadente imperio español su preocupación primordial era la de terminar con un sistema inícuo de opresión que impedía, mediante su acción retardatoria, el pleno desarrollo material y moral de nuestros pueblos. En las Antillas, por ejemplo, la gran contienda se dio en términos de luchar, no sólo por la independencia nacional, sino también contra la perpetuación de las relaciones de producción que implicaba la esclavitud negra. En ese sentido las tres grandes figuras antillanas del siglo XIX: Hostos, Betances y Martí eran no sólo revolucionarios que aspiraban a deshacer los vínculos coloniales con España, sino que no concebían cómo, por un sólo instante, podía tolerarse la esclavitud negra bajo las nuevas repúblicas. Aspiraban por lo tanto no sólo a una revolución política, sino también a una revolución social. Ya para ese momento Karl Marx había escrito el primer volumen de *El Capital* y fundado la Internacional de los Trabajadores. Pero el proyecto histórico del socialismo, válido para la Europa de la época, no figuraba ni podía figurar dentro de la óptica política de los grandes revolucionarios antillanos.

Es justo en los momentos en que se inicia la lucha emancipadora en las Antillas que se da, simultáneamente, aquella gran rebatiña por el imperio que haría que más de dos terceras partes de la población mundial cayese bajo el dominio del expansionismo capitalista. Marx, que muere en 1883, comienza ya a avizorar el proceso, pero su descripción tendrá necesariamente que darla V. I. Lenin en su obra *El Imperialismo, fase superior del Capitalismo*. Si bien Martí, aún antes que Lenin, se había aproximado a una descripción magistral del fenómeno que él no vaciló en llamar imperialismo, no hay duda de que Lenin sienta las bases de su análisis en el materialismo histórico y se-

ñala con gran agudeza el papel histórico de los movimientos de liberación nacional en la lucha contra el imperialismo. Se sientan así las bases para que la lucha anti-colonialista y antimperialista se entrelace con la lucha por la liberación nacional y el socialismo. ¡Qué mejor ilustración de ello que la vida y la obra de ese gran revolucionario y conductor de pueblos que se llamó Ho Chi Minh!

Por eso la tradición revolucionaria latinoamericana, en la medida en que ha sido consistentemente antimperialista empalma perfectamente con la lucha actual de los pueblos por el ejercicio de su soberanía y por la liberación nacional. Con motivo del centenario del Grito de Yara, Fidel Castro dijo, refiriéndose a los revolucionarios del diecinueve, que si ellos vivieran hoy serían como nosotros, y si nosotros hubiésemos vivido entonces hubiésemos sido como ellos. Ese es el desiderátum que es necesario enfrentar si es que vamos a decidimos a enfrentar al enemigo más poderoso de la humanidad que registra la historia.

Una última palabra. La liberación nacional de los pueblos de la América que Martí llamó nuestra no podrá nunca estar completa hasta que todos los países que Bolívar alcanzó en su abrazo libertador hayan logrado la independencia. Yo vengo precisamente de una colonia norteamericana que es uno de los más fuertes eslabones en su cadena de dominación en el Caribe. Decía nada menos que el Comandante Guevara que la medida del antimperialismo la brindaba precisamente la solidaridad con Puerto Rico. Nuestro pueblo ha librado una lucha más que centenaria por su independencia y su liberación nacional. Diversas razones de carácter histórico han impedido que se haya podido escribir esa última estrofa del poema Bolivariano. Pero mientras Puerto Rico no alcance su plena soberanía e independencia, la soberanía y la independencia de todos los pueblos de Nuestra América se hallarán igualmente amenazadas. Es por eso que afirmamos, para concluir, que la liberación nacional de Puerto Rico es un imperativo categórico que reclama la solidaridad militante de todos los pueblos del mundo.

LA RAZÓN DE LA SOBERANÍA

René ZAVALETA MERCADO
Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

El enemigo fundamental de los pueblos de América Latina es el imperialismo yanqui.

En su nombre se concentran todas las más vesánicas y oscurantistas fuerzas del capitalismo y de la reacción del mundo. Es un hecho válido aunque no sólo para nuestra región geográfica. Sin ser exclusivo de estas tierras, es algo que tiene a la vez una connotación particular para los pueblos de Nuestra América.

La soberanía de nuestras patrias y la vida entera de nuestros pueblos han estado desde siempre invadidas, coartadas, impedidas y suprimidas por este poder del que bien puede decirse que funda su grandeza en el despojo de lo nuestro y hace su soberbia con nuestra humillación. Pocos pueblos en la tierra han vivido una opresión semejante, pocos como los latinoamericanos han vivido en carne propia los efectos históricos devastadores del imperialismo yanqui. Hasta la Revolución Cubana, con excepciones muy ocasionales, el continente ha sido el coto cerrado de la persecución, el atropello a los derechos y el saqueo por parte de los imperialistas norteamericanos.

Lo que estos países tienen de independientes y estos pueblos de soberanos es lo que han logrado a través de esforzadísimas luchas, sangrientas y menudo. Estamos pues acos-

tumbrados a que nuestra historia se construya en medio de tales terribles condiciones. Pero no estamos resignados a ello.

Dentro de esa perspectiva general de sometimiento y depredación, el advenimiento de Ronald Reagan a la presidencia de los Estados Unidos de Norte América adquiere ribetes propios porque es el encumbramiento de toda una visión acerca de los pueblos del mundo y su destino y más en particular acerca de América Latina. Reagan, es claro, no manifiesta sino la rabia y el despecho del sistema que vive las que son acaso sus crisis decisivas. Con todo, Reagan es su manifestación más sombría y convierte a la agresión en el peligro de la guerra directa, universal.

Todas las formas, las hipocresías del pasado han quedado al margen para ser reemplazadas por una doctrina de dominación pura, global y final. Es legítimo sostener hoy día que el gobierno de los Estados Unidos de Norte América postula un programa de agresión única a la soberanía de los pueblos.

La América Latina, situada en la frontera misma de esta política bárbara y de este poder regresivo es quizá la primera —pero no será la última— de las regiones del mundo en recibir las consecuencias de una provocación total.

El imperialismo yanqui es el responsable directo o indirecto de una cadena de dictaduras cuyo objetivo, con militares o sin ellos, es en todos los casos la subordinación de la soberanía de los pueblos a los intereses de la dominación imperialista, cada día menos sostenible. Son estos regímenes quienes, contrariando las más profundas tradiciones originarias de las repúblicas de Nuestra América, intentan afiliar la zona a la Santa Alianza de los sistemas racistas, colonialistas e imperialistas del mundo.

El imperialismo yanqui es el responsable directo del genocidio que se comete en El Salvador, castigo que se le impone a ese pueblo por haberse lanzado a la lucha por la conquista de su libertad. Se intenta así el aniquilamiento de uno de los pueblos que ha tenido mayores sufrimientos entre todos los sufridos países de Nuestra América.

El imperialismo yanqui en El Salvador no hace otra cosa que dar prosecución a la guerra sin cuartel ni éxito que libró en Nicaragua para defender a Somoza; en Nicaragua, que demostró con las armas que no hay tiranía que prevalezca sobre la soberanía convertida en acción colectiva.

Es el imperialismo norteamericano el que ha organizado y organiza los casos de terror generalizado y global como el que impera en Guatemala.

El imperialismo yanqui es el autor de una larga política conspirativa, y de la desestabilización de casi todos los regímenes democráticos que han existido en la América Latina. De hecho, Estados Unidos es el enemigo de la libertad de América.

Es el imperialismo yanqui el que tiene por meta fundamental e irrenunciable la aniquilación de la revolución socialista de Cuba, y, hasta sin quererlo, la destrucción de los Estados Unidos y del pueblo norteamericano.

Esta es la evolución de los hechos, éste su contenido. Es necesario en consecuencia que nosotros, intelectuales y artistas de Nuestra América, hagamos escuchar nuestra palabra que es también en gran medida la palabra de nuestros pueblos.

La soberanía de los pueblos no es un regalo de nadie ni una lucubración de élite. La soberanía es el alma de los pueblos y la razón de las naciones. La soberanía popular es el fundamento del mundo moderno y la base de la civilización. No es solamente el fundamento político y moral de nuestro tiempo: es también la condición de la paz. Es en este sentido que se puede afirmar que el principio de la soberanía de los pueblos es algo que no se puede negociar, que es un ideal de la humanidad al que nadie podrá derrotar. Los hombres de Nuestra América han nacido en la escuela de la razón de la soberanía del pueblo.

No obstante todo ello, hay un hombre en el poder más grande de la tierra, Reagan, y una nación en el mundo, los Estados Unidos, que se arrojan el derecho a ultrajar y desconocer la sagrada soberanía de nuestros pueblos. Y ese hombre y ese pueblo están asesorados por los teóricos más

irresponsables, que sin fundamento empírico o histórico alguno, carentes de lógica, pretenden convalidar con sus mentiras abstractas la idea de que el imperio puede atacar a todos los pueblos, incluido al propio pueblo norteamericano. Tal es la inmensa y compleja agresión que vive hoy en día, en una escala jamás conocida, la América Latina.

De la resolución de este desafío dependerá si los latinoamericanos se convierten más pronto o más tarde en hombres libres y en pueblos soberanos. Y no sólo esos pueblos sino los del mundo entero.

Denunciamos por ello una política que es criminal y cada día más criminal, que supone que una nación y un hombre han recibido el mandato de exterminar y oprimir a los pueblos de América y del mundo.

Proclamamos el derecho de los pueblos a resistir la invasión aberrante de sus derechos más legítimos de vivir y pensar.

Sostenemos el derecho a la solidaridad con los pueblos que defienden su autodeterminación y su historia porque la solidaridad es freno a la intervención y porque la intervención es algo que se hace siempre contra los pueblos.

SOBERANÍA, REVOLUCIÓN Y CULTURA EN AMÉRICA LATINA

Jaime MEJÍA DUQUE

Son los hombres imperfectos los que transformarán la vida sobre el planeta Tierra; ningún ángel descenderá del cielo para hacerlo en nuestro lugar.

Jacques Stephen Alexis

ADVERTENCIA

Esta ponencia realmente no sería sino una agenda de enunciados generales sobre: estrategia del neo-imperialismo; el tema de la soberanía y sus conexiones, que a juicio del ponente ya no es posible silenciar ni eludir, con el internacionalismo revolucionario, dadas las condiciones presentes de la lucha de clases a escala mundial; situación de los intelectuales progresivos en ese contexto; relatividad de las libertades individuales en tales circunstancias; paso hacia una cultura superior bajo el socialismo en proceso.

J M D

I. *La sobredeterminación*

En 1895 Míster Richard Olney, Secretario de Estado norteamericano, declaró en forma perentoria que los Estados Unidos habrían de ser “prácticamente soberanos en todo el continente”, y que desde luego su voluntad sería ley en los asuntos en que ellos mismos se permitieran intervenir.¹

Antes James Monroe, en su informe de 1823 ante el Congreso, abrió con su doctrina el surco para que pudiera germinar toda una ideología justificativa del Imperio como tal.

Y Bolívar, a su hora, había advertido acerca de lo que vislumbraba como la inminencia del imperialismo norteamericano abatiéndose sobre nuestros pueblos. En todo caso, lo que el Libertador recelaba por anticipado como atropello contra las nuevas naciones, sería considerado por los líderes norteamericanos apenas como natural atributo de su soberanía de gran potencia. Desde la primera guerra europea fue claro que los Estados Unidos seguirían dilatando la cobertura de su *soberanía* hasta abarcar virtualmente casi todo el planeta. De ahí el que la sientan amenazada con una revuelta popular en Vietnam o en Mozambique, en Sudáfrica o en Irán y, obviamente, con el menor síndrome de descontento obrero, estudiantil o campesino en América Latina y el Caribe. Y, como es bien cierto que en la Historia se urde una dialéctica de la totalidad, resultamos con que un sistema de explotación global cuyos poderes se fueron concentrando en una sola metrópoli, la norteamericana, se torna orgánicamente sensible al pinchazo o al malestar producidos en cualquier punto de uno cualquiera de sus tentáculos. En condiciones de crisis generalizada, *la misma ubicuidad del sistema lo hace vulnerable*. La dominación norteamericana es cuestionada y alertada, con mayor razón, en el instante en que algún país del mundo neocolonial osa imponerle la primera cláusula restrictiva a una sola de las

¹ Citado por Jean Franco. *La cultura moderna en América Latina*, México, J. Mortiz, 1971. Versión del inglés, por Sergio Pitol.

transnacionales. Porque, parafraseando aquí a los juristas, el Imperio es uno e indivisible —al menos para sí mismo.

Tal es el marco supranacional dentro del que nos ha correspondido en suerte a los pueblos de América Latina forjarnos como hemos podido lo que llamamos naciones independientes, desde nuestra segregación de España. La Enmienda Platt, en los albores del novecientos, por la cual los Estados Unidos se reservaban su iniciativa de intervención permanente en la política y la economía cubanas, era sólo la instrumentación en un caso específico de aquellos desig-nios expansionistas que venían desde Monroe. Es así como, en las circunstancias más típicas imaginables, la ley interna del capitalismo, con su crecimiento radial a partir de un núcleo históricamente privilegiado, se explicitaba en el periodo denominado por Lenin «fase superior» de este modo de producción y explotación.

Pero la misma dialéctica que nutre y complica dicho ciclo y dota a sus beneficiarios de los medios más terribles de opresión y de muerte, generando de paso las peores formas de corrupción y mercenarismo de la inteligencia, será la que incube su antítesis en el seno de los propios pueblos dominados. De ahí que entre los finales del siglo XIX y los inicios del nuestro aflorase el prodigioso fenómeno, universal de hecho, de la emergencia de una intelectualidad crítica antimperialista. Se habló entonces de «americanismo literario» entre las avanzadillas más o menos altruistas de nuestros medios culturales, contra la sujeción anglosajona y sus símbolos de seducción y prestigio. El *Ariel* de Rodó resume epigramáticamente algunas de esas abstracciones ingenuas todavía.

En la coyuntura cubana —tardía desde el punto de vista de la emancipación en general, pero potenciada de nuevas perspectivas debido a esa misma anomalía que abocaba de inmediato a los cubanos, en 1898, a la expectativa de un yugo más eficaz aún que el peninsular, ya oxidado—, en dicha coyuntura despuntaban las nociones martianas de «Nuestra América» y «América Mestiza», destinadas a fructificar largamente y que por último, al llegar la hora de

los cambios decisivos (la de los hornos, la bautizó también Martí), desembocaría en la plenitud del anhelo socialista, gracias a la mediación ideológica encarnada en un movimiento radicalmente moderno.²

Los investigadores y teóricos de la historia económica de América Latina están acordes en concluir que cuando, desde la crisis de 1929-30 y durante la Segunda Gran Guerra, estos países comenzaron su industrialización en el sector secundario y la sustitución de importaciones de manufacturas y bienes de consumo masivo, en realidad se inició otra etapa de nuestra dependencia, a través de la compra forzosa de maquinaria, tecnología, patentes, etcétera, de créditos cuantiosos y de inversiones sistemáticas por parte de las empresas multinacionales (que descapitalizaban a estos países mediante la exportación de sus ganancias). Es decir, los bienes y servicios sobre los que recaía la tendencia mayor de nuestras importaciones eran ya de carácter *estratégico*.

Y es justamente a ese nivel y en esa oportunidad estructural propiamente dicha que, para naciones que se creyeron autónomas desde su ruptura con el imperio hispano, el problema de la soberanía se plantea en términos de generalidad o de contexto verdaderamente agudos. Por así decirlo, el *horizonte* de nuestra dependencia queda claramente delimitado y el nuevo tipo de las relaciones de intercambio se encargará de recordárselo a nuestras burguesías subalternas, cada vez que entre sus capitanes políticos o empresariales surja el menor conato de rebeldía.

Tras el breve periodo de nacionalismo de aquellas burguesías en ascenso, etapa en la cual las clases dominantes reclutaron inclusive copiosa militancia en favor de sus lemas anticoloniales entre sectores proletarios y medios, se

² Roberto Fernández Retamar demuestra que las aludidas nociones políticas, como también su contraria, la de «América Europea», aplicada por su autor a los EUA, venían gestándose en el pensamiento de Martí desde principios de los años 80 (Cf. Roberto F. Retamar, *Introducción a Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1978).

dio marcha atrás ante el riesgo de radicalización y autonomía organizativa de las masas. La victoria de la URSS sobre el nazismo, costosa pero incontrastable, y la difusión de las ideas socialistas que ese acontecimiento estimuló en el hemisferio, constituyeron factores político-culturales que influyeron en la dinamización agitacional de nuestras izquierdas.

Como lo recuerdan los historiadores, sobrevino entonces la avalancha represiva contra los movimientos de protesta en todo el continente. La derecha desarrollista desplegó sus alas y, conscientes de su comunidad de intereses, los partidos liberales declinaron poco a poco —o de un golpe de pánico en algunos lugares—, su ideología más o menos democrática en aras de la estabilidad de su sistema a corto plazo. A los dirigentes populistas más empedernidos se les liquidaba (Gaitán, en Colombia, fue el ejemplo más convulsivo), o se les desplazaba mediante hábiles maniobras electorales de los controles que hubiesen podido obtener en los aparatos administrativos, partidarios o sindicales, o se les desterraba mediante presiones y amenazas más o menos francas. Lo cual se ajustaba perfectamente a la lógica universal de la lucha de clases. Por ello, sin duda, hay que registrarlo sin aspavientos moralizantes. Pues los aprovechadores titulares del *statu-quo*, hicieron siempre lo que pudieron por cautelar y privatizar la historia y, exactamente, hasta cuando les fue permitido.

Nuestra esperanza emana del hecho de que en ningún momento nadie ha logrado taponar la realidad, porque lo posible está siempre deviniendo en ella como el porvenir necesario de los imposibles actuales.

II. *Degradación y bloqueo de la cultura nacional*

Sabemos que muchas veces ocurrió que a partir de una situación de hecho iniciada, por ejemplo, con la conquista de una nación por otra, después de cierto lapso y gracias a la paulatina fraternización de las gentes de ambos pue-

blos —cultivada a menudo al margen de las instituciones impuestas—, empezó una verdadera nueva cultura. Así es como se diversificó el latín para dar origen a las lenguas romances y así también la prolongada ocupación árabe en España, pese al continuo estado de guerra que duró siglos, floreció genuinamente en los más variados aspectos de la vida peninsular. Pero en principio, y sobre todo en nuestra época, con la sofisticada tecnología disponible a todo nivel y dada la índole alienante y deshumanizadora del coloniaje y del neo-imperialismo, *la simbiosis creadora ya no es viable entre la cultura invasora y la que resultó agredida*. No habrá pues ahí el intercambio fecundante de ambos mundos. El capitalismo imperial, caracterizado frente a las formas económicas anteriores y de manera estructural por el predominio absoluto del dinero, bajo cuyo régimen la cosificación o reificación de las relaciones humanas pareciera no conocer otro límite que el de la física liquidación de la vida, desarticula y disuelve la identidad cultural de los pueblos, atacándola en sus fuentes histórico-naturales encarnadas en las tradiciones nativas.

Al efecto, y mientras ascendía a las modalidades monopólicas y plurinacionales, el capital iba creándose como uno de sus órganos más propios la maquinaria de la comunicación de masas. Colonizó el mar, la tierra y el aire, hasta ceñir material y psíquicamente la redondez del planeta con sus redes de información y manipulación. Y ahora ambiciona la luna y lo que se mueve más allá. Ciertamente su propaganda reivindica uno a uno tales avances «para la humanidad». Pero la expresión lleva comillas, en sus labios. Porque es bien sabido que bajo la generalización humanística el Imperio encubre los balances de sus *trusts*, su racismo genocida, su destrucción sistemática de la naturaleza, sus industrias de armamentos, los espeluznantes manejos de lumpenización a que somete a comunidades enteras en las áreas subyugadas, formalmente «independientes» a menudo.

El más fresco de sus productos, la comunicación por satélite, se ha convertido en otra prótesis del neocoloniaje. Por una parte se explota así un canal más para extender

la servidumbre tecnológica y el crédito condicionado a los países del llamado Tercer Mundo y, de otro lado, el nuevo sistema de la educación satelizada permite franquearles a sus corporaciones la colonización del campo educativo en las sociedades dependientes.³

Casi todos los flancos del quehacer intelectual están siendo pues atacados con diligencia suma y al nivel preconsciente por la industria cultural y noticiosa puesta en últimas al servicio del rendimiento del capital. En esta estrategia del embrutecimiento colectivo, sin precedentes desde luego, la información impresa, radiada, televisada y filmica juega un rol de primer orden: el de dopar a la gente con sobredosis de seudonoticias encuadradas en la más banal concepción de la *actualidad*, a fin de abortar hasta el menor amago de discernimiento o de reflexión individualizada. Será más fácil así escamotear los cuestionamientos de conjunto sobre la sociedad dada y sus técnicas. Prevalecerá entonces la tolerancia fatalista y atomizada de la vida. En otros términos, el irracionalismo inducido —que tampoco excluye las racionalizaciones sectoriales ni el culto de la eficacia.

Y mientras en ese plano la cruzada desculturizadora no se concede tregua, siguen proliferando las iniciativas de trabajo directo o «de campo» sobre las culturas nativas de nuestros territorios. Se suscriben extraños «contratos de cooperación científica», o cosas análogas, entre algunos gobiernos latinoamericanos y entidades yanquis generosamente financiadas por universidades y por fundaciones supuestamente filantrópicas, también norteamericanas. Desde 1950 han abundado tales casos pero después de los «Cuerpos de Paz» ideados por Kennedy (y en donde venían jóvenes misioneros de la Civilización que oficiaban de todo: antropólogos, sociólogos, agrónomos, higienistas, lingüistas, alfabetizadores, expertos en planificación familiar y esterilización piadosa, intérpretes juramentados de la Biblia, etcé-

³ Cf. Armand Mattelart. "La industria cultural no es una industria ligera: hacia la fase superior del monopolismo cultural", en *Revista Casa de las Américas*, núm. 77, mar.-abr. 1973.

tera), se acoge todavía a las comisiones transitorias —que se van quedando—, del Instituto Lingüístico de Verano, así bautizado por motivos cuyo misterio se preserva intacto.

Estos campeones sentaron sus reales en ciertos lugares de Colombia —uno de los países de bonísima voluntad elegidos sin yerro— y se dedicaron a labores tan enigmáticas cuanto indelegables, obviamente disfrazadas de escarceos lexicográficos, evangélicos, agrícolas y sanitarios entre algunas comunidades indígenas (marginadas por cierto, y desde siempre, de la nación oficial).

Acaso parezca siempre tópico de agitación universitaria la mención, ahí también, de la CIA, pero no queda más remedio que reconocerle en tales ajetreos igualmente su encumbrado lugar. Encumbrado, por lo estratégico dentro de los fines superiores del Imperio. Como el Dios del catecismo, «ella», la Agencia, está en todas partes. Con más veras fiscaliza y procesa lo que otros organismos de penetración realizan —o *desrealizan*— en cada sector de actividad económica, política, militar, religiosa, cultural, educativa y publicitaria. Sus ojos electrónicos son infinitamente más receptivos que el centenar del mitológico Argos.

III. «Soberanía» lumpenburguesa, soberanía popular e internacionalismo

Sin necesidad de repetir aquí la historia de la noción de soberanía hasta su formulación jurídica entre los ideólogos burgueses en la Europa de fines del Medioevo, con el surgimiento de los llamados Estados Nacionales, y hasta la configuración del derecho internacional público, sólo encareceré la ambivalencia de esta categoría eminentemente *política*.

En especial las burguesías *lumpen* de América Latina y otros países neocoloniales, esgrimen a su modo y según sus intereses de cada momento, el prestigioso concepto. Si una insurgencia masiva y popular contra ellas recurre a la solidaridad de pueblos amigos, ellas clamarán al cielo —o a

la OEA, o a la ONU— por la soberanía nacional atropellada. Pero si para hacer un buen negocio, que es lo acorde, no con *su filosofía* —patrimonio de las burguesías clásicas—, sino con su avidez sin principios, entregan a las compañías norteamericanas y sus socios el petróleo, los minerales, las materias primas y las demás riquezas que pertenecen a la sociedad, y bajo soborno autorizan la instalación de industrias contaminantes y criminales ya proscritas en la metrópoli, entonces la *soberanía* sigue a salvo. En todo caso, la tratarán como dignidad contable, problema del más o el menos, del debe y el haber. En los textos escolares la simbolizan con la bandera y la declaran inalienable, pero en los ministerios, los parlamentos y las gerencias se la distribuyen por cuotas partes.

Desde cuando redactaban *La Ideología Alemana*, Marx y Engels deslindaron la visión proletaria del internacionalismo respecto del patriotismo burgués. A partir de esta concepción de la solidaridad de clases, que además ha quedado históricamente avalada con el comportamiento de las clases dominantes en varios lugares de Europa con motivo de sucesos tales, entre otros, como la revolución de 1848, la Comuna parisiense de marzo de 1871 y la revolución bolchevique de 1917 —asediada desde el año 18 por ejércitos y cancillerías de catorce Estados dispuestos a ahogarla—, desde entonces ningún movimiento revolucionario renunciaría a apoyarse en partidos y pueblos amigos.

La consecuencia medular de la solidaridad revolucionaria es que hace saltar la categoría «Soberanía Nacional» en su acepción burguesa, para restituirla en su verdad y su justicia en cabeza del pueblo en rebeldía y en contra de su titular jurídico-formal, el Estado preexistente. De donde el que ahora debemos mirar con optimismo el hecho de que frente al respaldo imperial a un Somoza, a un Duarte, a los regímenes depredadores y gencidas de cualquier latitud, los pueblos y organizaciones de la creciente fraternidad socialista, incluida Cuba, ayuden a los pueblos en armas, según el reclamo de las respectivas fuerzas de liberación. ¿Quién es el juez y cuál tribunal supuestamente eri-

gido por encima de la historia fallaría pues absolviendo de plano al Departamento de Estado y al Pentágono, y condenando sin apelación la solidaridad popular a escala planetaria? En donde ellos dicen «subversión», sin más, o sea ocultando sus contenidos y su génesis, los futuros historiadores escribirán «inhumación de la barbarie», u otra metáfora no menos lapidaria.

IV. *Cultura y autocrítica socialistas*

En diálogo sostenido con los Jurados del Concurso Casa de las Américas, a principios de 1981, el Ministro Hart expresó algo de amplias y muy positivas consecuencias para la cultura de la Revolución, vale decir para el devenir de la esencia misma revolucionaria y de la calidad de la vida en esta fase constructiva que es el socialismo. Se trata —nos confiaba—, de que en nuestro desarrollo nos hemos encontrado ya con el siguiente problema: *cómo continuar masificando o propagando la cultura sin rebajar su calidad ni ritualizarla en simples entretenimientos agregados sino, al contrario, elevándola, haciendo más exigente su trabajo y más gozoso y promoviendo la creatividad original en todos los sectores de la población.* En otras palabras, tal fue su planteamiento aquella noche.

¡Cuán entrañablemente revolucionario es este anhelo! En verdad si el proceso socialista, enriquecido materialmente al punto en que ahora se muestra no inventa la solución mayor a ese problema cualitativo, si se resignara a aplazar su abordaje, el nuevo sistema —cuyo compromiso define como hijos de su tiempo a quienes aquí nos reunimos— iría languideciendo en un pragmatismo monstruoso, en un paternalismo hipertrofiado en donde el Leviatán de Hobbes hallaría su encarnación más acabada.

El propósito anticonformista de hacer de la cultura ciertamente otra vez la *paideia*, ahora en un nivel distinto de la espiral humana librada a su dinamismo transformador, *por sí sólo constituye un momento evolutivo de la Revolución.*

Situación ésta que demanda sin duda de sus aparatos administrativos y políticos una agilización prácticamente inédita hasta ahora y, de quienes los comandan, un nuevo sentido de sus poderes y una sabia confianza en la fecundidad de la crítica en que consiste a su vez la vitalidad de la cultura.

Pensar en una etapa superior de esta potencia humanizadora y radical que es la cultura —siempre radical porque atañe a las preguntas del ser hombre en cada época y se dirige con los ojos abiertos a la raíz de sus problemas—, pensar pues en ello medrosos de aquel lento trabajo de lo negativo, de que habló el filósofo, equivaldría a reintroducir en la historia, a lomos de la revolución, toda la arbitrariedad y toda la opresión que se creyeron derrotadas.

Lo que en sustancia nos decía Armando Hart no venía a significar sino la urgencia ya vivida entre los dirigentes cubanos de un salto cualitativo del socialismo. Al formularse dicha inquietud ellos demuestran mantenerse a la altura de la Revolución como proyecto total. Y, entre otras cosas, será tan sólo así como la controversia sobre el complejo fenómeno de la burocracia pasará a convertirse en mero anacronismo.

Es que en efecto nada está más lejos de la resignación que un pensar y un hacer revolucionarios. En ellos, el silencio y la espera siguen siendo acción hacia el futuro.

La peculiar trascendencia de la literatura y las artes en un contexto ideológicamente así contaminado radica en que, más allá de los eventuales propósitos de «tesis», con sólo plasmar consecuentemente en sus imágenes y simbolizaciones situacionales la concepción libertaria y solidaria de la existencia humana, *descomponen desde adentro, o sea, desde la reformulación estética de las relaciones de nuestra subjetividad con lo social y sus fantasmas, aquellos esquemas morales e ideológicos emanados de las sobreestructuras de la dominación.*

Desde este punto de vista toda versión superficial del realismo, al mecanizar de algún modo los procedimientos expresivos haciéndolos hasta cierto punto previsibles y con-

formistas —y cualesquiera sean ahí las intenciones declaradas—, reproduce los reflejos de la enajenación en curso.

V. *Los intelectuales*

En el intelectual, una vez pasado el momento más dramático de su ruptura con el esquema burgués e instalado ya, como si dijéramos, en la convicción de que apremia y es justo demoler el mundo antagónico para que lo entrevisto sea posible; pasada en él esa crisis durante la cual suele presentarse en sus palabras y sus actos una gesticulación «radical» más o menos barroca y más o menos apocalíptica, es cuando le llega el tiempo solar de no tener que producir cada veinticuatro horas alguna nueva «prueba» de adhesión revolucionaria, como si a su nivel viniera a suceder lo que le ocurre al niño, quien exige el cotidiano protocolo del amor para creer en él, pues no ha descubierto aún la certidumbre del comportamiento del adulto. Lo cierto es que a la postre tampoco será confiable en el recto sentido —o sea, no en el de las suspicacias policiales sino en el de las responsabilidades compartidas—, aquel intelectual que para permanecer en las grandes lealtades ha debido entronizar en su conciencia de hombre la autoridad de un Superyó cualquiera. Porque a la primera señal de fatiga o de irritación experimentadas bajo ese yugo metafísico que él mismo se había dado, en una nueva crisis —esta vez regresiva—, abrazarán la causa de la traición. Es decir, de las abstracciones desdichadas. A su caso resultará aplicable sin duda aquello de que «obedecer a ojo cerrado es el comienzo del pánico».

Suele acontecer que el intelectual (entendiéndose por tales a los trabajadores de la cultura en sus distintas especialidades), tienda a creer que el revolucionario práctico no sabe bien lo que hace, como lo anotaba irónicamente algún pensador contemporáneo. Ello se da sin duda en los individuos más comprometidos, también, cuando hasta en el vértigo de una acción heroica la ambigüedad amenaza

con desdibujar sus propios actos. Con harta mayor evidencia se confirma el hecho entre los enemigos del socialismo. De entre los juicios negativos en sus variantes cínicas que en el ámbito de la lucha ideológica los políticos y los intelectuales del capital formulan sobre el socialismo imperfecto y en marcha, no hay uno sólo que no sea esencialista, es decir, que no se dirija a escamotear analíticamente el proceso de la sociedad que se construye. Se busca así congelar cualquiera de sus momentos de turbulencia, oscuros o difíciles, como si se tratara de la última e insuperable significación del cambio en sí mismo.

Acabaron admitiendo a regañadientes el evolucionismo darwiniano y hasta el psicoanálisis, pero no podían comprender la transitoriedad de la sociedad burguesa.

La función del intelectual sigue implicando necesariamente el leal ejercicio —*leal* con el esfuerzo constructivo del socialismo— de la reflexión crítica. En el horizonte de nuestra era, la concepción globalizadora de esa reflexión se encuentra postulada de manera abierta y problemática en el marxismo. La edad del dogma está pasando. El socialismo cuenta hoy con una experiencia tan rica, que ya no podría permitírselo. Sus medios teóricos y materiales para forjar la vida son al fin demasiado poderosos. Pese a la aspereza de las contradicciones que todavía se le podrán señalar, su empeño configura la empresa máxima de la humanidad a estas alturas de nuestro siglo. Es por ello por lo que únicamente contribuyendo a adelantarla los intelectuales latinoamericanos accederán a la unanimidad de la creación verdadera.

Como depositario de ciertos privilegios que le vienen discernidos a través de los mecanismos objetivos de la sociedad de clases, y siendo como lo es parte esencial de su tarea de hombre esclarecer la Historia haciéndola, el intelectual está emplazado a asumir su trabajo en el interior, y no por fuera, de la vasta epopeya de la transformación. Sus eventuales desgarramientos, sus debates consigo mismo, son todavía parte del costo de nuestro anhelo de rehacer la vida.

VI. *Las libertades*

La libertad no es gracia llovida cual bíblico maná sobre la tierra, sino la empresa más ardua y más cruel que los hombres han de afrontar en el afán de la Historia. Inclusive el socialismo no es más que una etapa primaria de este proceso inmenso. En sus circunstancias presentes (guerras, tensiones, sacrificio diario en la producción en lucha sin cuartel por dominar la necesidad y la escasez), las denominadas libertades individuales siguen siendo sólo *relativas*. Pero no engañosas, porque su arraigo en la vida cotidiana conlleva genuinas conquistas contra lo inhumano. Bajo el capitalismo ellas son cada día menos reales, aunque sí más nefasta e inescrupulosamente manipuladas contra las personas y los pueblos. Latidos de la libertad encapsulada.

En la fase actual del socialismo tan sólo se inicia la conformación del nuevo espíritu, recién despunta la conciencia de una hermandad efectiva. Para la mirada del individualismo ancestral todo aparece ahí como nuda negación, ausencia de libertad. «Es el totalitarismo» —dicen ellos, y se lavan las manos. Pero los revolucionarios cabales están ahora en condiciones de replicar: “Es nuestro riesgo y nuestro desafío sobre la marcha, por las inercias del mundo, y también lo sobrepasaremos”.

Suponemos que la disciplina social indispensable a las nuevas tareas del colectivismo en perspectiva (dentro del cual por fin, según hasta Oscar Wilde sin ser marxista lo intuía, florecerá la personalidad humana, la individualidad universal), esa disciplina como cualquiera otra, seguirá siendo *coactiva* en grado variable durante largo tiempo. Es decir, que todavía dentro de ciertos límites será un comportamiento inducido en cada ciudadano por las presiones culturales y operativas de la comunidad. Y aquellas tareas por cumplirse son inéditas a su vez y erizadas de riesgos en lo personal, lo familiar y lo nacional.

Cuba aún está bloqueada en nuestro hemisferio precisamente porque, contra lo que las apariencias y rutinas del neocoloniaje predicaban, decidió exitosamente empeñarse

en su tarea de liberación. Aquí se fabrican ya, y se colocan, piezas maestras en la edificación de ese mundo futuro.

Elegir junto a Cuba es también exponerse a sus alternativas, para conciencias nacidas en la vetusta sociedad de clases. A menudo es la muerte sin atenuaciones ni testigos.

Aquí estamos pues con vosotros, siendo los mismos en el desgarramiento y en el júbilo. Cercados, amenazados, tergiversados en nuestras mejores palabras, pero no vencidos.

LA CULTURA DE LA LIBERACIÓN EN NUESTRA AMÉRICA

José Antonio PORTUONDO

Resulta difícil hallar una denominación común para el rico complejo cultural que integran los pueblos que José Martí reunió en el concepto de Nuestra América. Éste rebasa el marco estrechamente lingüístico que significara Hispanoamérica, ceñida al idioma español, o al de Iberoamérica, que incluía el portugués y hasta al de Latinoamérica que añade a los francófonos. La creciente participación protagónica de las Antillas y demás tierras caribeñas —Nicaragua, El Salvador, Granada, Guatemala, Belice, Guyana, Panamá, Surinam— en la cada vez más agitada historia contemporánea del Nuevo Mundo, con sus modos de expresión ingleses, holandeses y sus dialectos criollos, sin olvidar la presencia constante, y cada vez más poderosa de los aportes indígenas y africanos, en el intrincado proceso de transculturación, desborda las viejas nomenclaturas, demasiado estrechas para significar el sustancioso ajiaco cultural descrito por Fernando Ortiz, que se cuece ardientemente a nuestra vista y en el cual, conscientes de ello o no, participamos todos. Mientras no hallemos término más justo y preciso, seguiremos, por consenso, llamando Latinoamérica a Nuestra América, para diferenciarla, como quería Martí, de «la América que no es nuestra».

La cultura latinoamericana, expresión de la existencia económica, política y social de Nuestra América, vive hoy bajo el signo apremiante de una enconada lucha de liberación. Las artes plásticas, en sus manifestaciones más entrañablemente americanas —el muralismo y el grabado revolucionario mexicanos, el dolor y la denuncia que claman en los muros y en las telas de Sabogal, de Guayasamín o Portinari— prevalecen sobre la evasión abstraccionista, y las escuelas posteriores. La música va del folclorismo a la denuncia y la protesta más ardientes, y la literatura se empeña, sin mengua de un persistente retoricismo barroco, en liberar la expresión de una conciencia continental, clavada en la cruz de contradicciones esenciales. Los estudiosos de la filosofía se afanan en la definición precisa de la cultura latinoamericana y en la determinación de la posible originalidad del pensamiento de la América Latina. Para el peruano Francisco Miró Quesada, por ejemplo, la filosofía latinoamericana será dependiente mientras sus cultivadores no dominen cabalmente la técnica filosófica. Para el uruguayo Arturo Ardao es necesario distinguir entre *filosofía americana*, es decir, planteamiento de los problemas universales de la filosofía desde la América Latina, y *filosofía de lo americano*, en la cual Nuestra América, su historia, su cultura, el hombre latinoamericano, constituyen el objeto peculiar de la filosofía. Hace varios años que el mexicano Leopoldo Zea discurre sobre «la filosofía latinoamericana como filosofía de la liberación», y por todos los ámbitos del subcontinente latinoamericano, de vieja tradición católica, brota y se extiende una «teología de la liberación», que invade ya y preocupa a las antiguas y nuevas metrópolis. En el primer congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en La Habana, del 17 al 22 de diciembre de 1975, fue discutida y aprobada una tesis, ratificada en el segundo congreso de 1980, «Sobre la cultura artística y literaria», en la cual se afirma:

La explotación colonial y neocolonial implica, además del despojo de las riquezas y la servidumbre política,

múltiples deformaciones culturales. Los explotadores imponen su cultura, contando en general con la complicidad de las clases opresoras de los propios países colonizados o neocolonizados y aprovechando el retraso cultural de las clases oprimidas, retraso que ellos cuidan de agudizar y perpetuar.

Las creaciones de la nación opresora son presentadas como realizaciones de validez universal, sirviendo además, para medir las producciones del país explotado; estas últimas serán más o menos apreciadas en la medida en que se aproximen o no a los modelos establecidos. Las que divergen de esos modelos son subestimadas y consideradas simples productos inferiores. A lo que aspira la clase dominante es a que el país oprimido llegue a creer que la lengua, las costumbres, las modas, las artes del opresor son fatalmente superiores a las suyas y que, en consecuencia, renuncie a su propio ser, se entregue a la imitación y se aisle de las fuerzas que puedan apoyar su liberación. Con ello no sólo se empobrece, sino que espiritual y materialmente queda a merced del enemigo.

En estos dos párrafos que acabamos de citar se resume certeramente el problema de la dependencia cultural y el de la determinación, necesariamente revolucionaria, de una cultura propia. Problemas estos que preocuparon a varias generaciones de pensadores y artistas latinoamericanos desde los días mismos en que comenzaron a surgir, en la etapa colonial, las diversas conciencias nacionales, primero, y luego, frente al enemigo común, el imperialismo neocolonizador, la conciencia continental, latinoamericana. Para el argentino Gregorio Weinberg, empeñado “en una ordenación conceptual o periodización de las grandes corrientes del pensamiento latinoamericano, con el propósito de referirlas a sus dimensiones históricas, sociales y culturales (...), habría para nosotros tres momentos: el primero, «cultura impuesta»; el segundo, «cultura aceptada o admitida»; y el tercero, «cultura discutida o criticada»”. El pri-

mer momento, «la cultura impuesta», corresponde al período colonial en el que existe una dependencia absoluta, económica, política, ideológica, de la metrópoli conquistadora y colonizadora. Predomina una concepción dogmática, escolástica, apenas conmovida por los primeros vagidos de la conciencia criolla, que es más viva en las artes plásticas y en la arquitectura que en el pensamiento, esencialmente hispánico y barroco, del Lunarejo (1640-1682) o de Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695).

Con la independencia política se inicia el momento de la «cultura aceptada o admitida». La burguesía criolla emprende, sobre modelos franceses, ingleses y norteamericanos, el surgimiento y desarrollo de una típica economía del «crecimiento hacia afuera», de vinculación a los mercados internacionales, como compradores de productos manufacturados y exportadora de materias primas. Con las mercancías nos llegan las ideas extranjeras que tratan de acomodarse a las capacidades de consumo locales. Podríamos afirmar, precisando el concepto de Weinberger, que al momento de la «cultura impuesta», colonial, sucedió el de la «cultura aceptada o admitida», neocolonial. Detrás del lema del argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), «Civilización o Barbarie», del entusiasmo romántico por lo francés y el anhelo de la burguesía criolla de adoptar el modelo norteamericano, está la penetración gradual del capital extranjero, la neocolonización que se revela en todas las esferas de la cultura. En la llamada «generación de los fundadores» que en la década del 60 del siglo pasado, sienta las bases de la dominación burguesa, desde la Argentina hasta México, podemos alvertir los rasgos de esta «cultura aceptada o admitida», caracterizada por Weinberger, que ha sabido ver asimismo las contradicciones internas de la burguesía criolla y sus primeros enfrentamientos al imperialismo naciente. Desde 1847 lucha México contra la penetración yanqui que le roba la mitad de su territorio nacional y, pocos años más tarde, contra el «imperio» de Maximiliano, impuesto y sostenido efímeramente por las bayonetas de Napoleón el Pequeño. Weinberger sitúa

el punto crítico de esta etapa cultural en 1930, como consecuencia de la crisis general del capitalismo determinada por el *crac* norteamericano de 1929. Pero antes que este indudable factor externo, se habían producido ya en Hispanoamérica acontecimientos internos de gran intensidad y trascendencia, el más importante y significativo de los cuales lo constituye la Revolución Agraria Mexicana, iniciada en 1910. La nueva conciencia americana se anuncia en el vigoroso movimiento de pintura y grabado mexicanos que impulsa en toda Nuestra América un retorno a las raíces temáticas y formales del arte indígena y estimula el «descubrimiento» del negro como factor de integración cultural en importantes porciones de América Latina y del Caribe. La literatura dirá, mejor aún, este retorno a la tierra esclavizada bajo un nuevo coloniaje y mostrará a sus hombres en lucha incesante contra explotadores nacionales y extranjeros. Es todo un arte y una literatura que se inspiran en «los de abajo», pero que no constituyen aún la propia voz, la conciencia, del campesinado y del proletariado latinoamericanos. La Revolución Mexicana asentó el poder de una nueva burguesía, pero inició también el impulso liberador de las masas explotadas y el nacimiento de un arte y de una literatura, de una cultura, en fin, esencialmente latinoamericanos.

El tercer momento de Weinberger, el de la «cultura discutida o criticada», corresponde a nuestra etapa actual y debe llamarse con mayor justeza «cultura de la liberación». Esta cultura surge como reacción frente al imperialismo y a las formas de dependencia cultural impuestas por éste. El imperialismo, como fase superior del capitalismo, tal como ha sido descrito por Lenin, penetra, en la América Latina a fines del siglo XIX. Desde las entrañas del monstruo, José Martí (1853-1895) denunció el fenómeno expansionista y llamó a todos los pueblos al sur del Río Grande a luchar contra el enemigo común. Son numerosos los artículos, ensayos y cartas en que Martí reclama con urgencia apasionada la unión estrecha de los pueblos que integran la América Latina para luchar por su definitiva

independencia. Y siempre destaca la esencial unidad cultural de nuestros pueblos. Su ensayo titulado «Nuestra América», aparecido en 1891, constituye la primera declaración de independencia de todos nuestros pueblos frente al imperialismo. No hay línea de este ensayo admirable, escrito en la mejor prosa modernista del libertador cubano, que no vaya cargada de ideas madres, repleta de conceptos esenciales que definen nuestro peculiar ser americano. Frente al criterio sarmientino, que expresa el pensamiento de la burguesía criolla dominante en la etapa de la «cultura aceptada o admitida», neocolonial, que desprecia al indio, al mestizo y al negro, integrantes esenciales de los pueblos nuevos de Nuestra América, que se afana en introducir modelos, inmigrantes y capitales extranjeros, Martí proclama la urgencia de partir de las raíces mismas originales, del hombre natural, para lograr la definitiva integración de las naciones latinoamericanas.

Por eso —afirma Martí— el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las Repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

No olvida Martí, en este admirable y penetrante análisis de Latinoamérica, el nuevo peligro que, para su integridad, significa el naciente imperialismo norteamericano. Y advierte:

Pero otro peligro corre acaso, Nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdenea.

E insiste, más adelante:

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de Nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdenea.

Ni se ha olvidado tampoco Martí de señalar quiénes han de encabezar la lucha de los pueblos nuevos contra el vecino imperialista, quiénes constituirán el ejército más firme en la batalla por su definitiva liberación: “¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! —demanda— ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos”. E ilustrando la exhortación con su propio ejemplo, puso en los trabajadores emigrados de Tampa, Cayo Hueso, Ocala y Nueva York las bases del Partido Revolucionario Cubano.

Las palabras de Martí no hallaron eco inmediato entre sus contemporáneos. La generación Modernista (1880-1910) adoptó una actitud de evasión, solipsista y platónica, frente al imperialismo. El *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó (1871-1917), que influyó en toda una generación de escritores hispanoamericanos, opone al empuje «materialista»

del imperialismo, un idealista cultivo de la «libertad» espiritual de cada hombre. Rubén Darío (1867-1916) escribirá su protesta en las alas blanquísimas de los cisnes (...) Pero, entre tanto, «el Norte revuelto y brutal que nos desprecia», denunciado por Martí, impuso su dominación económica en Nuestra América, con absoluto desprecio hacia una cultura que desconocía y desdeñaba. Ya en la segunda mitad del siglo resulta imposible ignorar o menospreciar la presencia rapaz del imperialismo que dispone múltiples formas de dependencia cultural.

La penetración cultural norteamericana en los países latinoamericanos va más allá del proceso normal de transculturación entre pueblos contemporáneos, en un mundo que los medios masivos de comunicación hacen cada vez más permeable a todo tipo de intercambio, de fecundaciones y de síntesis. Nada puede impedir el influjo del jazz o de las nuevas corrientes arquitectónicas, el desarrollo de la técnica o la avasallante influencia de escritores como Faulkner o Hemingway, en los jóvenes narradores de Latinoamérica. Para éstos el problema está en no calcar servilmente los modelos foráneos, sino aprovechar la lección de esos creadores para hallar, en su propia circunstancia, temas inéditos y modas entrañables, peculiares, de expresión. Aprender a busear en el propio espíritu nacional y latinoamericano, como aquéllos lo hicieron en el norteamericano, enfrentándose, como ellos, a la alienación del hombre contemporáneo, tanto en las metrópolis como en las nuevas colonias del imperialismo. Lo que hay que combatir con todas las fuerzas disponibles es el intento «desculturizador» de los Estados Unidos en los países sometidos a su imperio, en los cuales la prensa, la radio, la televisión, el cine, los libros y demás medios masivos de comunicación constituyen instrumentos al servicio de sus principales órganos de propaganda y espionaje.

En este proceso de «desculturización» hay un caso dramáticamente ejemplar: Puerto Rico. Invadido desde 1898, por los Estados Unidos, al final de la guerra hispano-cubano-norteamericana, y considerado como territorio ocupado

y botín de guerra, con desprecio absoluto de la autonomía que poseía en esos instantes la isla, el gobierno de ocupación se propuso imponer el inglés como lengua oficial a una población que hablaba únicamente español. Toda la historia cultural de Puerto Rico, desde ese instante hasta hoy, constituye una lucha heroica por conservar su integridad cultural, expresada en lengua española. De un modo deliberado y tenaz el gobierno norteamericano ha querido borrar cinco siglos fecundos de tradición cultural hispánica, imponiendo su lengua a la nueva colonia, disfrazada apenas con el título de Estado Libre Asociado.

Pero hay aún otra faz más trágica del proceso de desculturización que sufre Puerto Rico y es el de los emigrados a los Estados Unidos, especialmente los que se hacían en «el Barrio» de New York. Dramaturgos, narradores y poetas como René Marqués (1919), José Luis González (1926), Emilio Díaz Valcárcel (1929) han descrito el horror de una existencia degradada por el desprecio y la explotación sin límites, en el corazón de la metrópoli yanqui. Ninguno, sin embargo, puede alcanzar a describir la magnitud de la incompreensión y del desprecio que emana del análisis supuestamente científico del fenómeno boricua, como los realizados por el sociólogo norteamericano Oscar Lewis (1914-1970) en sus libros *La vida* (en el Barrio puertorriqueño de New York) y *Antropología de la pobreza* (1961). Lewis, que había obtenido un éxito de escándalo con sus obras *Los hijos de Sánchez* (1961) y *Pedro Martínez* (1964) en las que pretende pintar «objetivamente» la vida de una familia de «pelados» mexicanos, sin penetrar realmente en su entraña, ha elaborado una «explicación» del fenómeno de desculturación que aspira a justificarlo como revelación de una filosofía o cultura de la miseria, surgida en los antiguos tugurios de Tepito o del Barrio, con sus propias tablas de valores, tan válidas según él, como las de la clase explotadora. Se trata, como es obvio, de una anticientífica justificación del fenómeno de degradación, de desculturación, a que somete el imperialismo a las porciones más explotadas del campesinado, del

proletariado y del lumpen-proletariado latinoamericano. La rebelión de los «chicanos» en el sudoeste norteamericano ha venido a poner de relieve la magnitud de esa explotación, de ese proceso implacable de desculturación.

Frente a esta dramática realidad, algunos pensadores latinoamericanos se impusieron la tarea de descubrir y exponer la ontología del latinoamericano desde ángulos fundamentalmente idealistas, dentro de la órbita del irracionalismo alemán de Dilthey, Husserl, Scheler, Heidegger, *et. al.*, cada vez más ajenos al quehacer cotidiano de nuestros pueblos. La lucha creciente de éstos sacudirá a la generación más joven y de ella surgirá toda una «filosofía de la liberación», como la ha denominado Leopoldo Zea. Para Zea se trata de «la filosofía propia de esta Nuestra América». La filosofía como toma de conciencia de nuestra realidad; la filosofía, también, como conciencia de las posibilidades de una *praxis* que ha de servir, no para nuevas formas de dominación, sino de liberación. Filosofía de liberación *versus* filosofía de dominación. Pero no para nuevos enfrentamientos, sino para que éstos sean innecesarios. Filosofía, también, que haga de la naturaleza un instrumento del hombre, pero no del hombre instrumento de otros hombres. Esta filosofía, buscando al hombre en su realidad, se ha encontrado con otros hombres y otras realidades. Hombres en situación semejante a la de los de nuestros pueblos. Hombres pugnando, como los nuestros, para alcanzar formas de sociedad que no sean las de la dominación y la dependencia. Hombres con los cuales los nuestros van sintiéndose solidarios. Solidaridad como punto de partida de una más amplia solidaridad que haga imposibles nuevas formas de dependencia. Dentro de esta filosofía se vienen ya expresando hombres de diversas latitudes del llamado Tercer Mundo, del mundo del que Nuestra América es parte ineludible. Toma de conciencia de una realidad que trasciende, no sólo nuestras fronteras nacionales, sino también continentales. Solidaridad en la dependencia que puede transformarse en solidaridad en la libertad.

Esta nueva concepción de la filosofía latinoamericana res-

ponde ahora plenamente a la realidad histórica de Nuestra América empeñada, en todos los frentes, en una dura lucha por su definitiva liberación. Lucha que tuvo ya en José Martí preclaro anunciador y que fue definida en su dimensión y trascendencia universales por José Carlos Mariátegui (1895-1930), para quien “la revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista”. Y añade:

A Norteamérica capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América Latina o iberá, socialista. La época de la libre concurrencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir, de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América Latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos éstos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente, con la realidad.

La Revolución Cubana inició en 1959, ese ajuste de cuentas con la realidad. Es indudable que el triunfo de una revolución socialista, antimperialista, a noventa millas de los Estados Unidos de Norteamérica, tenía que constituir un factor determinante en la nueva cultura de la liberación que se impone con ímpetu arrollador, ya no sólo en Nuestra América, sino en todos los pueblos subdesarrollados, inte-

grantes del mal llamado Tercer Mundo. La Revolución Cubana prestó de inmediato la debida atención a los problemas de la descolonización cultural y en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, celebrado en La Habana del 23 al 30 de abril de 1971, se plantearon y discutieron con amplitud esos problemas para llegar a conclusiones tajantes que aparecen incluidas en su «Declaración final», entre las cuales figuran estos términos definitorios:

Los pueblos de los países colonizados y explotados del mundo actual no vacilarán a la hora de elegir el camino. No sólo tienen que luchar contra la opresión económica de los monopolios, sino también oponerse y rechazar las ideas y los modelos culturales neocolonizantes. El imperialismo ha practicado contra estos pueblos el genocidio cultural, ha intentado subvertir sus valores nacionales y su lengua. Este proceso de aniquilamiento ha sido una constante en nuestros tres continentes, y se ha manifestado con brutal magnitud en Vietnam, Laos y Cambodia.

Es decir, la batalla de vida o muerte hay que darla en todos los frentes: en el económico, en el político y en el ideológico.

Desde las metrópolis, los aliados conscientes del imperialismo tratan de influir en los pueblos subdesarrollados y someterlos al neocolonialismo cultural. Es la realidad que han tenido que sufrir los países explotados.

Combatimos todo intento de coloniaje en el orden de las ideas y de la estética. No rendimos culto a esos falsos valores que reflejan las estructuras de las sociedades que desprecian a nuestros pueblos.

Nuestras expresiones culturales contribuirán a la lucha de los pueblos por la liberación nacional y el socialismo.

No transigiremos con lo que el imperialismo difunde como sus expresiones artísticas más logradas, entre las que resalta la pornografía, que constituye

la manifestación inequívoca de su propia decadencia. Una sociedad nueva no puede rendir culto a la inmundicia del capitalismo. El socialismo no puede comenzar por donde finalizó Roma. Nuestras obras artísticas elevarán la sensibilidad y la cultura del hombre, crearán en él una conciencia colectivista, no dejarán terreno alguno para el diversionismo enemigo en cualquiera de sus formas.

He aquí un programa claro y preciso de política cultural encaminado a la descolonización de nuestros pueblos, expresión elocuente, a la vez, de esta nueva cultura de la liberación que aspira a desterrar todas las formas de dependencia cultural, impuestas por el imperialismo, y a determinar los rasgos esenciales de una cultura propia, latinoamericana.

Este «Encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de Nuestra América», en el que estamos participando, constituye una batalla importante en el amplio frente de la lucha por la liberación Latinoamericana contra el imperialismo, que, en estos mismos días, amenaza con destruir a la humanidad en una vesánica hecatombe nuclear. Nunca como ahora resulta más urgente cerrar filas, construir una unidad monolítica de auténticos intelectuales, entes de razón, frente a la absoluta irracionalidad del imperialismo, persuadidos de que nada podrá detener la marcha torrencial de los pueblos hacia un mundo, ahora sí verdaderamente Nuevo, en que se afirme y resplandezca, como anhelara Martí, la dignidad plena del hombre.

LA NECESIDAD DE LA SOBERANÍA Y LA CUESTIÓN CULTURAL

José Luis BALCÁRCEL

Los caminos de la liberación están sembrados de escollos. La dura y costosa lucha de los pueblos está encaminada a vencerlos. El imperialismo, las formas de dominación colonial y neocolonial agotan sus recursos tratando de impedirlos. De ahí la magnitud, la cuantía, y sobre todo el antagonismo de la pugna. Por eso, conforme avanza el proceso de liberación nacional se multiplican las agresiones, crecen los ataques, se manifiesta aún más la vesanía de las fuerzas represoras localizadas en las metrópolis, pero que extienden su acción a los puntos en donde se trata de imponer sus intereses. En donde quiera que sea. Intereses suyos, ajenos siempre, puesto que se trata de los de los pueblos que buscan mantener dominados, contra los cuales también actúan los represores locales.

La historia de Latinoamérica está llena de las más dolorosas experiencias de lo que es la agresión norteamericana; del imperialismo norteamericano, frente a todos los intentos de democratización, de independencia social y económica. Cualesquiera que hayan sido las modalidades intentadas. Porque las búsquedas de emancipación implican necesariamente deshacerse de los controles que provienen de la política norteamericana, expresión de una economía expansiva por las características del sistema contraído, que al des-

plazar a las metrópolis económicas que con anterioridad dominaron Latinoamérica, ha concentrado en sí y para sí el predominio en todas las manifestaciones que éste pueda tener. Que por lo mismo requiere de extraterritorialidad.

Ahora, después de los alcances imperialistas norteamericanos, cualquier poder de igual índole que pretenda penetrar Latinoamérica, igualmente para buscar incrementos gananciales con injerencia política, pasa forzosamente por la criba norteamericana. Se trata de competencias hegemónicas. De interferencias de extensión capitalista entre países. De aventajar en el control y manejo de los mercados creados y manipulados por el despliegue imperialista. En eso radican las disputas neocolonialistas. También los remanentes coloniales. Por eso todos los golpes anticoloniales y antineocolonialistas latinoamericanos afectan al imperialismo y repercuten en los Estados Unidos.

Las luchas revolucionarias de México padecieron embestidas, invasiones e intervenciones múltiples de los Estados Unidos o del país del que proviniera el capital y la imposición política cuya injerencia se trataba de impedir.

La democracia guatemalteca fue cercenada cuando se debatía en crear un desarrollo capitalista independiente y en expresarse entre los límites que concede el populismo, porque uno y lo otro frenaban el desborde que el imperialismo norteamericano había alcanzado antes, y se propuso aumentar mucho más.

El control de los aparatos del Estado que en Chile consiguió obtener la Unidad Popular fue abatido cuando avanzaba en establecer las bases sociales que pudieran llegar a sustentar la fundamentación de un proyecto socialista, avisorado como realizable derrotando al imperialismo. El cual, sin embargo, volvió a actuar abiertamente. Como en tantos otros casos, moviendo a la oligarquía desplazada, en función de intereses comunes.

Bolivia ha quedado impedida hasta hoy de recuperar sus posibilidades democráticas, desde que una fracción del ejército encontró que la manera incuestionable de lograr que las clases populares tuvieran participación en la vida na-

cional se conseguiría sólo frenando el avasallamiento imperialista norteamericano.

Más recientemente, quienes han encabezado movimientos antineocoloniales, nacionalistas y democratizadores, o seriamente han intentado conseguir cómo ponerlos en marcha, sobre todo cuando frenaron la impunidad de algunas detenciones imperialistas norteamericanas, perdieron la vida en accidentes aéreos. Los que pudieron salvarla del atentado padecido, con ella misma testimonian ahora los malévolos orígenes de ese tipo de percances.

Lo de Cuba difiere por su calidad distinta. Por los objetivos que entraña. Transformación radical en las narices del enemigo. Por lo tanto, acoso diario, permanente, en su contra. Que lleva ya más de 20 años. Brutalidad y refinamiento de acciones y métodos adversos en rara mezcla. De los peores que se hayan registrado, engendrados en la desesperación de la derrota. Ahora sí, la historia debe reconocer el desquite como categoría. Al menos respecto al intento frustrado, ya definitivamente, pero pertinaz como ningún otro, del imperialismo norteamericano.

Con todo, las agresiones principiaron con anterioridad a la definición que decantaría la perspectiva latinoamericana. El desarrollo revolucionario alcanzado por Cuba, la transformación de raíz lograda, constituyen la novedad. Este cariz tiene la victoria. Y ese otro la derrota. El imperialismo derrotado en Nuestra América. No obstante, el imperialismo no se da por vencido. ¡No se dará —tiene que ser así—, hasta que no esté acabado! Qué sentido importante y responsabilidad histórica tiene la continuidad revolucionaria. El papel latinoamericano es de primer orden. ¡Avanza! Las entrañas del monstruo que vivió y conoció Martí quedaron ya definitivamente lastimadas de muerte, como momento y nivel en los que se precipita su debacle y se determina lo propiamente americano nuestro, según lo previó el héroe libertador a la luz de su profundidad actuante.

Con lo de Nicaragua, que está ganado por las clases populares, para ellas, signo innovador que establece el significado de la liberación nacional; con la nueva derrota del

imperialismo, se pone de manifiesto la continuidad revolucionaria. Ahí quedó probado, históricamente comprobado, que la acumulación de las fuerzas y de la acción revolucionarias enseguida del triunfo cubano, conforma posibilidades de concretarse, de llevarse a cabo como proceso de transformación real. Cuando la unidad orgánica de las fuerzas combatientes vuelve el desarrollo de la lucha capaz de desbaratar definitivamente las defensas, los reductos, en los que se convierten las piezas y partes antes agresivas y a la ofensiva de la oligarquía, de la dictadura, con todo y los dispositivos imperialistas que le sirven de cruento soporte.

La cuestión revolucionaria es difícil y complicada. Si poner en marcha la revolución lo es, tanto como alcanzar el triunfo, mucho más es sostenerla triunfante. Esto requiere mantener a raya al enemigo agresor, al imperialismo neocolonialista o colonial, desde lo alto, desde arriba. Desde donde las clases populares se hacen representar, ejerciéndolo, en el gobierno del nuevo Estado que se va haciendo. Que es tanto como decir: desde arriba los que siempre estuvieron abajo, quienes con el triunfo principiaron a incorporarse, a participar en la vida nacional, pública: política, social, económica. Así viene sucediendo ya en Nicaragua. Ahora que ese país se convierte en otro con la realización plena, no por ello menos difícil, de lo que concibió Sandino. De aquello que él comenzó a ganar en el propio campo de batalla cuando derrotó al imperialismo, obligando a los expedicionarios, a los infantes de marina, a huir mediante el fuego de las armas empuñadas por los trabajadores, sobre todo del campo.

Nuestra historia, la historia de Nuestra América tiene hoy con el desarrollo de las revoluciones de liberación nacional, con el desarrollo de la revolución latinoamericana, dos puntos de convicción, dos vértices, en Cuba y Nicaragua, que conducen a explicarla de otra manera. De la manera que les corresponde, tal como interesa a las clases populares transformadas en conductoras guía de su desarrollo.

Como aporte latinoamericano a una historia universal que había dejado suspendida la posibilidad de la toma del po-

der como cuestión necesaria, indispensable, en la búsqueda de transformaciones radicales. De raíz para beneficio íntegro de las clases populares. Suspensión en aras del encuentro de paliativos que no terminan más que como comienzan. Beneficiando a cualesquiera que no sean las clases populares. Al postergar las que los teóricos de ellos, de esos paliativos, consideran opciones que éstas podrían alcanzar. Futuro indeterminado. ¿Indeterminación histórica? Continuidad de la situación subalterna mientras no emprendan la revolución.

La historia de América ahora necesariamente tiene que entenderse distinguiendo entre antes y después de la Revolución Cubana. Así el tamaño y las repercusiones del acontecimiento cuya significación modificó las posibilidades, la perspectiva, el derrotero íntegro de Nuestra América, «que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más».

El avance de su desarrollo, las posibilidades de su cambio, orientados en el sentido de la transformación requerida, exigida, y combatida para su logro, harían que 20 años después Nicaragua, con la Revolución Sandinista se convirtiera en la llave de la acción reafirmadora de que el proceso histórico, social, político, económico, va hallando su norte, encaminándose a satisfacer lo que las clases populares demandan cada vez más enérgicamente; orgánicamente. Combatiendo en razón de una necesidad de solución inaplazable. Con un alto costo, sobre todo en vidas humanas. Es el precio que impone la cruenta defensa que las oligarquías locales y el imperialismo hacen de sus intereses. Intereses producto de lo que antes de modo también cruento obtuvieron, usurpado de las clases populares mediante la violencia.

El imperialismo y las oligarquías impusieron el terrorismo primero para despojar y luego para retener. Ha sido el método cruento con el cual lograron hacer e incrementar sus posesiones, sus productos, su dominación. La explotación siempre tiene como punto de apoyo el terrorismo.

Las fuerzas combatientes que salen de las clases popula-

res, y las expresan para imponer por primera vez lo que conforme a su interpretación de la historia les corresponde, comenzaron a organizar su acción para hacer la Revolución Cubana. Lo hicieron también para lograr la Revolución Nicaragüense. Lo vienen haciendo, igual, en El Salvador, en Guatemala:

Lo cual quiere decir, dada la continuidad revolucionaria que se ha logrado entablar, dado lo que resulta más importante aún: el triunfo de Nicaragua, que la lucha a través de los diversos combates que la constituyen, victoriosos unos, frustrados otros, algunos inclusive abortados en camino de producirse, en su acumulación son el conjunto formador del proceso que se transforma, según lo determinan las necesidades y las experiencias populares de la lucha, en y para beneficio suyo, hacia el cambio cualitativo que lo convierte en victorioso, en dominante. Es la revolución. Enseñanza de la historia, de la acción de sus hombres, que se está llevando a cabo en Nuestra América.

La ominosa contrapartida en la historia del continente, sin embargo, se mantiene aún como tendencia que se resiste a doblegarse. Los gobiernos oligárquicos proimperialistas, el imperialismo manipulador como aquéllos, y de ellos, impone manifestaciones neocolonialistas, y aún todavía, en algunos casos, mantiene enclaves coloniales.

En tanto éstos ejercen su predominio, se constituyen en vulneradores de lo que como tales son los distintos países como naciones y nacionalidades, y en deformadores del acervo nacional en todo lo que se refiere a las actitudes y el comportamiento del pueblo. En lo que se relaciona con sus clases populares propiamente, que eso es lo que significa. En lo que tiene que ver y vendría a ser históricamente la producción social, material y espiritual materializable, acorde con las necesidades y, sobre todo, con los intereses populares. En lo que corresponde, precisamente a las clases sociales que en los distintos países están sometidas a la mayor explotación.

Los procesos deformadores que resultan de la imposición imperialista, los métodos y procedimientos utilizados en la

realización de actividades deformantes a través de las diversas modalidades neocolonialistas y neocoloniales que despliega, conducen al empobrecimiento creciente de las clases populares. No sólo volviéndolas económicamente cada vez más perjudicadas, sino haciendo caer sobre ellas todas las consecuencias que se desencadenan de su dominio. Tales, la enajenación, la cosificación, todo lo que deviene de ser sujeto de manipulación, y objeto de depauperación, de despojo, de depredación.

Hasta hoy la mayoría de los pueblos del continente siguen viviendo en esas condiciones de dominación. Con todas las consecuencias en su contra que provienen de situaciones en las que la dependencia económica y política adquirida pone de manifiesto los estragos inmediatos y mediatos que produce haberse convertido en países subalternos social y culturalmente. Tras empobrecidos, deformados. En donde las decisiones fundamentales no son propias de los países sometidos, precisamente por estarlo, sino determinadas en la metrópoli. Y cuando llegan a serlo, producto de las contradicciones que surgen entre dominados, dominadores e intermediarios, no dejan de estar condicionadas.

De esos pueblos que forman la mayoría del continente no pueden desestimarse, por el papel que han desempeñado como aporte a la acumulación de la lucha revolucionaria, los movimientos hasta hoy frustrados de las clases populares de varios de ellos. Porque de una u otra manera constituyen parte del proceso que cualitativamente transformado se convierte en revolucionario.

Además, porque aun todavía sometidos esos pueblos, sus luchas contribuyen como fuerza que interviene en la formación de las tendencias que, no obstante el acrecentamiento de la represión que desatan en su contra las clases gobernantes y el imperialismo, se contraponen, buscando frenarlo, al poder inmoderado que en lo económico, en lo social, y en lo político, históricamente se hizo opuesto de los intereses de las clases populares.

Hoy, tanto la soberanía de los pueblos como todo lo relativo al desarrollo de la cultura de los mismos están nece-

sariamente vinculadas a las posibilidades que aquéllos tengan de romper las relaciones de dependencia que existen de parte de muchos países respecto de unos cuantos, por ser éstas las que las menoscaban, y de contar con la solidaridad indispensable que ayude al aprovechamiento de las condiciones favorables que se establecen mediante las luchas que libran dichos pueblos para llevar a cabo la realización efectiva de los objetivos que parten de lo nacional y lo popular, y están encaminados a promover su desenvolvimiento. Objetivos surgidos con el alcance real de la práctica de tales significaciones. Cualitativamente diferentes.

La dependencia a partir de lo económico genera toda la gama y variedad de ataduras deformantes que convierten a los pueblos, en la medida en la que acentúan sus huellas, en reproductores de las expresiones contrarias a los intereses que les corresponden. Situación de la que sólo sus vanguardias combatientes logran rescatarlos, mediante la lucha que las clases populares emprenden con el arribo a la conciencia histórica de recuperar los intereses vulnerados. Que orienta la perspectiva de la liberación nacional. La solidaridad nutre de confianza en los inicios y en el camino; proporciona fuerza cuando se torna material.

Así sucede. Se ha probado y comprobado en el proceso de las luchas anticoloniales, antineocoloniales, antimperialistas, de liberación nacional, y de transformación socialista que vienen librando los pueblos del mundo en nuestros días. Salvo el caso de la Unión Soviética, que se hizo sola, en desafío franco y abierto al resto de países, por cierto, todos en actitud de acoso cuando no de ataque en su contra, los demás movimientos liberadores, al principiar a romper realmente los vínculos de dependencia que los atan requieren contar con solidaridad. Con ayudas concretas.

La soberanía no simplemente es el producto de la buena custodia de las fronteras físicas de los países, como técnica de preservación de territorios que constituyen el de cada uno de ellos. Los países capitalistas tratan de mantener a salvo el problema de las interferencias territoriales cuando

las contradicciones intercapitalistas no adquieren antagonismos que obliguen a dejar de lado, o a pasar sobre los rudimentos del derecho internacional.

Preceptos formales esos acuñados en la historia de manera coincidente con los intereses de las clases sociales cuyo predominio económico se sostiene y se incrementa a costa de los de las otras clases. Entre cuyas preocupaciones y modos de concebir las cosas, por lo mismo de su marginación a base de ser explotadas, la soberanía no ha formado parte importante de su acervo cultural, ideológico, político. Salvo cuando al integrar el grueso de los ejércitos al servicio de aquellas clases tienen que participar, poniendo en juego su vida, en la defensa de territorios que otros ejércitos de iguales características, en circunstancias determinadas por la agudización de las contradicciones aludidas, han procedido a hollar. O bien cuando de concepciones o de prácticas chovinistas se trata.

La soberanía es primordialmente la contrapartida, el reverso de las injerencias extrañas. Aunque el origen de la acción perturbadora de éstas resulte soslayado por el rendimiento de dividendos económicos y financieros en beneficio de los inversionistas particulares, o supuestamente públicos en el caso de los estados monopolistas, expresión de las grandes corporaciones. De ahí que las clases populares puedan contar con una concepción no deformada de la soberanía, igualmente que de la cultura, barriendo con el chovinismo, sólo cuando alcanzan a tener participación real en las decisiones nacionales.

La solidaridad internacional coadyuva a la conquista de la independencia que se va forjando con los alcances de la liberación nacional. De tal manera que contribuye a que se vayan haciendo posibles los caminos que conducen al desarrollo de una cultura que se elabora sobre la base de los elementos que habían venido siendo suprimidos, o bien distorsionados por las interferencias e injerencias contrarias a los intereses nacionales: el colonialismo, el neocolonialismo, el imperialismo. Así como los que llevan a hacer prevalecer el ejercicio, la práctica de la soberanía, concep-

to sólo enunciativo cuando se mantiene vigente la penetración.

Las modalidades de producción y de consumo social que constituyen la cultura definen a través de una diversidad de características generales su especificidad, y series de particularidades hacen peculiares los distintos conjuntos expresivos de los órdenes y tendencias de sus manifestaciones. La cultura es, por lo tanto, uno de los aspectos o niveles del contexto que integran las relaciones sociales de la producción y el consumo que llevan a cabo los hombres entre sí.

La cultura se elabora y se adquiere socialmente en condiciones históricas determinadas. No es, por lo mismo, un diseño formulado en abstracto. Es un proceso, o un conjunto de procesos concretos que arranca de abstracciones determinadas por la realidad concreta, según sus características. Que al objetivarse dan lugar a nuevas abstracciones, de operatividad social. Entre las cuales se hallan las ideologías que los mismos procesos culturales han establecido en la base reguladora de su utilización, conformada por los intereses económicos, sociales y políticos que intervienen en los desenvolvimientos que articulan la diversidad de tendencias y manifestaciones culturales.

En los países, pero también entre ellos, como consecuencia de la extensión con la que se proyectan y trascienden los efectos que resultan del sojuzgamiento proveniente de la penetración de capitales y las injerencias políticas y sociales, se producen las relaciones que Marx percibió y consiguió explicar tal como son y no como parecen, interferidas por la ideologización, y que tienen que ver con las condiciones de dominación y dependencia de la cultura:

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante (...) las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas.

Simplificamos, pero la tendencia es que entre los países, los económica y políticamente hegemónicos que imponen predomios coloniales y neocolonialistas hacen penetrar con toda su dominación a los que someten las manifestaciones culturales que se originan en el contexto de los intereses económicos, sociales, políticos, ideológicos y culturales, a su vez dominantes en ellos. Deformando con su interferencia las de los países convertidos en subalternos que, como tales, le imprime ese carácter a la más amplia diversidad de sus expresiones.

En esquema, pasa que en los países dominados, dependientes, las culturales dominantes tienden a ser por un lado las que se integran de elementos importados con el conjunto de objetos destinados al consumo masificado, parte de las mercancías que el abastecimiento metropolitano suministra en los mercados que crea a la par de su hegemonía. Por otro lado es la reproducción de aquéllos. En ambos lados de la misma moneda se trata de culturas a la vez que subalternas por ser producto de imposiciones, manipulaciones, deformaciones, de penetración, dominante en lo interno, que vuelven subalternas a las manifestaciones populares y casi siempre se hacen deformadoras y devoradoras suyas.

Las excepciones que se dan a este boceto, tratándose de productos culturales de consumo no masificado y masificador, enajenante, de todas maneras, en las condiciones de dominación y dependencia en las que trascienden, de ningún modo alcanzan a establecer corrientes o tendencias cuya influencia pudiera ser suficiente para contrarrestar las distorsiones de las que la producción y el consumo seriadados son capaces.

Esas excepciones, por lo mismo de serlo están al alcance de minorías que actúan en grupos reducidos. Algunos en franca y decidida actitud desenajenante y desenajenadora, mientras que otros se convierten en élites, de las que las hay culteranas y populistas. Por lo que tiene que ver con lo popular, con las manifestaciones populares de la cultura que puedan darse en esos casos de excepción, por las mis-

mas condiciones sociales y políticas en las que aparecen, las relaciones que tienen que ver con el consumo de su dificultosa producción lo más que alcanzan a llegar es a quienes de esos grupos reducidos se abren a ellas.

Suponer identidades de Latinoamérica por la ostenta, o de ésta simplemente por una atribuida comunidad de rasgos latinoamericanos, sin tomar en cuenta las diferencias cualitativas que en su desarrollo constituyen por su significado las luchas populares, las luchas de liberación nacional, pero sobre todo la revolución, es pura metafísica, académica o populista. Las concepciones que de ahí se derivan deforman lo que sucede en la realidad social, y por lo tanto cultural de Latinoamérica.

Lo que Cuba con su Revolución, que ya va para el cuarto de siglo y Nicaragua con la suya, que rebasa el segundo aniversario demuestran, bastaría para insistir, por la prueba histórica que se volvieron ambas, en la necesidad de no desconocer que la diferenciación cultural que hace posible el desarrollo de la cultura popular tiene su origen en la transformación real de los procesos materiales en los cuales ella se sustenta. Modificadores a la vez de la concepción de la soberanía y de su práctica, con la ruptura de los vínculos de dependencia; la cual conduce a superar las condiciones y la calidad de situación subalterna.

Por lo mismo, hay que hacerse cargo del significado real que adquieren los movimientos y luchas populares que se llevan a cabo en busca de concretar la liberación nacional de Nuestra América. Con ellos surgen o inciden como aportes indiscutibles determinados procesos culturales contestatarios. Formaciones culturales críticas de la cultura existente, manipulada, subalterna, dependiente, llena de deformaciones y deformadora de toda expresión popular. Formaciones culturales contestarias que se originan en el seno mismo de aquélla, incorporando las expresiones populares a su desarrollo, contradiciéndola. Esos movimientos y luchas populares entrañan la posibilidad en perspectiva del desarrollo de culturas populares que asuman lo nacional,

con las nacionalidades ahora en proceso de formación, o de deformación, en donde quiera tienen lugar.

La transformación revolucionaria viene haciendo posible el desarrollo de una cultura popular en Cuba y en Nicaragua. Cultura de contenido cualitativamente diferente. Logro del alcance real para recuperar lo popular y hacerlo propiamente nacional. Posibilidad de conocer y otorgarle reconocimiento, a través de adquirir relaciones a nivel de representaciones internacionalistas, a la diversidad amplia de las manifestaciones mediante las cuales los distintos pueblos han podido expresarse, trascendiéndose. Sin discriminaciones; sin determinaciones, valoraciones, o juicios previos. Con receptividad crítica, que sólo es dado alcanzar junto con las posibilidades reales que la revolución vuelve concretas de adquirir participación en la vida del país. Participación popular, nacional, necesaria para el desarrollo del proceso cultural popular, nacional. Transformación de la cultura masificada en cultura de masas.

A Granada, el difícil desenvolvimiento de la Revolución le ha permitido ejercer su soberanía e iniciar el proceso de recuperación de lo que le es propio: popular. Deshaciéndose de sujeciones manipuladoras. Conforme rompe la dependencia establece condiciones materiales diferentes que la colocan en situación superior, en medio del atraso en el que quedó sumida, para orientar una cultura popular.

En la expectativa americana está también Belice. Al volverse independiente, comenzando a descolonizarse las luchas populares que lo consigan tendrán que impedir que el pueblo que las libra sea neocolonizado. Hacer valer su soberanía implicará el alcance real de su desarrollo independiente. Posponerlo sería nueva atrofia de lo beliceño en tanto que recaer en la imposibilidad de la participación popular en la vida nacional de Belice. Con los ingredientes múltiples de las diversas nacionalidades que lo integran.

Belice está ante la alternativa inmediata de la dependencia deformante, neocolonial, o la liberación nacional desenajenadora. En razón del ejercicio de su soberanía, su cultura podrá llegar a ser popular y nacional, beliceña, o

seguirá siéndole ajena, impuesta. El imperialismo norteamericano está al acecho. Asedia. Las bases militares que la dictadura guatemalteca pelea por implantar en los cayos, a las vísperas de su colapso, serían norteamericanas. Grave amenaza de agresión contra Nuestra América. Fundamentalmente contra México, Centroamérica, y el Caribe.

Cuba y Nicaragua cortaron las injerencias del imperialismo norteamericano con la práctica de la soberanía real, a través de la Revolución. Indicador suficiente de decisión necesaria expresa de rechazo a cualquier orden de interferencias. Lo mismo cabe decir de Granada. Ante esa conducta y disposición revolucionarias el imperialismo tiene cancelada toda alternativa que no sea la de atacar. Por lo mismo, la amenaza, el peligro, el empleo de la agresión se extienden en contra de todos los países en donde las clases populares imponen la práctica de la soberanía real, o se plantean lograrla; imponen la práctica de la democracia, o se proponen lograrla.

De ahí la obligación de mantener y de fortalecer la solidaridad con los pueblos en lucha para decidir por cuenta propia la situación y las condiciones que favorezcan a las clases populares que los constituyen. Está claro que lo que va contra Nicaragua va contra Cuba; que lo que va contra los pueblos en armas de El Salvador y Guatemala va contra Nicaragua. El imperialismo norteamericano bajo la conducción política de Reagan desencadenó la tormenta de mayor peligro agresivo de los últimos tiempos contra el mundo entero, si no está alineado a sus intereses. Su amenaza inmediata se concentra sobre Centroamérica y el Caribe. Es necesario frenarlo. Los pueblos que han hecho la Revolución están decididos a defenderla con las armas en la mano. Están armados y adiestrados para eso. Por necesaria es justa la postura de México ante la situación que lesiona a Centroamérica y el Caribe, al reiterar la exigencia del respeto al derecho de los pueblos para autodeterminarse; al insistir en que las ayudas se otorguen sin condiciones y sin discriminación de países; al demandar que se proscriban las instancias del armamentismo proimperialista.

SANTA FE Y LOS INTELLECTUALES DE AMÉRICA LATINA

Volodia TEITELBOIM

Como se sabe, el 6 de agosto, aniversario del lanzamiento de la bomba atómica en Hiroshima, el Presidente Reagan ordenó la fabricación de la bomba de neutrones. Los que la recomiendan la llaman «bomba limpia». Porque no deja escombros; sólo deja cadáveres. Es conmovedora y cualitativamente discriminativa. Alguien la apodó también la «bomba capitalista». Pues se detiene, tímida y pudorosa, ante los bienes patrimoniales. Aniquila a los hombres; pero deja intactas las cosas. Elimina la población, pero las ciudades siguen de pie, como grandes cementerios, de una misteriosa realidad, extrañamente silenciosa, infinitamente escalofriante, donde el tiempo se ha detenido y todos los seres humanos son muertos sin derecho a sepultura porque todo es una gigantesca sepultura. O un mundo que de repente se durmió. Empleándola a la perfección, se podría llegar a una meta original: a un mundo vacío de hombres; pero repleto de objetos que nadie podrá usar. Las cosas habrán destruido y sobrevivido al hombre que las inventó.

Egon Bahr considera esta bomba capaz de limpiar el planeta de esa basura llamada *hombre* «el mayor símbolo de la perversión del pensamiento humano».

Los escritores de ciencia ficción pudieran imaginar cómo viviría la humanidad después de esos acontecimien-

tos, de la tercera guerra mundial —decía Fidel Castro— con su secuela previsible de aniquilamiento de miles de millones de habitantes del globo terráqueo. . .

No sé si hay aquí escritores de ciencia-ficción. Pero sí hay escritores para todas las dimensiones del hombre, para todos sus sentimientos y melodías interiores, inquietudes, esperanzas y temores. Ellos pueden observar que la bomba de neutrones pasa de la fantasía y de la teoría a la realidad de la vida, o más bien a la realidad de la muerte generalizada.

Estamos advertidos. La «bomba limpia» puede ser una escoba efectiva que barra al ser humano de cualquier país o continente. Sus fabricantes conciben la guerra como «higiene del mundo», lema que ya algún futurista italiano gritó enardecido a principios de siglo.

Se ha dicho que la decisión de Washington deja a Europa en las primeras filas del apocalipsis. Pero América Latina también tiene reservado un lugar en el juego.

¿Resultará superfluo y descaminado entonces que una *Reunión de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América* tome en cuenta ciertas premisas y proposiciones que les conciernen directamente, contenidas en el documento reservado, escrito por el Comité de Santa Fe para el Consejo Interamericano de Seguridad de los Estados Unidos y propuesto como nuevo evangelio inspirador de la política latinoamericana de la Administración Reagan?

La divisa introductoria al texto suena desapacible. Dentro del plan global la guerra también se libra por las mentes. En la batalla por América Latina un elemento decisivo reside en lo ideológico-político. Estados Unidos —subraya— debe retomar la iniciativa para demostrar que, si bien las dos partes de América aparecen diferentes, no lo son tanto. Al fin y al cabo, según su argumentación, los ideales de iniciativa privada, libertad política, patriotismo moderado, heredados de la cultura griega, del Derecho Romano y la ética judeo-cristiana, son comunes tanto a la América Ingle-

sa como Latina. Juzga conveniente aplicar sordina por momentos al pragmatismo anglosajón para que los habitantes del continente se formulen dos grandes preguntas existenciales de todos los tiempos, que seguramente no tienen por interlocutor la bomba de neutrones: «¿Quién soy? ¿Qué estoy haciendo aquí». Los sabios de Santa Fe abogan por una «educación filosófica» unificadora para todo el hemisferio que posibilite respuestas idénticas.

La cultura es una vaga y prestigiosa palabra en razón de la cual, a su juicio, los pueblos y las naciones conservan, continúan y hasta superan su pasado. Pero quien controle la cultura y su base imprescindible, la educación, podrá no sólo definir retrospectivamente lo acontecido en América sino también controlar su futuro. El mañana —añade el aquellarre de eminencias grises del Presidente— se encuentra en las manos y en el cerebro de aquellos que están siendo educados hoy. De allí que los Estados Unidos no deben tardar en asumir la iniciativa ideológica. Es esencial —insisten—, estimular en América Latina una educación que enfatice la común herencia cultural de todo el continente. «Inculcará el idealismo que sirva de instrumento para la supervivencia». Enigmática expresión, que se hace más clara cuando se toma en cuenta la bomba neutrónica y el hecho que el mismo texto sostiene toda su estructura en una columna sagrada: *la guerra es inherente a la humanidad*. Programa el *shock*, la limpieza atómica a escala planetaria, el gran Reino de los Muertos. El Grupo de Santa Fe cultiva la estrategia de Eróstrato. Esta vez, sin embargo, no propone quemar el templo de Artemisa en Efeso, sino incendiar el globo con el fuego nuclear de la Tercera Guerra. El hombre es el Minotauro en un atroz Laberinto dentro de cuyo Dédalo el mundo actual efectivamente está perdido y no tiene otro destino que saltar hecho pedazos por la Bomba. Moriría el hombre; pero quedaría el Laberinto. ¿El artista en esta emergencia desempeña algún papel? ¡Tocar la música final! Hacer arte sobre las ruinas del mundo (*Pereit mundus et fiat ars*).

El documento de Santa Fe da una impresión de fría im-

pasibilidad. Encierra una ambiciosa contribución a la política de fin de siglo y de fin de mundo, donde también el intelectual, ruedecilla en el mecanismo de los fines, es una cifra letal escrita en la programación de la próxima guerra.

Por supuesto, ese complejo de *salvadores del mundo*, que un titán sin complacencias de la literatura norteamericana, Theodore Dreiser, desenmascaró a través de todo un libro, los obliga al salvataje de América Latina, a pesar de sí misma, empresa que acometen envueltos en los velos de santurronería puritana. Por favor, seamos espirituales en el tratamiento del problema. No nos refiramos al dinero ni recordemos palabras feas como intereses, minas, Exxon, United Fruit, desestabilización, invasiones de México, Nicaragua, Playa Girón y Santo Domingo. Súbitamente se vuelven delicados de vocablo. No discutamos sobre exportación de capitales —tema vulgarísimo— sino de «exportar ideas e imágenes que fomenten la libertad individual, la responsabilidad política y el respeto por la propiedad privada».

Los especialistas de Santa Fe reconocen que les sería imposible dominar las mentes latinoamericanas si no contarán con intelectuales de nuestros países que actúen a su servicio. Lo que les proponen es un nuevo pacto Fausto-Mefistófeles, redactado con mucho menor elocuencia y belleza que la versión original; pero conforme a aquella pregunta que en la obra de Thomas Mann se hace a Adrián Leverkühn, “¿Qué cosa, Adrián, no debe ser? Aquello que es bueno y noble...”.

¿Cuál es el intelectual que andan buscando los expertos de Santa Fe? Aunque éste hable y escriba, tenga voz en apariencia, buscan el hombre mudo de un país mudo. Un hombre vendido, desmoralizado, convencido del fracaso de la historia, irreductible al devenir. Un hombre como mineral de un mundo selenita, que ha renunciado a toda idea de desarrollo y progreso como algo trágicamente fútil. Es decir, busca un tipo de hombre que acepte lo que Hegel denominaba «pútrida existencia», al referirse a todo cuanto está al margen del proceso dialéctico. Es ese el intelectual que andan buscando los expertos de Santa Fe.

¿Cuál es el intelectual que ellos no necesitan? ¿Y cuál requiere América Latina?

El intelectual responsable. El valor de un intelectual responsable en América Latina es generalmente modesto y problemático; pero forma parte de la conciencia de la nación y representa en ella un espacio espiritual.

¿Cuál es? Aquel que no aplaudirá jamás las bondades de la bomba de neutrones. Que no sucubirá a las tentaciones ideológicas del imperialismo. Aquel que no caerá en la desolación del Segismundo calderoniano preso en la Torre. Aquel que no sigue el camino oscuro de la deserción. Aquel que no profesa la utopía desarmada de los que se sienten socialmente impotentes, la utopía de una política sin poder, porque nuestra política, nuestra causa tiene un poder y grande, aunque nosotros no tengamos personalmente ninguno.

Decimos no a las doctrinas de Santa Fe. Decimos sí a la Revolución, embarcados para toda la vida en una lucha en que se puede unir la verdad con la pasión, el arte con el amor por la humanidad, el respeto por uno mismo con el respeto por los demás.

Los poderes celestes e imperiales hace milenios que temen el intelectual indiscreto. A Zeus le desagrada Efesto, extraño dios, enfermo de curiosidad y rebeldía, que, según los himnos homéricos, mete el pie estropeado en el Banquete de los Inmortales, no se contenta con la estática tradicional, y conoce, como Prometeo, el peligroso arte del fuego. Desconfían de esa fábrica de imaginación del artífice insaciable, del experimentador y el buscador de las verdades más profundas.

Pero sobre todo abominan los doctores de Santa Fe de los que trabajan con el humanismo. De los que se suman a la liberación de los pueblos. Recelan ante su temible escritura. Temen esa obra literaria y artística que encierra como el átomo una energía explosiva. Desconfían de las tempestades magnéticas que pueden desatar un libro o una obra de arte.

Proponen la doctrina del soborno: «Los Dioses se van

pero el capital queda». Tendrán que conquistar, neutralizar a los que puedan. Organizar el silencio y el vacío respecto de los que no acepten el Pacto.

Dentro de su diagrama y de su cálculo de posibilidades, intentarán la caza del intelectual latinoamericano. Le interesa que se mistifique, se niegue a sí mismo y desconozca su contexto y su ubicación histórica. Tendrá libertad entre comillas. Podrá encapsularse en la frase esotérica; pero deberá definirse por el mundo «libre» cuyo padre es el imperialismo.

El imperialismo crea, hereda y recrea el fascismo. Toma de Nietzsche la misógina idea: «El hombre es algo que debe ser superado».

Debe ser iniciada —dicen a la letra las recomendaciones de Santa Fe— *una campaña para capturar la «elite» intelectual iberoamericana mediante radio, televisión, libros, artículos y folletos, más donaciones, becas y premios.*

Si Fausto vende su alma a trueque de conservar por un tiempo más su juventud, aquí los modernos demonios simplemente proponen un contrato de compra y venta. No reconocen la literatura como una modalidad recreadora de la *praxis*, como una producción de significados entrañables; para ellos es un objeto puramente instrumental.

Es necesario adquirir intelectuales en el mercado. Antes que sean tripulantes o pasajeros en la nave de los locos subversivos, es mejor rescatarlos de la perdición, mediante transacciones en dólares y halagos en la feria de vanidades. Juzgan que conocen la tela, a su juicio barata, de que están hechos los intelectuales latinoamericanos. Lo dicen sin remilgos ni pudibundeces: «*Consideración y reconocimiento es lo que más apetecen los intelectuales, y tal programa puede atraerlos*». Los convierten en una operación financiera donde se paga el precio del extrañamiento del hombre, en este caso del intelectual respecto de sí mis-

mo y de la sociedad. Los tratan como una mercancía. Lo que pretende el sistema es expropiar al intelectual, vale decir, quitarle sus valores de hombre. Lo que propone es lisa y llanamente su alienación total. Como decía Rimbaud: «Se trata de hacer el alma monstruosa».

En el breviario de Santa Fe se subraya la importancia de los buenos modales. Recordando algo que allá por 1914 dijo el peruano Francisco García Calderón, advirtiéndoles que los latinoamericanos tienen sensibilidad por la forma y nada los eriza más que la rudeza de los políticos de Washington, los lobos grises de Santa Fe recomiendan usar los encantos de la diplomacia y de la abstracción trascendental, no limitarse a ponderar «el estrecho aspecto de Nueva York y Hollywood», sino hablar de convicciones y de filosofía, porque por otro camino las Américas, entendidas como abrazo del Norte y del Sur, no podrían sobrevivir ni prosperar.

¿Para qué más quieren los sabios de Santa Fe el apoyo de los intelectuales latinoamericanos?

No precisamente para prolongar su juventud y gozar del amor de Margarita.

El texto habla mundo y lirondo de ciertos propósitos y finalidades y los expresan en un prólogo de notas espeluznantes. El prefacio catastrofista sostiene que «la guerra y no la paz es la norma que rige los asuntos internacionales». Tan explícito resulta su pensamiento que si hace treinta años, en la otra guerra fría, Gabriela Mistral, saliendo al encuentro de ideas parecidas, defendiendo la paz, denunció a los que la consideraban «la palabra maldita», ahora este lugar de estigma en el diccionario político contemporáneo lo ocupa el vocablo *distensión. Detente is death.*

El dilema: «Estados Unidos debe tomar la iniciativa o perecer». Delinea también la teoría de la inminencia: «Estamos casi sobre la tercera guerra mundial».

Tres países de América Latina preocupan especialmente a los doctores de Santa Fe: Brasil, México y Cuba.

Para el primero no ahorra los superlativos, físicamente reales: gigante de América del Sur; territorio más vasto

que el de Estados Unidos continental, fabulosos recursos naturales, y ¡ojo!: a fines de siglo será una de las máximas potencias a nivel mundial. Todo lo primero es verdad y lo último dependerá de lo que pase en el mundo y, en particular, de lo que suceda en Brasil en los próximos veinte años. Su sueño es que sea, si no una especie de subimperialismo por cuenta de la metrópolis, como se sostiene por algunos, al menos la potencia conservadora que mantenga sumisos y en silencio no sólo a su pueblo sino a sus vecinos.

México es hoy por hoy la otra esquiva niña de los ojos del Comité de Santa Fe. «México, tradicionalmente hijastro de la política exterior de Estados Unidos —según el *Business Week*— de improviso se trasladó a uno de los primeros lugares en la agenda de Washington». Su atractivo irresistible se llama petróleo y el propósito es importar alrededor de 2 millones de barriles diarios en los primeros años del '80.

Aquí un tirón de orejas a los intelectuales. Un novelista mexicano critica —según el documento reservado— a Estados Unidos porque sólo percibe a México como un bien petrolero ignorando su antigua civilización. La ácida respuesta va dirigida no sólo al novelista sino a todos los hombres de letras, seres lunares que «a menudo olvidan que los gobiernos están forzados a tratar con problemas mundanos como el precio del gas, del petróleo y del tomate».

Pero en este caso que los intelectuales se comporten como habitantes de estrellas lejanas no importa mucho; sí resulta grave que, conforme al análisis, en dicho aspecto insatisfecho de los expertos, Estados Unidos —especie de nación poética perdida en un ambiente prosaico—, ha fracasado en su trato con lo mundano. Esto quiere decir que ha fracasado en evitar la revolución. De todos modos, sepan los entes de otro planeta que se dedican a las especulaciones artísticas o literarias que lo mundano es lo fundamental.

Y ahora vamos al motivo básico del insomnio: Cuba, que

«a despecho de su pequeño tamaño y recursos insignificantes, se ha convertido en nuestro más formidable adversario en el hemisferio». Llegando a estas alturas, la expresión del rostro cambia. Se pasa del lenguaje zalamero y de la sonrisa meliflua hacia Brasil o México al gran garrote. Frente a Cuba, Estados Unidos sólo puede tomar acciones inmediatas. «Los primeros pasos deben ser francamente punitivos. Los diplomáticos cubanos deben abandonar Washington. El reconocimiento aéreo debe ser recommenzado...». Como si las amenazas fueran pocas, se agregan algunas más, expresadas con análoga delicadeza. «Si Cuba no enmienda su conducta, se emprenderán pasos apropiados». ¿Cuáles, por ejemplo? Crear una llamada Radio Cuba Libre, bajo abierta responsabilidad del gobierno de Estados Unidos, lo cual, desde luego, no encierra mucha novedad respecto a la propaganda ya existente. Pero este prólogo innecesario es la introducción o cortina de humo hacia un paso ulterior harto más brutal. «Si la propaganda falla, debe ser lanzada una guerra de liberación contra Castro». Lo dicen así, sin más ni más. Todo el mundo sabe, y Estados Unidos no lo ignora, especialmente después del fracaso en Girón, que, Cuba es un hueso duro de roer. Y, como Fidel lo dijo una vez más el último 26 de julio en Las Tunas, «¡Este país podrá ser borrado de la faz de la Tierra, pero jamás podrá ser intimidado ni doblegado!»

Muchas de las recomendaciones del grupo de Santa Fe al Consejo Interamericano de Seguridad de los Estados Unidos, definiendo la política latinoamericana de Reagan, al parecer están en marcha, incluso en aquellos anexos que no se han hecho públicos.

¿Pueden acaso a la luz de su texto, de sus entrelíneas y de los complementos que se mantienen en la tiniebla, extrañar tantas ciertas muertes de personalidades antimperialistas latinoamericanas acaecidas en el último tiempo, en circunstancias, digámoslo eufemísticamente, «misteriosas», o calamidades, epidemias, que puedan ser no tan ajenas a las consecuencias de una guerra bacteriológica?

De allí que América y el mundo tengan que escuchar

con necesaria atención aquello que Fidel también dijo en el acto central por el 28 aniversario de la hazaña del Moncada:

Compartimos las convicciones del pueblo y albergamos la profunda sospecha de que las plagas que han azotado a nuestros países y especialmente el dengue hemorrágico, pueden haber sido introducidos en nuestro país por la CIA. . . Emplazamos al Gobierno de Estados Unidos a que defina su política en este terreno, a que diga si la CIA será autorizada de nuevo o no, o está siendo autorizada ya, a organizar atentados a los dirigentes de la Revolución y a utilizar plagas contra nuestras plantas, nuestros animales y nuestra población. . .

Cuando se emprenden políticas y acciones demasiado siniestras, el Manual del Príncipe aconseja taparlas con palabras sublimes; pasar, por ejemplo, al sutil tratamiento de la filosofía de la Historia, barajar la idea de la predestinación del Nuevo Mundo, del Hemisferio Occidental concebido como un espacio político particularísimo, distinto, y por qué no decirlo, superior al del Viejo Mundo, la trasechada Europa, tan caduca que hasta el marxismo gobierna en buena parte de ella. Nos recomienda que acariciemos, pues, la quimera continental; que aceptemos como verdad la mentira que nos comunica la inexistente unidad del hemisferio, la consabida unidad entre jinete y caballo, conjunción maravillosa del centauro, donde el caballero es el imperialismo norteamericano e Iberoamérica la cabalgadura. Los doctores de Santa Fe proponen adoptar ese monstruo como un dechado representativo de la naturaleza americana.

No se les escapa que tal proposición es escuchada con escepticismo. Entonces reprocharán no a los Estados Unidos sino a América Latina, de perseguir ciertos mezquinos intereses particulares. No se entienda tampoco mal al colegio de los doctores. Por supuesto, el espíritu nacional no

es de por sí una conducta patológica, pero debe rechazarse si se contrapone a una idea superior, la idea hemisférica, que, manejada desde Washington, resulta si no perfecta, al menos perfeccionable, mediante el ensayo y el error por cerca de dos siglos. Hay que reconocer que el concepto hemisférico aún no ha llegado al desiderátum. Pero entendámoslo filosóficamente como proceso, o sea, como un propósito eternamente imperfecto, aunque insustituible.

Se intenta también el rapto de Bolívar, pese a que el Libertador fuera enfático en definir su idea unificadora como la articulación política de la antigua América española, que debía cuidarse de la expansión norteamericana hacia sus territorios. Más de algún historiador señala el reproche de Bolívar contra el gobierno de Washington por su falta de apoyo a la causa de la independencia hispanoamericana. En la Carta de Jamaica subraya que se mantuvieron como «inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa».

Tampoco descuidan el intento de incorporar a su sombra el que emite la primera proclama de la Independencia Intelectual de nuestra América. Martí en una crónica sobre Andrés Bello escribía: "Yo le miro como quien doma águila, enseñar a Bolívar; y como quien oye a profeta, aprender de Humboldt". Aprende de Europa para enseñar a América a ser ella misma, o sea distinta. Y en 1823, antes que Ayacucho selle la emancipación sudamericana, desde Londres envía el mensaje liberador de los espíritus, en los versos neoclásicos de su *Alocución a la Poesía*. Tratan de reinvertir la dirección del proceso que Bello perfiló. Quieren que la nuestra deje de ser una cultura con caracteres propios.

Los analistas de Santa Fe están llanos a reconocer, en el papel, las que denominan Américas plurales en cuanto a instituciones políticas, historia y cultura. Pero ponen por encima de su diversidad la fuerza integradora de la geografía, de la experiencia histórica y de aspiraciones similares; necesidades comunes, iguales peligros y oportunidades.

Tal vez podría decirse con mayor veracidad que América, empezando por Cuba, Nicaragua, Granada, no cree en el fatalismo geográfico. Y su cultura, su historia, sus necesidades comunes, los grandes peligros, y estos últimos casi siempre vienen precisamente empujados por el viento del Norte, recomiendan la soberanía, la independencia, la asociación latinoamericana y no hemisférica.

Para celebrar la fiesta de las apariencias maquillan el rostro de los gobiernos cómplices, presentándoles casi siempre como representativos y democráticos, aunque no todos —agregan con timidez— respondan a la maravilla a ese *test*. Todos sabemos, sin embargo, cuál es la verdadera alianza hemisférica: la de los gobiernos dictatoriales regresivos de América Latina con el Pentágono.

Todo está en este orden tan diabólicamente planificado que, falseando la Conferencia de Panamá, ideada por Bolívar, se propone aquí que el Estado Mayor de la OEA sea trasladado de Washington a Panamá a fines del siglo. ¿Para qué? En medio de la oscuridad de las palabras de cobertura una luz se filtra: interamericanizar el Canal, o sea, renorteamericanizarlo y poder contar con lo que llama fuerzas de defensa y protección.

El epílogo del Documento de Santa Fe asume tonalidades épicas.

... En la guerra —precisa— no hay sustitutivos de la victoria y Estados Unidos está comprometido en la tercera guerra mundial... América Latina es vital para Estados Unidos: la proyección del poder global de Estados Unidos siempre ha descansado sobre un Caribe cooperador y una América del Sur que nos apoye.

Repítese, como una síntesis, el principio fatídico: *la distensión es la muerte*.

Se autoproclama socio protector de las naciones de América Latina y lo que es más conmovedor, declara, sin perderse en consideraciones eruditas, que sólo él puede «ayu-

dar a preservar la cultura hispanoamericana de su esterilización por el materialismo marxista internacional». Estados Unidos debe tomar la dirección en dicha área.

Los hombres de la cultura hispanoamericana están, pues, advertidos. Las intenciones son claras, el plan exhaustivo. Y la respuesta ha de ser neta, así como el trabajo de réplica de los intelectuales de América Latina y del Caribe, como una parte de sus pueblos. Debe guardar relación con la magnitud de la amenaza, del proyecto y de los hechos a través de los cuales se ponen en práctica las proposiciones del Comité de Santa Fe, convertidas en parte esencial de la política latinoamericana de Reagan.

El Secretario de Estado norteamericano, Alexander Haig, explicó que el cambio de la política hacia varios regímenes militares de Sudamérica, entre ellos Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, responde a los avances de dichos gobiernos en el campo de los derechos humanos. La administración de Reagan ordenó a sus representantes en el Banco Mundial y el BID votar préstamos para ellos por un total de 433 millones de dólares.

Tal mejoramiento en la situación de los derechos humanos no existe, en absoluto. Hoy en Chile se reprime más que en años pasados. La propia prensa norteamericana divulgó hace poco, como un botón de muestra, el crimen de Calama, comentado por Gabriel García Márquez, en su artículo «En Chile como en Chicago», que ha dado la vuelta al mundo, como imagen espectral del régimen. La todopoderosa policía secreta de Pinochet, so pretexto de aplicar una legislación antiterrorista, anunció al gerente y al cajero del Banco del Estado, en esa localidad del Norte desértico de Chile, que realizaría un simulacro de asalto contra la institución. La ficción se convirtió en realidad. Los agentes del gobierno mataron en despoblado a los dos empleados bancarios, pulverizando sus cuerpos con una explosión de dinamita; robaron una cantidad equivalente a más de un millón de dólares depositados en cajas de manzanas y luego echaron a correr la versión que los ladrones eran los dos hombres que ellos mismos asesinaron y despedazaron.

El crimen lo cometieron jefes y funcionarios de la tenebrosa DINA-CNI, que ha hecho desaparecer a varios millones de chilenos y ha torturado a más de cien mil. Dos por lo menos de los implicados en los homicidios son altos jefes del Ejército.

El general Haig miente, pues, cuando sostiene que la situación de los derechos humanos ha mejorado en Chile, como tampoco es verdad respecto de los otros países a que se refiere. Una estadística reciente demuestra que, por el contrario, los atentados y crímenes de la dictadura van *in crescendo*.

Otro general se manifiesta tan satisfecho como el general Haig, es el general Pinochet. «La institución está limpia», declara aludiendo a la DINA-CNI, a raíz del crimen de Calama. Por esos mismos días, eufórico, condecora con la «Gran Cruz al Mérito Militar» al general Wallace Nutting, Jefe del Comando Sur del Ejército de los Estados Unidos. Luego recibe a Jeanne Kirkpatrick, representante permanente de los Estados Unidos ante la ONU, la cual lo señala como modelo y ejemplo para otros gobernantes del hemisferio. Pinochet es garantía para el imperialismo. Y el imperialismo garantiza a Pinochet. Todo esto sella la alianza íntima de Washington con los regímenes dictatoriales más crueles de América Latina. En las propias comisiones del Congreso norteamericano se demostró que en Chile, Uruguay y otros países latinoamericanos se intensifican las represiones políticas, las detenciones, torturas y represalias y que la situación en la esfera de los derechos humanos no mejoró sino que ha empeorado gravemente.

Represión, consumismo, agresión anticultural, se amplifican y complementan. Los bancos y el capital monopolista se ofrecen como mecenas del arte acondicionado.

Desde el punto de vista ideológico, como lo subraya György Lukács, el presupuesto histórico del fascismo se basa en el irracionalismo militante, con su bagaje de mitos concretos, a través de un baño mortal de acción y de sangre. No surge de un vacío; absorbe todas las pseudofilosofías reaccionarias extremas.

Estados Unidos trabaja con los elementos más regresivos de las sociedades latinoamericanas, económica, social y políticamente hablando. Privilegia sobre todo a las Fuerzas Armadas locales como el «gendarme necesario» que cautelará sus intereses. Es el principal sostén externo del neofascismo *sui géneris* instalado en vastas zonas de América Latina, especialmente del Cono Sur. El papel que en el fascismo alemán e italiano jugaron el partido nazi o fascista lo desempeñan en esta región las Fuerzas Armadas.

El gobierno de Reagan hoy no hace protocolares venias a los derechos humanos ni al consenso democrático liberal. Prefiere la fuerza bruta. Legitima la dictadura castrense, porque sirve mejor a su proyecto global diseñado por los expertos del Comité de Santa Fe. Su modelo ideal es aquel que universaliza la represión y militariza el poder. Representa una forma de neofascismo dependiente y tardío que abusa del autoritarismo, del nacionalismo agresivo, el militarismo (como guerra contra su propio pueblo) y proclama el mito del Führer criollo.

Pinochet sigue con las danzas rituales de las prisiones, torturas y exilio, invocando su filosofía de la Seguridad Nacional. No podría reclamar respecto de ella derechos de autor. Hace más de treinta años que Washington registró esa patente. El 16 de julio pasado el Secretario de Defensa de Estados Unidos Caspar Weinberger convocó a una Conferencia sobre Seguridad Nacional. En su caso ella responde a la *idea del hegemonismo universal*, alcanzado a través de una Guerra Nuclear. Alguien ha dicho que se trata de una idea terrible, pero irreal, vano, fatal sueño-pesadilla para miles de millones de hombres. Entre otras cosas porque una guerra nuclear no se puede ganar. Pinochet y los pequeños sátrapas de localidad latinoamericana también profesan su filosofía de la Seguridad Nacional. Inscriben su parcela represiva en los dominios del amo que juega a los cohetes.

Ni los intelectuales ni los pueblos latinoamericanos aceptarán como ineluctable el maligno plan de Santa Fe. El

hombre vino al mundo para conquistarlo, no para autodestruirse. Contesta no a la muerte en grande.

Es verdad que la literatura nunca dice la última palabra; pero ésta es una emergencia en que debe decir la palabra *no* y murmurar o exclamar como Neruda: "Que nada de esto pase. Que despierte el leñador".

Nos acercamos al año 2000. Quizá en una reunión como ésta no sea impropio intentar una mirada de largo plazo a América Latina, superando las miopías de la visión inmediatista. Hacerlo sería una prueba de sentido de responsabilidad y de discernimiento. Demostremos contra el escepticismo de La Bruyère que esa cualidad no es más rara que los diamantes y las perlas, sino una necesidad contra lo aterrador.

No como futurólogos, pero sí en nuestra condición de simples ciudadanos, nos correspondería aquí, ante el proyecto delineado por los hombres de Santa Fe y ante el aluvión de hechos que comprueban que no se trata meramente de un asombroso o más bien diabólico experimento de laboratorio sino de un plan político calculado que ahora está en las manos trágicamente acogedoras de la primera potencia capitalista, diseñar ideas en nuestro limitado dominio y adelantar proposiciones para una respuesta, digamos, posible y sensata. Desde luego ella no puede ser asunto exclusivo de un simposium de intelectuales, sino articulación del pensamiento y la acción sumada y unificada de todos nuestros pueblos. Pero nosotros podríamos aquí responder, por ejemplo, a aquel párrafo, que, más allá de parábolas, apólogos, reflexiones morales, trata sobre la compraventa de intelectuales latinoamericanos.

El continente que se extiende desde México a la Antártida tiene que pensar hoy el problema de mañana, o sea, del siglo XXI. No podrá afrontarlo a espaldas del mundo. Ni divorciado de los movimientos revolucionarios de la Tierra.

Durante el transcurso del siglo XX la Revolución se ha abierto paso sobre una buena parte del planeta. Incluso vive y se desarrolla en países del hemisferio. El proceso

proseguirá en este último quinto de la centuria y continuará en la que viene. Es a la Revolución a quien tratan de detener los alquimistas neutrónicos de Santa Fe.

En once años más se cumplirán quinientos años del descubrimiento de América. Durante estos cinco siglos nuestros pueblos han sido yunque donde cada hora ha golpeado el martillo del opresor extranjero y local. ¿Medio milenio no es suficiente?

El pueblo cubano pensó que sí, que casi cinco siglos eran bastante. En los últimos tiempos otros pueblos del continente también han dicho ¡basta! De alguna manera los pueblos de América Latina echan a andar por el camino tan complejo y difícil que va a la libertad, hacia la soberanía. Ulises puso oídos sordos a los cantos de Circe. La gran mayoría de los intelectuales latinoamericanos rechazan el llamado corruptor de Santa Fe. Honradamente van del brazo con sus pueblos.

PROBLEMAS Y SITUACIONES ACTUALES EN LA LUCHA POR LA SOBERANÍA*

Guillermo TORIELLO GARRIDO

1) *Acceso de fuerzas abiertamente reaccionarias al gobierno de los Estados Unidos*

El día veinte de enero del año en curso, con el mayor ausentismo que registra la historia electoral de los Estados Unidos en más de treinta años (47.6% o sean 76.4 millones de los 160 millones de votantes inscritos), llegó a la Presidencia de ese país, el señor Ronald Wilson Reagan. Si se toma en cuenta el número de abstencionistas, 83.6 millones y a ellos se suman los que votaron por el ex-Presidente Carter y por el candidato independiente Anderson, se obtiene la cifra de 116.8 millones que le negaron el sufragio a Reagan. Su elección fue en realidad una victoria precaria, puesto que del 52.4% del total de electores que sí votaron, 83.6 millones sólo obtuvo el 27.3%, hecho que desmiente la propaganda de las trasnacionales de la desinformación, que la calificaron de triunfo aplastante. La actitud ausentista de los sufragantes se explica, entre otras causas —desinterés, pesimismo y falta de liderazgo—, a la intuición que tenía el pueblo norteamericano de que la nueva administración sería desastrosa para ellos y para el mundo.

Sin embargo el hecho real es que Reagan llegó al poder

* VII Congreso de Biofísica del 23 al 27 de septiembre de 1981.

y lo ejerce apoyado por las fuerzas más reaccionarias y agresivas que jamás hayan rodeado a un Presidente de los Estados Unidos. Son ellas: la ultra-derecha, los neofascistas, los guerreristas y los más altos círculos financieros, todos estrechamente vinculados a los grandes intereses de las transnacionales, al poderoso binomio militar-industrial y a la tenebrosa organización Trilateral.

Para las fuerzas más siniestras del anticomunismo estadounidense, el Partido Nazi, la organización John Birch y los Ku-Kux-Klan, entre otras, la llegada al poder de ese nefasto gobierno fue motivo de verdadero júbilo, pues en él ven realizados sus propios ideales y sus más torvos designios. Ahora, después de varios meses de ejercicio de la nueva administración, están seguros, por los hechos temerarios que el Señor Reagan ha ordenado ejecutar contra varios países, en este y otros continentes, que pasó de las palabras a los hechos concretos, sin importarle llevar al mundo, no al borde de la guerra, sino a una verdadera hecatombe nuclear.

Aunque la agresividad del imperialismo es característica inherente a su sistema de pretendida hegemonía mundial, con absoluta independencia de cuál de los dos partidos políticos tenga el poder en sus manos, no cabe duda que ahora los republicanos encabezados por Reagan, han sobrepasado, en su despliegue belicista y agresivo, a todas las administraciones anteriores.

El injusto bloqueo contra Cuba es ahora más riguroso que antes; las provocaciones en el territorio cubano de Guantánamo, se han extremado; los vuelos espías sobre toda la Isla, las maniobras navales en sus aguas territoriales, son constantes; y la posibilidad de una nueva invasión en sus costas, por mercenarios o directamente por tropas estadounidenses, no se descarta.

Los recientes desembarcos de la marina de guerra y el asalto de paracaidistas en la Isla de Vieques de Puerto Rico, fue un ensayo para que, en un momento dado, se aplicue en la Isla de Granada para el derrocamiento de su actual gobierno democrático y antimperialista.

El entrenamiento en Miami de dos mil exguardias somocistas y el envío a Honduras de asesores militares norteamericanos para entrenar a otros cuatro mil, también exguardias de la misma calaña, son evidentes signos de los propósitos intervencionistas en contra de la revolución de Nicaragua.

La descarada intervención militar en El Salvador, en apoyo del régimen criminal de Duarte, así como la renovación de la ayuda de ese tipo —militar— y económica al gobierno genocida de Guatemala, son claras evidencias de la pertinacia estadounidense de perpetuar en el área su abusivo sistema de dominación y explotación.

¿Cómo podría explicarse esta agresividad y esa política que, para muchos, sólo podría calificarse, simplísticamente, de insensata?

Los estrategas de la política global de los Estados Unidos están bien conscientes de que su país enfrenta dos gravísimos problemas. Uno, derivado de la crisis mundial que sufre el capitalismo y que en el orden interno de esa nación alcanza cada día proporciones insospechadas: inflación, recesión, desempleo, conflictos raciales, contradicciones internas entre los grupos de poder, graves contradicciones en el campo internacional con sus aliados, tanto en la esfera política como en la económica, etcétera. El otro problema, insoluble, es el ineluctable tránsito del capitalismo a socialismo, proceso que sigue las leyes inmutables de la dialéctica.

Para resolver el primer problema, los Estados Unidos se han embarcado en esa gigantesca carrera armamentista, con la cual pretenden, además, recuperar su rol ante «el mundo libre y cristiano», de primera potencia mundial invencible.

En cuanto al segundo problema han planeado superarlo y resolverlo de una sola vez, ¿cómo? desencadenando la Tercera Guerra Mundial. Esta macabra decisión la justifican de esta manera: si respetamos la coexistencia pacífica y apoyamos la distensión, por una parte; y si además, aceptamos la limitación de armas estratégicas y el famoso tratado SALT II y convenimos en no poner los cohetes en Europa,

en realidad habrá paz mundial. Luego argumentan, si hay paz mundial, mientras el campo socialista se expande y los movimientos de liberación antineocolonialistas crecen, nosotros, los Estados Unidos junto con nuestro sistema económico pasaremos al crematorio de la historia. Así, pues, concluyen que no hay otro camino que la guerra. Insensata solución que los revisionistas chinos apoyan con alacridad.

Afortunadamente, hasta ahora, la humanidad ha podido salvarse del holocausto nuclear, gracias al indestructible muro de contención del campo socialista que se halla respaldado por una inmensa capacidad defensiva militar. También debe pesar el hecho real de que en una guerra nuclear, sólo en los primeros minutos, los Estados Unidos sufrirían la muerte de más de 160 millones de habitantes.

2) *Política del imperialismo norteamericano y los regímenes latinoamericanos que lo apoyan*

Las fuerzas reaccionarias hoy instaladas en el gobierno norteamericano, son herederas y por ende sostenedoras del prepotente complejo doctrinario del conservadurismo, basado en una idea racista de superioridad, por la cual han pretendido ser poseedoras de «una herencia divina» que les invistió de un «destino manifiesto», como pueblo elegido por Dios, para llevar adelante sus absurdas pretensiones misioneras de dominación mundial.

Es con base en tales pretensiones que desde principios de este siglo hasta la fecha, hayan cometido toda clase de abusos e intervenciones, despojos territoriales y agresiones armadas contra nuestras naciones, imposibilitadas de oponerles resistencia armada adecuada. Sin embargo el cambio de la correlación de fuerzas internacionales, el auge de los movimientos independentistas, los triunfos de los heroicos movimientos de liberación, han sido determinantes para frenar, en gran parte, los excesos imperiales.

La gloriosa Revolución Cubana, no sólo los derrota en forma aplastante en Playa Girón, sino construye en su sue-

lo, a escasos ciento veinte kilómetros del Coloso del Norte el primer Estado Socialista en Nuestra América; luego sigue Granada y pocos meses después triunfa la Revolución heroica de Nicaragua. Y ahora, los pueblos de Guatemala y El Salvador se hallan en plena guerra popular contra sus verdugos internos, que el imperialismo sostiene, pero que no podrá mantenerles en el trono de su despotismo, ante el empuje irrefrenable de sus organizaciones político-militares y de masas, así como por la creciente solidaridad internacional, evidenciada —en el caso de El Salvador—, con el reconocimiento tácito de beligerantes que los gobiernos de México y Francia le han otorgado a sus organizaciones combatientes. Paso que indiscutiblemente seguirán muchos países en todo el mundo.

A pesar de todo ese panorama prometedor, en el Cono Sur, en Haití, en Honduras y, mencionemos especialmente a los gobiernos militares de Guatemala y El Salvador, todos esos regímenes no sólo apoyan la política intervencionista y agresiva de los imperialistas, sino que dependen de ellos para mantenerse en el poder. A cambio de tal protección han entregado a las trasnacionales estadounidenses, los recursos naturales y las riquezas del país, en condiciones vergonzosas y lesivas para los intereses de nuestros pueblos. Además ejercen contra ellos la más brutal represión, la cual, en los casos de El Salvador y Guatemala, se ha convertido en un verdadero genocidio, dirigido por expertos norteamericanos aplicando como ellos hicieron en Vietnam, el exterminio masivo de la población especialmente en las áreas rurales.

Este es en síntesis el apoyo mutuo que se dan entre sí los Estados Unidos y los verdugos de nuestros pueblos.

3) *Necesidad de un amplio frente latinoamericano y caribeño ante la situación actual. La solidaridad*

Es indiscutible que la formación de ese frente es una tarea de gran importancia e impostergable. Su acción no

debe limitarse a pronunciamientos retóricos o declaraciones intrascendentes por su falta de viabilidad. Un frente de tal naturaleza conlleva una gran responsabilidad histórica. Sus proyecciones deben trascender al mundo entero, para que así, todos los pueblos puedan saber a cabalidad la agresión y los esquemas de dominación que el imperialismo mantiene en nuestros países, directamente como el caso de Puerto Rico, o indirectamente a través de sus lacayos militares o civiles.

En Nuestra América la tarea primordial de ese frente debe ser la concientización de todas las juventudes, por todos los medios posibles, de la realidad actual que viven nuestros pueblos y explicarles también que si desde ahora no se preparan y luchan en todas formas —inclusive con las armas—, contra la dominación imperialista, a ellos les espera, quizás, un futuro de sumisión e ignominia mayor que el que sufren sus padres, por ejemplo en Haití o en Chile o en Guatemala. Naturalmente la solidaridad internacional debe jugar un papel de vital importancia, como lo ha demostrado ya en los casos de Cuba, Granada, Nicaragua y, ahora mismo, con El Salvador. Es una fuerza un arma invencible, cuando se pone al servicio de la paz, la distensión y los justos movimientos de liberación de los pueblos. Pero la solidaridad internacional, también debe ser más combativa que retórica. De lo contrario cae en los planes de la utopía.

4) *Medidas concretas que pueden y deben tomar los intelectuales para ayudar a reconquistar, en unos casos y a preservar y acrecer, en otros, la soberanía de Nuestra América*

El deber de todo intelectual que posea una conciencia revolucionaria o tan sólo progresista, es trascender del respetable sentimiento patriótico limitado por fronteras geográficas y defender la soberanía de todos los pueblos de Nuestra América dentro del marco de un verdadero internacionalismo, en este caso latinoamericano.

Así con esta nueva concepción, su tarea debe ser, además de la obligada defensa y preservación de la soberanía de su propio país, luchar por todos los medios a su alcance —el libro, el teatro, la música, la pintura, la poesía, la cátedra, etcétera—, en unas pocas palabras, poner la cultura que posee al servicio de nuestros pueblos cuyos países puedan estar o ser amenazados en sus derechos soberanos entendidos integralmente (territorio, riquezas y recursos naturales, autodeterminación e independencia, sobre todo la soberanía intelectual).

Esta soberanía implica la defensa cultural en todos sus aspectos, entre ellos, oponerse a la fuga de cerebros y la destrucción de nuestra identidad cultural.

MEDIDAS CONCRETAS QUE PUEDEN Y DEBEN
TOMAR LOS INTELLECTUALES PARA AYUDAR
A RECONQUISTAR, EN UNOS CASOS, Y A
PRESERVAR Y ACRECER, EN OTROS, LA
SOBERANÍA DE LOS PUEBLOS DE
NUESTRA AMÉRICA

Luis SUARDÍAZ

En los últimos tiempos son frecuentes las informaciones que dan cuenta de las gestiones del gobierno de Reagan encaminadas a comprometer a países de Nuestra América en empresas que únicamente beneficiarían a los señores de horca y cuchillo, a los guerreristas del Norte, como el envío de efectivos militares al Sinaí, en calidad de integrantes de las «fuerzas internacionales» que se enredarían en los turbios acuerdos de Camp David y contribuirían a reforzar la posición de El Sadat, lo que vale decir intervenir en contra de los pueblos árabes, del heroico pueblo palestino. De esa manera aquellos que en su patria desempeñan funciones represivas, extenderían su experiencia a lejanas regiones del planeta. Además, se habla con insistencia de dar vida a la llamada Organización del Atlántico Sur (OTAS), proyecto que anteriores administraciones norteamericanas idearon con el propósito de atar a los países bañados por las aguas de ese mar al carro de la guerra en beneficio de los monopolios.

En rigor, nadie como el frustrado actor del cine comercial yanqui reúne tantos requisitos para esos tejemanejes

encaminados a apuntalar las estremecidas columnas del imperio que por ahora administra. Posee un buen caudal de ideas propias el señor Reagan sobre nuevos métodos de represión, pillaje, vandalismo, pero se nutre también del impresionante arsenal que ocupa los archivos de las agencias ofensivas y represivas imperialistas, a las que se puede aplicar con toda justeza la irónica reflexión de Richard Kaufman —del Proximire Subcommitee— sobre una de las instituciones más tenebrosas de la historia, «los sistemas del Pentágono —dice— nunca mueren; invernan».

No es extraño que los mandatarios de Uruguay, Colombia y, por supuesto, Chile, enemigos de la democracia y la libre concurrencia, formen filas entre los primeros en aceptar ese plan que, entre otras cosas, uniría a los ejércitos de países de Nuestra América con Sudáfrica, y que persigue el fortalecimiento de la represión y nuevos planes de agresión contra países como Granada, Nicaragua y Cuba, donde la soberanía ha sido conquistada a costa de grandes sacrificios; y más aún: contra El Salvador y Guatemala, cuyas fuerzas populares ponen en jaque a la reacción interna y sus aliados. Un día no lejano los pueblos ajustarán cuentas con gobiernos —como los de Uruguay, Venezuela, Argentina y Colombia— que permiten maniobras provocadoras al estilo de la denominada «Ocean Venture 81», punta invasora de la OTAN en nuestras aguas, alarde de nuevos piratas que hallan entre esos increíbles servidores una sumisión que no lograron los antiguos colonizadores por parte de los prístinos habitantes de nuestras tierras.

No hace falta señalar que estos tratados, estas pretensiones intervencionistas están y van a estar a la orden en las agendas de la actual administración yanqui.

Una de las últimas monstruosidades que ha salido a la luz pública es el proyecto de establecer una base militar en la isla de la Tortue o El Mole de San Nicolás, territorio haitiano, para lo cual se pondrían en práctica las medidas pertinentes, negociando con, sin o contra el fatídico Jean Claude Duvalier, déspota Trívolo que ha continuado y acrecentado el régimen de terror instaurado por sus anteceso-

res. Como se recordará, Mole da San Nicolás fue un punto estratégico codiciado siempre por los yanquis, que hallaron entonces mayor resistencia en Haití que en la maniatada isla mayor de las Antillas, pero el triunfo del pueblo cubano conducirá en fecha no lejana a la recuperación de Guantánamo. Ante ese hecho irreversible, y, aprovechándose de la baja catadura moral de los gobernantes haitianos, piensan los imperialistas obtener ahora lo que antes no pudieron, y establecer así una base militar contra la soberanía de los pueblos caribeños. Los intelectuales no permaneceremos pasivos e indiferentes, denunciaremos cada vez con más fuerza estas agresiones, difundiremos por el mundo, en lucha abierta contra los monopolios de la información, los crímenes que a diario se preparan contra estos pueblos que «juntos se salvarán», porque juntos defenderán sus derechos.

Cada pieza del rompecabezas del Caribe y Centroamérica, cada incógnita despejada, conduce siempre a los mismos enemigos. Hace pocas semanas sufrimos la pérdida de un firme luchador por la estabilización, el rescate de la soberanía y el desarrollo del pueblo panameño: el general Omar Torrijos, cuya gestión reivindicadora se inserta en el amplio panorama de lucha en la América Latina. Todos recordamos cómo su infatigable gestión hizo posible que se iniciaran negociaciones encaminadas a poner el canal en manos de sus legítimos dueños. Sin embargo, nuestros enemigos alientan diversas formas de control de la Zona del Canal, y hablan de situarlo, si las negociaciones no les son satisfactorias, «bajo la protección de la Junta Interamericana de Defensa», con evidente desprecio de las razones del pueblo panameño y su probada capacidad de lucha.

Mas si los tratados y negociaciones intentan ahogar los derechos de las naciones y enajenar su porvenir, la intervención directa en conflictos internos aumenta incesantemente. No pasa un día sin que la prensa dé cuenta de hostigamientos, torturas, asesinatos que nos estremecen de indignación. En Centroamérica, corazón radiante del conti-

nente, se ejerce la violencia reaccionaria de un modo tan brutal que la mente humana se niega a dar crédito a las informaciones. En sólo un fin de semana de agosto se reportaron ciento veinte cadáveres de asesinados en El Salvador, setenta y nueve de ellos decapitados, incluyendo niños pequeños, treinta y nueve guatemaltecos corrían igual suerte, seis de ellos también decapitados. Campesinos, obreros, maestros, amas de casa, niños que en sus primeros pasos son víctimas de esta ola de crímenes perpetrados con el ánimo de atemorizar a los pueblos y prolongar lo que Martí llamó el «sometimiento infructuoso».

Y se fomenta la conspiración en aquéllos que han logrado expulsar a los tiranos del suelo patrio. Ahora mismo se entrenan a la luz pública antiguos miembros del ejército somocista y nuevos esbirros que desde Honduras pretenden invadir Nicaragua y detener el hermoso proceso revolucionario, lo que nos recuerda los prolegómenos de Playa Girón. Pero estamos seguros de que, de producirse un ataque, el imperialismo y sus gendarmes sufrirían una nueva y costosa derrota.

Justamente desde Tegucigalpa un congreso de economistas del área lanza un dramático SOS, anota en sus conclusiones que “la convulsa situación que vive la región centroamericana se debe a las injusticias y arcaicas estructuras”, reconoce que los pueblos de América Latina claman por una “segunda independencia, por condiciones sociales que permitan el trabajo, la educación, la salud, además de un futuro asegurado a las viejas generaciones”, y añade que esa es “la única forma de erradicar la indigencia en que vive la sociedad centroamericana actualmente”. Como vemos, el análisis de la situación lleva a estos profesionales, de varias procedencia y filiación, a calificar de anacrónicas e injustas las relaciones económicas imperantes. Un nuevo sistema económico se impone, dicen, como “necesidad histórica ineludible, pero no concebido como una simple adición de mercados controlados por los oligopolios extranjeros, sino como los esfuerzos de sus países para lograr su independencia económica y el bienestar de los pueblos”.

Concluyen los economistas afirmando que la grave situación por la que atraviesan esos pueblos propicia y demanda el surgimiento y desarrollo de la Revolución.

La afirmación pública en 1913 del presidente norteamericano Woodrow Wilson de que "un país es poseído y dominado por el capital que en él se haya invertido" funciona en este conjunto de naciones, ligadas por razones geográficas y culturales, tipos de cultivos y formas de producción. Mas, como advierte el congreso de economistas, la caducidad de las estructuras da paso a transformaciones radicales. Ya nos había señalado lúcidamente Lenin que:

Sólo cuando los inferiores no quieren vivir en el orden viejo, en tanto que los superiores no pueden vivir en el modo de antes, sólo entonces la revolución puede vencer. Esta verdad puede ser expresada —sigue diciendo Lenin—, en otros términos: la revolución no es posible sin la crisis de toda la nación (de los explotados como de los explotadores).

Son éstas las condiciones concretas que han llevado a la crisis actual. Ahora bien, ¿cuál es la respuesta del envejecido protagonista de películas de matones? El señor Reagan declara una y otra vez que continuará prestando ayuda militar y material a la junta que en El Salvador lleva a cabo un verdadero genocidio. ¿Cómo no recordar en semejante trance los versos afilados y precisos de un querido compañero, el salvadoreño Roque Dalton, delegado activo a muchos encuentros como éste, un revolucionario de tiempo completo que siempre estuvo dispuesto a respaldar sus teorías con la acción concreta? Me refiero a su poema titulado «OEA»:

El Presidente de mi país
se llama hoy por hoy Fidel Sánchez Hernández.
Pero el general Somoza, Presidente de Nicaragua,
también es presidente de mi país,
y el general Stroessner, Presidente de Paraguay,

es también un poquito Presidente de mi país, aunque menos que el Presidente de Honduras, o sea el general López Arellano, y más que el Presidente de Haití, Monsieur Duvalier, y el Presidente de los Estados Unidos es más presidente de mi país, que el Presidente de mi país, ese que como dije, hoy por hoy se llama Coronel Fidel Sánchez Hernández.

Ese que hoy por hoy, decimos nosotros, se llama Napoleón Duarte, y que no vacila en lanzar desde sus aviones fósforo blanco, esa caliente nieve asesina, contra las poblaciones desguarnecidas, el mismo que abre las fronteras a las fuerzas represivas de Honduras, en un inútil intento por frenar a los heroicos combatientes del glorioso Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Algunos, como el odiado Somoza, no tienen afortunadamente vigencia. Duvalier ha muerto, pero aún sufrimos a la bestezuela gorda de su hijo; Stroessner es un azote que se empeña en demoler toda forma de vida en la gigantesca «isla de tierra» que es Paraguay. Roque Dalton, como apuntábamos, entendió que el enfrentamiento directo era el modo de lucha que debía adoptarse, y aún alcanzó a advertirnos en su despedida:

No olvides nunca que los menos fascistas de entre los fascistas también son fascistas.

No lo olvidaremos.

La ciencia y la técnica guerrerista procrean a diario instrumentos de penetración, máquinas de muerte. La bomba de neutrones, que parece sacada de una enfermiza historietta de ciencia-ficción, es una amenaza fatalmente real, un monstruoso instrumento que expresa la filosofía del fascismo en la hora actual. Nuestra condena debe desbordar el marco de esta sala y llegar a cada hombre y mujer de la América Latina y el Caribe, pero también a los trabajado-

res norteamericanos, a los técnicos, a los científicos, a los escritores y artistas, para que de nuevo, como en los días de la acción genocida contra Vietnam, se levanten en su país y contribuyan a detener la mano asesina de un sistema que también desprecia sus vidas y sus ideales. Debe llegar a los cuatro puntos de la tierra, con la misma fuerza que nuestra condena a los regímenes tiránicos que día a día, de un modo menos refinado, con técnicas más rudimentarias, siegan vidas humanas en muchos de nuestros países. No podemos resignarnos a las largas listas de niños degollados que nos entrega la prensa cotidiana, ni contemplar pasivamente la fabricación de bombas neutrónicas o de aviones espías que, como los TR-1, juntan las técnicas de un aparato de reacción y las de un planeador, y puede remontarse con una tonelada de equipos electrónicos para escrutar, a más de veinte mil metros de altura, cada pulgada de nuestro territorio, de modo que los enemigos del género humano puedan saber dónde dejar caer la bomba, qué campo de cultivo o fábrica debe ser destruido preferentemente y cómo llevar a cabo con más éxito la guerra bacteriológica.

Nuestra lucha tiene que ser múltiple e incesante. Debemos condenar las condiciones que en países como Colombia permiten y auspician no sólo la venta de sangre sino el surgimiento de bandas criminales que en los últimos dos años entregaron más de tres mil niños a familias de los Estados Unidos y de Europa Occidental, y el hecho escalofriante de que más de quinientos de esos recién nacidos fueron arrancados a madres humildes, en los propios hospitales de maternidad, a las que se engañó diciéndoles que habían fallecido. ¿Dónde sino en las condiciones del capitalismo inhumano pueden darse escalofriantes situaciones como ésta?

No es posible que nos perdamos en el lento sueño de nuestras ocupaciones cotidianas sin advertir que el régimen de Pinochet que ha asesinado a miles de chilenos también ahora prepara el acto final de su entreguismo, la devolución a los antiguos dueños, los brutales explotadores, de la industria del cobre que tantos años de lucha tesonera costó

a la clase trabajadora chilena y al presidente Salvador Allende.

En cada país de la América Latina y el Caribe, dominado por los explotadores, sometido al imperialismo, una tarea espera por nosotros: luchar con todas nuestras fuerzas por transformar la sociedad. Y en aquéllos que ya han alcanzado la liberación, no es menos urgente y necesario el defender las conquistas y preservarlas. Naturalmente que esta tarea no es nueva y no nos viene impuesta desde afuera. Por fortuna la tradición de nuestros intelectuales se inscribe, mayoritariamente, en el haz luminoso de las luchas populares. Esa tradición se ha mantenido enhiesta en nuestra época, lo sabe el imperialismo, lo saben los reaccionarios, lo saben las fuerzas represivas. Por eso el trabajo literario y artístico es perseguido, hostigado, mutilado en numerosos países, porque constituye un arma en la lucha por la liberación nacional, una ocupación esencialmente revolucionaria.

Nuestra época se caracteriza por la inaplazable necesidad de transformar las estructuras políticas, económicas y sociales, por la instauración de un nuevo orden económico internacional que propicie a las grandes mayorías el acceso a formas de existencia verdaderamente humanas, pero esa realidad encuentra una oposición irracional por parte del imperialismo que está dispuesto a emplear medios de destrucción nunca imaginados, que proclama la guerra total y el genocidio, que ensaya diversas formas de desestabilización —es decir, conspiraciones, sabotajes, bloqueos, asesinatos— contra los gobiernos que trabajan por la paz y el desarrollo social, mientras simula preocuparse por los derechos humanos que a diario pisotea en su propia nación y en cualquier región del planeta adonde lleguen sus tentáculos.

El gobierno del presidente Reagan, a la vez que orienta el exterminio, el vandalismo, la represión, anuncia un plan de ayuda a las naciones del Caribe, una versión contemporánea, a escala menor, de la Alianza para el Progreso, con el propósito de sustentar únicamente a los regímenes impopulares y reaccionarios, mientras niega todo tipo de ayu-

da a los que no se doblegan ante el dólar, como lo demuestran las recientes medidas económicas contra Granada y Nicaragua.

Es necesario desenmascarar estas supuestas ayudas, condenar estos crímenes desde la tribuna, la cátedra, la prensa no sometida. Es necesario que nuestras obras expresen la esencia de nuestras tensiones, de nuestras luchas, de nuestros objetivos.

Este Encuentro constituye un acontecimiento relevante en la lucha por rescatar, conquistar o sustentar nuestra soberanía. Las experiencias que en conjunto compartimos nos indican que debemos mantener un contacto cada vez más estrecho, garantizar un intercambio de información que nos permita estar al tanto de lo que ocurre en cada palmo de Nuestra América, para de esa manera hacer más efectivas nuestras acciones. El imperialismo fomenta la desunión, la desinformación, las querellas internas, alienta todo tipo de diversionismo con el propósito de menguar nuestras fuerzas.

Nuestra respuesta debe ser enérgica, patriótica, eficaz. Todos los intelectuales progresistas de la América Latina y el Caribe, los que protagonizan los combates directos, los que desafían los regímenes tiránicos en la plaza pública y el trabajo clandestino, los que laboran tesoneramente en el exilio y los que realizamos nuestra obra en territorios ya liberados, tenemos el deber de juntar nuestros esfuerzos para que la magna obra de nuestros libertadores no quede inconclusa, para que la América de Bolívar, San Martín, Artigas, Juárez, Martí, Sandino, Ernesto Guevara y Salvador Allende alcance su definitiva y total independencia.

LA REVOLUCIÓN COMO REVELACIÓN

Eduardo GALEANO

1. Estas notas, que sólo quisieran ayudar al diálogo, nacen de un aspecto poco difundido de la experiencia revolucionaria de Nicaragua. Son reflexiones formuladas a partir de las perspectivas culturales que nos está abriendo, a todos los latinoamericanos, el fecundo y asombroso proceso de la revolución sandinista.

La guerra popular no sólo ha hecho posible el desmantelamiento de las bases de poder de la familia Somoza y la recuperación de los recursos naturales usurpados por el imperialismo. Además ha tenido formidables consecuencias en todos los planos, ha sacudido violentamente todas las ramitas del árbol de la vida y está haciendo brotar flores y frutos hasta ahora desconocidos para los propios nicaragüenses.

El rescate de la cultura popular y la revelación de la pluralidad cultural del país integran el proceso de *nicaragüización* de Nicaragua, tanto como las nacionalizaciones del sistema bancario, del comercio exterior y de las industrias básicas. El país ignoraba su propia cultura, o sólo conocía de ella el fragmento correspondiente a sus espléndidos poetas y a sus escasos centros de educación; y el país se creía reducido a las poblaciones de habla castellana de la costa del Pacífico. Tiempo de la revolución, tiempo del asombro; mucho más han descubierto los guerrilleros, en los años de la lucha armada, y los alfabetiza-

dores en estos últimos dos años, que los conquistadores españoles hace cuatro siglos y medio. Nicaragua se multiplica en extensión y en profundidad. Los muchachos de las brigadas de alfabetización han enseñado, pero sobre todo han aprendido: han conocido, por lo menos un poquito, los países secretos que el país contiene y se han asomado, en zonas donde la guerrilla no había llegado, a la ignorada sabiduría y a la insólita capacidad de hermosura de campesinos condenados a la muerte temprana por el hambre, la tuberculosis y la malaria.

A medida que se procesan los millares de *cassettes* que los alfabetizadores grabaron montaña adentro y en aldeas de remotos parajes, empieza a asomar el verdadero rostro cultural de Nicaragua. Rostro de rostros, perfil de perfiles: Nicaragua, país múltiple, es también la tierra de los indios miskitos, que todavía llaman «españoles» a los demás nicaragüenses, y es también la tierra de la cultura negra, de habla inglesa, de la costa Atlántica. La Revolución parte del respeto a esta pluralidad cultural: la campaña de alfabetización no es una campaña de *castellanización*, compulsiva y represiva, sino que se ha llevado adelante en los tres idiomas que constituyen el patrimonio lingüístico nacional. La unidad de la patria, tarea a realizar, tarea realizándose, no será pagada al precio del aplastamiento de las culturas «diferentes». Por primera vez, se las invita al diálogo en pie de igualdad, cada cual con su propia voz, y se empieza a saber que los mudos tenían mucho qué decir.

Este proceso de rescate y revelación, proceso de *nacionalización*, no culmina con la alfabetización y la recopilación de mitos, leyendas, cantares, testimonios de historia y vida y recetas de medicina popular. Aquí comienza. Desde esta etapa de «descubrimiento» y primera comunicación, que en realidad comienza en los años de la guerra, se *desencadena*, se arranca las cadenas, su prodigiosa potencialidad posible. La cultura estaba encerrada: socialmente, como privilegio de una clase; geográficamente, como monopolio de una región. Para romper esa doble jaula, y hacer posible el florecimiento pleno de la cultura nacional, se

necesita *integrar* materialmente el país, y Nicaragua, arrasada por la dictadura, el terremoto y la guerra, no puede inventar en un santiamén las carreteras y los puentes, las escuelas, los hospitales y las viviendas que tan inmensa tarea exige. Tampoco puede en un abrir y cerrar de ojos distribuir en gran escala productos de cultura, *ni medios de producción de cultura*, suficientes para canalizar la energía creadora y la voluntad de comunicación que la propia revolución despierta. La puesta en marcha del desarrollo en las regiones más sumergidas, la incorporación de legiones de desocupados al mercado de trabajo, el éxito de la campaña de alfabetización y el fervor con que se multiplican las escuelas, las publicaciones y los talleres de poesía, no impiden que una enorme distancia separe, todavía, a las necesidades de las posibilidades.

El proceso de unidad nacional y conquista de la identidad cultural resultará largo y difícil, lleno de contradicciones, erizado de dificultades; y hay que tener en cuenta, en este sentido, que las regiones tradicionalmente marginadas, Nicaraguas exiliadas en la propia Nicaragua, prácticamente no participaron en la guerra contra la dictadura de los Somoza y son hoy por hoy, por su atraso y aislamiento, las más vulnerables a la acción ideológica y militar del enemigo.

Pero me parece muy importante subrayar que a través de todos estos años de revolución sandinista, a lo largo de la guerra y sobre todo después de la toma del poder, *Nicaragua empieza a descubrirse a sí misma*. Había sido, antes, «descubierta» por otros, y ahora se va descubriendo a sí misma, sorprendida de verse por primera vez, en más de una dimensión simultánea, enriquecida y ampliada por la insurgencia de un pueblo que ha dejado de ser testigo de su propia desgracia y por el aporte de las ignoradas culturas de la minoría negra y la minoría indígena. La realidad plena había sido tradicionalmente escamoteada por el elitismo y el racismo de la cultura dominante, que siendo cultura de una clase y de una región, se llamaba a sí misma cultura nacional. Y a medida que el país va recuperando

su identidad múltiple y multitudinaria, recupera también su historia. Se *nacionaliza* el pasado, a partir de la resurrección de la figura, antes mentida y prohibida, de Augusto César Sandino.

2. América Latina constituye, todavía, un enigma a sus propios ojos. ¿Qué imagen nos devuelve el espejo de las culturas dominantes? Una imagen rota. Pedazos. Pedazos desconectados entre sí: un cuerpo mutilado, una cara por hacer.

Las culturas dominantes, culturas de clases dominantes dominadas desde afuera, se revelan patéticamente incapaces de ofrecer raíz, identidad y destino a las naciones que dicen representar. Son culturas cansadas, como si mucho hubieran hecho; a pesar de sus engañosos fulgores, expresan la parálisis de las burguesías locales, todavía hábiles para copiar pero cada vez más inútiles para crear. Amuralladas en grandes puertos y babilónicas ciudades, ignoran y desprecian la realidad nacional, o todo lo que en ella las contradice; y prácticamente se limitan a operar como correas de transmisión de las poderosas *estructuras de la impotencia* que el imperialismo ha montado, en escala mundial, para impedir que los pueblos sometidos piensen con su propia cabeza, sientan con su propio corazón y caminen con sus propias piernas.

En general, bien puede decirse que muchos centros de educación y casi todos los medios masivos de comunicación irradian mensajes traducidos, fabricados afuera y orientados a vaciar la memoria de América Latina y a evitar que se conozca a sí misma como realidad y se reconozca como posibilidad: la inducen a consumir y reproducir, pasivamente, los símbolos del poder que la humilla.

El proceso de honda transformación de Nicaragua está desenmascarando, como ya lo había hecho Cuba, dos piezas claves de este engranaje, *el elitismo* y *el racismo*, que niegan a las grandes mayorías el derecho a la creación y a la participación y mutilan una parte sustancial de nuestra memoria colectiva.

3. Nadie es, sospecho, demasiado diferente de la sociedad que lo genera. Los prejuicios que caracterizan a las culturas dominantes, interesadas en justificar y perpetuar la organización desigual del mundo, se reflejan también entre nosotros. Los intelectuales que decimos o queremos ser revolucionarios, o que al menos nos negamos a servir de cómplices a esa organización desigual y criminal, no estamos «vacunados» contra la ideología de la opresión. Quizás nuestra salud consista, como dice Juan Gelman, en saber que estamos enfermos —no mucho menos enfermos que el sistema que nos hizo y que quisiéramos ayudar a deshacer.

A menudo llamamos *folklore* a la cultura popular para ningunearla y reducirla al puro pintoresquismo, como solemos llamar *artesanía* a toda expresión de arte popular, para negarle la posibilidad de salirse de moldes mecánicamente repetidos. Sonrisitas perdonavidas aguardan al «artesano» que se crea «artista» y los indignadísimos maridos desenvainan la espada cuando cualquier tipo de la calle pretende besar a la señora Poesía. Yo no ignoro que estoy cometiendo pecado de demagogia y populismo al afirmar que uno de los más bellos poemas de amor de nuestro tiempo ha sido escrito por un anónimo preso político de mi país, el Uruguay, en una hojilla de papel de fumar:

A veces llueve y te quiero.

A veces sale el sol

y te quiero.

La cárcel es a veces.

Siempre te quiero.

De demagogia y populismo se califica toda tentativa de violar la propiedad privada de la palabra y romper el privilegio de la creación artística, como si fuera «natural» un orden social que condena a casi todos al silencio. No resulta sorprendente, por lo tradicional, el poco o ningún lugar que las publicaciones culturales editadas en América Latina destinan a la difusión de la cultura popular, o la cultura no profesional, o como quiera llamarse a los decires y

sentires de las clases oprimidas directamente expresados. Pero ocurre que las publicaciones de izquierda también ignoran, en general, la existencia de esa «otra» cultura, que sin embargo se manifiesta sin cesar en la vida cotidiana de la gente y en su inagotable capacidad de asombro, rebelión y picardía: escribimos *sobre el pueblo* y hasta *en nombre del pueblo*, pero rara vez compartimos con el pueblo los espacios de expresión que logramos conquistar. Actuamos, en general, como si el pueblo fuera mudo, aunque hagamos todo lo posible para que no sea sordo. En un orden social donde tienen dueño las fábricas y las tierras, las casas y las personas, también la cultura tiene dueño; pero se equivocan quienes creen que la cultura revolucionaria se reduce al trabajo de los intelectuales revolucionarios y que la cultura popular no es más que el eco degradado de la voz del amo.

La incorporación del género *testimonio* al concurso Casa de las Américas, en Cuba, y la multiplicación de los talleres de poesía en Nicaragua (más allá de las polémicas desatadas sobre su orientación) constituyen algunos de los muchos signos de cambio que nos ofrecen, en este sentido nuestras comarcas en revolución.

4. El desarrollo de las autonomías en España, impulsado sobre todo por la larga lucha de los vascos y los catalanes, y las recientes medidas de descentralización en Francia, han puesto en evidencia, una vez más, la crisis de un modelo de unidad nacional artificialmente impuesto. Miente la unidad nacional si se realiza al precio de la opresión de las culturas «diferentes», en función del dominio de una sola ciudad arrogante sobre el país en su conjunto.

A partir de las deformaciones de la época colonial, consolidadas durante el siglo pasado, América Latina padece un modelo super-centralista de organización del Estado, que tiene su núcleo en inmensos puertos o ciudades babilónicas. Desde esos centros, que imitan el modo de vida de las metrópolis extranjeras, se explota y se desprecia el espacio interior; desde esos centros operan las culturas dominantes

elitistas y racistas, para las cuales la realidad nacional es una gran espalda y una amenaza de barbarie: su tarea de represión y enmascaramiento sirve a los propósitos imperialistas de castración cultural. (Poco se ha difundido, aunque me parece muy revelador, el dato de que Cuba es el único país latinoamericano en el que las grandes ciudades no han crecido en los últimos veinte años —y eso en una región del mundo donde a fines de este siglo, según las apocalípticas profecías de los expertos, San Pablo tendrá 26 millones de habitantes y la ciudad de México 31 millones).

5. No existe ningún latinoamericano que no sea, en alguna medida, culturalmente mestizo. Somos todos frutos de mezclas culturales, sea cual fuere el color de nuestra piel —con la excepción, quizás, de algunas micro-civilizaciones indígenas todavía sobrevivientes, en estado puro, en la floresta amazónica. Pero desde la época colonial hemos sido todos entrenados para ignorar nuestra fecunda pluralidad, negando a dos de nuestras tres madres culturales, despreciándolas o reduciéndolas a la superficialidad pintoresca y al puro espectáculo. Esta negación de las culturas de origen no europeo, cotidianamente visible en todos nuestros países, resulta particularmente dramática en lugares donde esas «otras» culturas, que han perpetuado su perfil esencial, son mayoritarias. De cada diez guatemaltecos, pongamos por caso, seis son indios, pero en Guatemala la palabra «indios» se usa como insulto y un hombre puede marchar preso por el simple delito de no hablar castellano, porque para la administración pública y los organismos de justicia no existen las lenguas autóctonas. Mientras la dirección de turismo invita a visitar la tierra de los mayas, los nietos de los mayas, víctimas principales de la *guerra sucia* de la dictadura militar, son despojados de sus tierras y asesinados y arrojados a fosas comunes bajo lápidas que dicen: *NN*, que significa *Non Nato*, que significa *No Nacido*.

Como ocurre con el *elitismo*, el *racismo* de las culturas dominantes también impregna a nuestras sociedades en su

conjunto. ¿Cuántas veces hemos llamado o escuchado llamar *inculturas* o *culturas inferiores* a la cultura indígena y a la cultura negra y *dialectos* a sus lenguas? Cuántas veces hemos llamado o escuchado llamar *superstición* o *brujería* a las religiones originarias de América y África?

Se puede prohibir el agua, pero no la sed. Desde que la aventura colonial en las Américas convirtió a los indios y a los negros en esclavos del desarrollo europeo, sus culturas han sobrevivido al mayor proceso de aniquilación de la historia humana. Al cabo de sucesivas campañas de exterminio, esas culturas se han disfrazado y se han escondido y han recibido mil influencias, pero han mantenido viva su identidad y vivo su mensaje. Hoy día continúan brindando a toda América, y no sólo a Nuestra América Latina, *claves fundamentales de memoria y profecía*. Dan testimonio del pasado y a la vez encienden fuegos alumbradores del camino. Si tuvieran actualmente un interés meramente arqueológico, no seguirían siendo objeto de encarnizada represión, ni estaría el poder enemigo tan interesado en manipularlas para divorciarlas de la lucha de clases y de los movimientos populares revolucionarios.

En un mundo que reduce las relaciones entre personas a relaciones entre cosas, todos tenemos mucho qué aprender de la vitalidad y el amor a la libertad de las culturas africanas, que no divorcian el pensamiento de la emoción, y de la esencial alegría de religiones que exaltan el cuerpo humano en vez de condenarlo. En un sistema asesino de la tierra y de la gente, que envenena el aire, pudre el agua y aniquila la tierra, las culturas indígenas de América nos dicen que la tierra es sagrada porque sagrados somos nosotros, sus hijos, y contra la ley capitalista de la selva, que tiene a la codicia por virtud suprema, se alza el ejemplo de solidaridad de las comunidades indias, que ayer inspiraron a Tomás Moro para crear su utopía y hoy nos ayudan a descubrir la imagen latinoamericana del socialismo, que hunde en la tradición comunitaria su más honda raíz.

6. La más honda raíz: fecundo es el mensaje de los más antiguos hijos de nuestras tierras, los más castigados, los que tienen, como decía José Artigas, «el principal derecho»; y fecundo para todos, incluyendo a los países donde los indios han sido exterminados o reducidos a una minúscula minoría.

Pero que no se me entienda mal. El nacionalismo de derecha, que entra en la historia reculando, rechaza el marxismo por «foráneo» y cree que la cultura nacional se define por el origen de sus factores.

Si así fuera, pongamos por ejemplo, no habría cultura andaluza, porque los típicos patios de Andalucía vienen de la Roma imperial, las verjas y las cancelas de la Florencia renacentista, y los floridos mantones de la China de los Ming; los churros son árabes y el *cante jondo* resultó de la mezcla de música gitana, melodías árabes y cantos hebreos.

Fue un alemán que inventó el bandoneón, en el siglo pasado, con la intención de crear una especie de armonio portátil, útil para tocar música sacra en las procesiones de su país; pero el bandoneón se escapó de Alemania y antes de caer en las manos de Aníbal Troilo ya se había convertido en el más típico instrumento del tango rioplatense —cuyo cantor más importante, Carlos Gardel, nació en la ciudad francesa de Toulouse.

Los ejemplos podrían multiplicarse al infinito. Bien advierte José Juan Arrom que el cubanísimo daiquirí viene de la caña de azúcar que trajo Colón, del limón que llegó de Andalucía y de las técnicas extranjeras de elaboración del azúcar y el hielo. «Lo único nuestro», dice Arrom, “sería el haberlo combinado en una síntesis que es, como nuestra cultura, suma de factores provenientes de diversas zonas, y que aquí se han unido para formar algo nuevo, distinto, propio”.

En un ensayo vinculado con estos temas, Roberto Díaz Castillo menciona certeramente el caso de la cultura vietnamita actual, río de aguas allí nacidas y también llegadas de otras comarcas, como el budismo de la India, el confucionismo de China y el marxismo de Europa.

La cultura nacional se define por su contenido, no por el origen de sus factores, y cuando está viva cambia sin cesar, se desafía a sí misma, se contradice y recibe influencias externas que a veces la lastiman y a veces la multiplican y que suelen operar simultáneamente como peligro y como estímulo. Sería un acto de irrealidad y una estupidez reaccionaria proponer el rechazo indiscriminado de los aportes culturales europeos y norteamericanos ya incorporados a nuestro patrimonio y al patrimonio universal, reduciendo arbitrariamente esas culturas vastas y complejas a los mecanismos de alienación imperialista en ellas implícitos. El antimperialismo también padece enfermedades infantiles. La negación de lo que nos niega no tiene por qué implicar la negación de lo que nos alimenta. América Latina no tiene por qué renunciar a los frutos creadores de culturas que han florecido, en gran medida, gracias a un esplendor material para nada ajeno a la explotación despiadada de nuestros hombres y nuestras tierras.

7. Mil símbolos, mil razones y misterios, me dicen que soy gotita de cierta mar, puñado de cierta tierra, ladrillo de cierta casa por hacer: *la cultura nacional, identidad compartida, memoria colectiva, viene de la historia y a la historia vuelve sin cesar*, transfigurada por los desafíos y las necesidades de la realidad. Nuestra identidad está en la historia, no en la biología, y la hacen las culturas, no las razas; pero está en la historia *viva*. El tiempo presente no repite el pasado: lo contiene. Pero, ¿de qué huellas arrancan nuestros pasos? Las culturas dominantes mienten la historia y la encierran en los museos; nuestras clases dominantes, amenazadas, quisieran un mundo inmóvil.

En Cuba y en Nicaragua, la historia se ha fugado de los museos para realizarse en los campos y en las calles. Las revoluciones implican la recuperación de la memoria nacional, que es una clave de identidad. En diversas formas y en grados diversos, movimientos semejantes se habían desencadenado, en ese sentido, en México y en Bolivia, a partir de 1910 y 1952 respectivamente, y en Chile y en

Argentina durante los fugaces gobiernos de Allende y Cámpora.

En general, nuestros países, que se ignoran a sí mismos, ignoran su propia historia. El estatuto neocolonial vacía al esclavo de historia para que el esclavo se mire con los ojos del amo. Se nos enseña la historia como se muestra una momia, fechas y datos desprendidos del tiempo, irremediablemente divorciados de la realidad que conocemos y amamos y padecemos; y se nos ofrece una versión del pasado desfigurada por el elitismo y el racismo. Para que ignoremos lo que podemos ser, se nos oculta y se nos miente lo que fuimos.

Europa es el Universo. Poco o nada aprendemos del pasado pre-colombino de América y ni qué hablar del África, a la que conocemos a través de las viejas películas de Tarzán. Se nos enseña la historia de cada uno de nuestros países al margen de la historia de los demás; las sublevaciones indígenas y las rebeliones de esclavos negros se mencionan al pasar, cuando se mencionan, como episodios de mala conducta; los grandes procesos económicos y sociales no existen ni como telón de fondo y los héroes, hombres de bronce siempre ataviados de fiesta, actúan por inspiración divina, solitariamente; en el duelo entre el bueno y el malo, las masas cumplen pasivamente su papel de comparsas.

Así los niños de Puerto Rico aprenden que han nacido en una isla con demasiada gente y vacía de recursos, condenada a depender de una potencia extranjera desde que estaba habitada por indios tontos y haraganes; y muchos niños de Venezuela creen que Guaicaipuro, héroe de la resistencia indígena contra la conquista española, es nada más que el nombre de un trofeo anual de la televisión. En los textos de historia del Brasil, merece a lo sumo un par de líneas la experiencia de Palmares, donde los esclavos negros vivieron libremente durante todo el siglo xvii derrotando a las sucesivas expediciones militares de portugueses y holandeses; y en los textos argentinos se reduce la historia nacional a las dudosas hazañas del puerto de Buenos Aires.

En el Uruguay, se olvidan de que José Artigas encabezó la primera reforma agraria de América... Los ejemplos serían de nunca acabar.

8. A través de sus aciertos y sus errores, las revoluciones que están siendo anticipan una asombrosa realidad posible. ¿Qué ocurrirá cuando nuestras tierras ciegas se laven los ojos? ¿Qué imagen deslumbrante se alzarán al fin de los siglos del enmascaramiento y el terror, cuando la realidad deje de ser un misterio y la esperanza un consuelo? Cuando el poder sea de todos y la palabra también, nuestras tierras, ¿qué dirán? ¿Cómo será la síntesis de todos los colores y los dolores del hombre, en esta América nuestra de ternuras y magias y violencias?

Más temprano que tarde lo sabremos, porque nuestros pueblos están realizando la profecía de Chilam Balam, el que fue boca de los dioses, cuando en vísperas de la conquista española anunció que alguna vez se acabará el tiempo de la codicia y se desatarán las piernas, se desatarán las manos, se desatará la cara del mundo.

GUATEMALA, 1981

Luis CARDOZA Y ARAGÓN

Hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.

José Martí

1

Que mis primeras palabras sean para saludar, fraternal y solidariamente, la independencia de Belice, que solemnemente se proclamará el próximo 21 de septiembre de 1981. Las relaciones de nuestros dos pueblos, que ahora tienen los mismos enemigos, muy pronto devendrán perfectas de armonía y colaboración, para el mayor beneficio de ambos.

En primer plano de los problemas mundiales está lo que acontece en Centroamérica y el Caribe. Me centraré en mi pueblo, en Guatemala, a partir de 1954, cuando un proceso de moderadas reformas capitalistas fue interrumpido por la intervención por aire, mar y tierra, de los Estados Unidos: Eisenhower y Foster Dulles, con la complicidad de las oligarquías nacionales y del ejército que actuó según la política delineada por el general Maxwell Taylor: en nuestros países los ejércitos nacionales han de ser de ocupación colonial.

Hay un cambio brusco y nefasto en la política mundial por el ascenso a la presidencia (con sólo un 26% de la

población electoral), de Ronald Reagan. La tensión ha aumentado al erigir en ley la arbitrariedad. Se trata de imponer una supremacía por los caminos que supone aún viables, hasta donde hoy se imagina concebible, después del intento del nazismo.

No es en los títeres, en oligarquías y gorilas, en quienes deseo demorarme ahora. Desearía tocar el epicentro, el sol negro de donde brotan los programas de un «capitalismo decadente» (Raymond Aron), desesperado, diría por mi parte. En todos los campos se trata de un globalismo que, para que pueda ser económico, social, político, cultural, no hace una propuesta, sino proclama una determinación geopolítica y militar de hegemonía universal. Es a partir de este anacronismo que podemos entender los nuevos embates y el riesgo real e inmediato de la vietnamización de Centroamérica.

Entre Eisenhower y Reagan, como entre Foster Dulles y Alexander Haig, el paralelismo hace aparecer a los primeros como medidos. Reagan y Haig parecen dispuestos a intentar un liderazgo mundial, con la gastada salida de contener el comunismo. El coloniaje directo ha terminado. Ahora se lucha contra el nuevo. El destino mediato se está configurando en el Tercer Mundo, y, expresada por pueblos enteros, hay una lucha planetaria de clases.

Intencionalmente, mis notas las he organizado, en lo posible, más allá de una ideología precisa, con objetividad cerrada a los prejuicios, con el fin de advertir mejor que esta política se dirige contra la evolución abierta al porvenir. Para darse cuenta de esta conducta de la clase gobernante de los Estados Unidos, no es menester más que un poco de sentido común, de sentido moral y de respeto a la dignidad humana.

Las máscaras revelan, mejor que el rostro descubierto, la verdad profunda. Falsear la realidad por todos los medios, minuciosamente, a fin de atenuar los cargos que se hacen mundialmente a la provocación de los Estados Unidos, agudizada por la propia crisis capitalista: la tesis, tan infantil como perversa, de que nuestras revoluciones se deban

a conjuras foráneas, negando la centenaria realidad patente, es en absoluto insostenible.

No hay exportación de revoluciones populares; sí se exporta el terrorismo imperialista. La CIA puede informar al respecto. Las necesidades de libertad y de alimentación, de trato humano, se hallan en el aire, en la sangre y en los huesos centroamericanos, como otras similares estuvieron en Bolívar, en Juárez, en Martí, en Sandino.

Actualmente, en Centroamérica y el Caribe hay injerencia norteamericana, cada vez más amplia y sin embozos. El gobierno de Reagan ya no es posible verlo únicamente como un gobierno ultra conservador. Es un gobierno con una idea de imperio que, únicamente, puede sostenerla el capitalismo de los exterminadores de indios y de los linchadores de negros de ayer. Hay que considerarlo como lo que es: un peligro universal. Un gobierno que nos habla de una tercera frontera que ahora, de hecho, la tiene con el resto del mundo, en el fondo de los mares y más allá de la atmósfera terrestre. Con pretextos de seguridad y de proteger sus intereses, esta frontera es sideral.

El débil, el pequeño, tiene toda la razón y razona con verdades y fusiles. Así lo hacen El Salvador y Guatemala, con entereza, como ayer y hoy lo hace Nicaragua asediada. Lo que ocurre, en verdad, es crítico, en lo que atañe a Centroamérica y el Caribe, pero no puede ser zonal. Son problemas mundiales de la mayor gravedad. La amenaza contra la soberanía de Cuba, contra el derecho a la autodeterminación de nuestros pueblos, ahora es aún más intensa y manifiesta. Nicaragua está rugiendo su verdad y la de nuestros comunes enemigos. La batalla de Nicaragua es primordial batalla de América. Al mesianismo de la coca-cola un mundo lo enfrenta en todos los terrenos.

2

El aumento de la irracionalidad es palmario, como es palmario el desarrollo, no nada más de la resistencia nuestra, sino de la toma de justas, de nobles iniciativas. El

«capitalismo decadente» implantó y ampara el pillaje y la opresión y la tortura en nuestros países. Esos Estados Unidos son los creadores y el puntal del fascismo en el continente. He reiterado esta reiterada y obvia verdad.

Todo es permitido si es en beneficio de los Estados Unidos, de la escandalosa concepción de Reagan. Un gobierno es hostil si no admite que sea saqueado su pueblo. Esa concepción, el núcleo de sofismas, pretextos e intereses que determinan esa política, debemos escudriñar y exhibirlo en su cabal trascendencia. Si los genocidas sirven a esa pretensión de hegemonía mundial, son bienvenidos y, así, dan su apoyo a los peores gorilatos: los Estados Unidos son responsables directos, no únicamente cómplices, de la carnicería en Centroamérica.

Se ha visto que los gobiernos de fuerza, que las dictaduras, no han evolucionado, como pretenden los ideólogos del imperio, hacia sociedades menos despóticas. El fracaso de estos gobiernos ha quedado totalmente al descubierto por las revoluciones nacionales y populares.

La clarísima revolución centroamericana es anticolonial y propugna el derecho a la vida. Reagan encabeza un Estado colonialista y oligárquico contra Estados proletarios. El bloque socialista y la internacional socialista están estorbando sus maniobras y exponiendo sus atracos. Es notable la política exterior de México, basada en principios. Es también muy importante la creciente resistencia de varios sectores del pueblo norteamericano: debemos percatarnos de que tal política está movilizandó la opinión pública norteamericana, si bien la creo desinformada, en parte, en lo que respecta a Nuestra América. Qué arrogancia hay en el juicio de Reagan, fundado en la rapacidad, en la violencia y en el desprecio.

Lo que de obsoleto hay en tal intención, no le quita que esté colmando de duelo y dolor a Centroamérica. De acuerdo con la ONU, la OEA y Amnesty International, Guatemala es el país en donde el terror de Estado es más cruento y extendido. La condena es unánime, y total.

Hablo, he hablado del genocidio norteamericano en Gua-

temala; de esta prepotencia que irrespeta la cultura del mundo, con la complicidad de la oligarquía y de militares desnacionalizados. Las razones de las luchas revolucionarias son conocidas amplia y certeramente. El fascismo en país subdesarrollado, dependiente, vendido, trasnacionalizado, como Guatemala, posee violencia inaudita. A pesar de Reagan y de sus derechos humanos «ideologizados», nuestros gobiernos, casi inverosímiles, no pueden tener continuación.

Al tocar este punto, quiero configurar, sucintamente, la batalla de Guatemala. Vive mi patria, irrefutablemente, una revolución natural, recta y necesaria de toda necesidad. Ir contra ella es como querer negar la fuerza de gravitación. El origen de nuestros regímenes no puede ser más espurio: el modelo de dictadura militar para América procede de «la gloriosa victoria», 1954, de Foster Dulles.

Por vez primera en nuestra historia, después de cuatro siglos y medio de indecible cautiverio, los indígenas —más de la mitad de nuestro pueblo—, forman un solo bloque con obreros y burguesía consecuente. En suma, es el avance incuestionablemente democrático, masivo, más bello y fecundo, que podamos rememorar, que podamos imaginar los guatemaltecos.

Desde la Conquista, desde los días de Pedro de Alvarado en 1524, los indígenas, el pueblo más pueblo de Guatemala, no había tenido participación más consciente, más unitaria, más caudalosa y combativa, que la de hoy, pese a las muchas aldeas destruidas con napalm, como cualquier embajada española.

Y no son nada más los hombres quienes están derrotando a los esclavistas. Muchachas indígenas han dejado temporalmente sus trajes de mariposas o pájaros y se han puesto los pantalones y las botas de los guerrilleros y empuñan las armas.

Las posibilidades para dirimir pacíficamente los problemas quedaron cerradas, hace décadas, por las dictaduras. Esta participación comprueba que se trata de una revolución nacional, eminentemente guatemalteca. Es lucha de la civilización contra la barbarie. Los planteamientos, han sur-

gido de raíces ancestrales y las soluciones están arribando a nuestro futuro.

3

En la raíz del entendimiento de los derechos humanos que son «humanos» y son «derechos» cuando sirven al imperio, descubrimos el pánico ante la trascendencia histórica de la revolución centroamericana, que es crisis del capitalismo. En estos «derechos humanos» hay, además de inmensa deshumanización, agudo carácter racista.

Es evidente de toda evidencia que la valiosa participación de sacerdotes, monjas, catequistas y de la inmensa mayoría católica del pueblo en la revolución centroamericana, es debida a la necesidad impostergable de siquiera una justicia elemental. El evangélico apoyo militante, sañudamente perseguido, cuenta con no pocos mártires. Débese recalcar que no es sólo una solidaridad interior la que existe sino, también, una solidaridad internacional, de la mayor amplitud, de organizaciones religiosas.

Los analfabetos indígenas guatemaltecos, que por centenas de millares no hablan español, no están leyendo a Marx: es la persecución, el despojo de sus tierras en donde estaban asentados precolombinamente, la secular miseria extrema, lo que ha puesto en marcha su coraje, para reconquistar su dignidad y lo que de suyo es suyo. Todo lo demás que se diga son patrañas. Esta política de Reagan es una injuria y una calumnia al cristianismo universal.

El racismo también se manifiesta en la política interior, en el sentido oligárquico del Estado que defiende los intereses de las grandes finanzas, en una suerte de «imperialismo interno». Quieren que el pueblo de los Estados Unidos, como los demás pueblos, viva dominado por el capital, por el monopolio, por la transnacional. Por reducir o quitar servicios de asistencia social a los sectores desvalidos, medidas cuyos efectos comenzarán a sentirse en un año o más, aparecerán protestas y, a fin de contenerlas, en el Senado ya se estudian proyectos de leyes represivas.

En alguna parte, si bien recuerdo, de *Filosofía de la Historia*, Kant, nos dice que el hombre, con el poder de la razón, se proclamó amo de las especies y dispuso de la vida, de las pieles, de la carne de los animales. Hoy, con el «Destino manifiesto», con el poder de la sin razón, de la irracionalidad y del absurdo racista, la clase gobernante de los Estados Unidos quisiera disponer de la vida, de la piel y de la carne de nuestros pueblos.

4

Yo me temo, muy seriamente, que esta megalómana política convierta la intervención indirecta masiva que ya existe en Guatemala, en intervención directa, como en Santo Domingo en 1965. Podría significar la destrucción de Centroamérica. Serían gravísimas las consecuencias. Debemos, desde ahora mismo, pensar en ello, para evitarla y también para afrontarla. Debemos esforzarnos en que el pueblo de los Estados Unidos no se aduerma, como aconteció con Vietnam, hasta que despertó después de verter tanta sangre. Que toda Nuestra América sea en nuestros años, si el ataque ocurre, Playa Girón.

Decenas de Comités de Apoyo a Guatemala se han fundado en los Estados Unidos. Los hay en organismos obreros, en congregaciones religiosas, en las universidades, y se escuchan en el Senado voces opositoras a tal política. Una solidaridad internacional activa impediría muchas calamidades. “Mi idea es que si la gente depravada forma alianza y constituye una fuerza —leo en *La guerra y la paz*— la gente honrada debe hacer lo mismo”.

Entre las medidas concretas a tomar para detener este conflicto, este riesgo de una conflagración, nuestro llamado debemos dirigirlo, fundamentalmente, al pueblo de los Estados Unidos. A la conciencia democrática norteamericana que no puede olvidar Vietnam y conoce las centenas de intervenciones en Nuestra América.

Propongo que en todo el mundo, en América, en Europa, en África, en Asia, en Oceanía pero, sobre todo, en cada

punto cardinal de los Estados Unidos, se organicen encuentros como éste en los cuales se estudien los temas que han ocupado a nuestra reunión.

Crear mayor conciencia de estos problemas es necesidad apremiante y, en mi parecer, de manera esencial, en los Estados Unidos. Nunca se ara en el mar. Un país, un gran país avanzado como los Estados Unidos es, sin embargo, para desgracia del mundo, un país cuyas masas son políticamente atrasadas.

Si la propuesta amerita ser escuchada, pienso que de inmediato hay que ponerla en marcha. Y pienso que se puede hacer, no nada más con el apoyo de personalidades sino, también, de instituciones, de escuelas universitarias, de centrales obreras y sindicatos, de organizaciones eclesásticas y culturales diversas.

Queremos que surja ya el tiempo de la inteligencia, de la justicia y de la libertad. El tiempo de la sensatez y de la paz. Queremos vivir la razón.

La razón superior del hombre es servir a los demás. La finalidad del hombre es el hombre, no la plusvalía.

LA LUCHA LIBERADORA DE EL SALVADOR:
UN DESAFÍO A LAS PRETENSIONES
IMPERIALISTAS DE REAGAN

Claribel ALEGRÍA

Parece una ley histórica el que cada lucha de liberación nacional se vea obligada a vencer obstáculos cada vez más difíciles que los anteriores.

Sin querer en absoluto minimizar el ejemplo glorioso de los veteranos del Movimiento 26 de Julio, que nos indicaron la ruta para la liberación nacional, es un hecho histórico que sus columnas guerrilleras lograron bajar de la Sierra Maestra a fines de 1958, derrocando a la dictadura batistiana, sin el apoyo de una insurrección nacional y sin tener que enfrentarse con la oposición abierta de los Estados Unidos.

Veinte años más tarde el FSLN en Nicaragua tuvo que vencer las formidables técnicas contrainsurgentes que empleaba Somoza, organizar al pueblo contra la dinastía familiar y coordinar la huelga general, la insurrección nacional y la ofensiva final de sus columnas estratégicas móviles en seis distintos frentes internos, mientras en el frente diplomático internacional paralizaba el apoyo encubierto de los Estados Unidos para mantener a Somoza en el poder.

Hoy día, a sólo dos años del triunfo sandinista, mi país, El Salvador, después de cincuenta años de represión militar, se encuentra comprometido en una lucha aún más difi-

cil, más compleja y más sangrienta, para conseguir su liberación e imponer su derecho a la autodeterminación.

El obstáculo más grave que encuentran las fuerzas populares salvadoreñas es la intervención descarada y creciente de los Estados Unidos, desde que la Junta Militar depuso al general Romero de la presidencia, con el beneplácito del presidente Carter en octubre del 79.

Sin esta intervención para sostener un régimen que se encuentra en la bancarrota política y económica, el FMLN-FDR ya habría triunfado, y a estas horas tendríamos un Gobierno Democrático Revolucionario en San Salvador.

Las fuerzas político-militares del FMLN-FDR y el grado de organización y autodefensa del pueblo, han crecido de manera constante, desde que lanzaron la ofensiva general en enero de este año. Mientras escribo esto, las fuerzas revolucionarias mantienen en jaque a las fuerzas armadas de la Junta en trece de los catorce departamentos de El Salvador.

Esto demuestra la fuerza y determinación de lo que el presidente Reagan caracteriza como a «pequeños grupos de terroristas».

Es un cuento viejo y trillado. En 1915 el secretario de guerra de los Estados Unidos, caracterizó a Emiliano Zapata como a un bandido mexicano. Trece años más tarde, el presidente Coolidge le aplicó el mismo epíteto a Augusto César Sandino, el General de Hombres Libres, que luchaba contra la ocupación yanqui en Nicaragua.

En aquel entonces la «amenaza bolchevique» venía de México, que después de ganar su revolución, intentaba imponer la nacionalización de su subsuelo. Hoy en día, según Reagan, el FMLN-FDR está integrado por terroristas y la conspiración internacional, dirigida por Cuba y la Unión Soviética

Sandino tuvo una respuesta certera para los que lo acusaban, una respuesta tan válida hoy para Reagan, como lo fue para Coolidge en 1928. En una entrevista con el periodista norteamericano, Carleton Beals, dijo:

Nosotros no somos más bandidos de lo que fue Washington. Si el pueblo americano no se hubiera embotado para la justicia y para los elementales derechos de la humanidad, no olvidaría tan fácilmente su pasado cuando un puñado de soldados harapientos, marchó a través de la nieve, dejando huellas sangrientas tras de sí, para ganar la libertad y la independencia. Si sus conciencias no se hubieran endurecido por el enriquecimiento material, los americanos no olvidarían tan fácilmente que una nación, tarde o temprano, por débil que sea, obtiene su libertad y que cada abuso del poder apresura la destrucción del mismo que lo dirige.

Me gustaría pensar que «el oficial de Sandino» que Carleton Beals cita como interviniendo en la entrevista, hubiese sido Agustín Farabundo Martí, nuestro héroe nacional y precursor de la lucha de liberación de mi país. En aquel entonces Farabundo Martí luchaba al lado de Sandino en Las Segovias como miembro de la plana mayor y secretario personal del General de Hombres Libres. La cita tiene todo el estilo y la concisión del futuro máximo dirigente salvadoreño.

Volviendo al presente, para mí está claro que el superpatriota Reagan, si hubiese vivido en tiempos de la Guerra de Independencia estadounidense, habría sido un obcecado «Tory»: defensor incondicional de los intereses imperialistas del rey Jorge III de Inglaterra.

No creo que Reagan y sus consejeros sean tan ignorantes como para no poder distinguir entre «pequeños grupos de terroristas» y un ejército de liberación nacional. En ninguna parte del mundo que yo sepa, los gobiernos combaten el terrorismo con helicópteros artillados, fósforo blanco y una masacre indiscriminada de mujeres, niños recién nacidos y ancianos.

No. Ellos saben que eso es mentira. Saben que la Junta Militar-Democrisiana no es ni moderada ni reformista, que es el terrorismo institucionalizado, y que «los grupos para-

militares de ultraderecha», no son sino los mismos miembros de los cuerpos de seguridad sin uniforme.

También saben que las revoluciones no se exportan, salvo por su ejemplo y, como dice Tomás Borge, «no hay aduana que pare el ejemplo».

Mi país estaría en pie de lucha contra 50 años de explotación y terrorismo oficial, aunque no existiera la Unión Soviética, Cuba o Nicaragua Libre.

Lo que sucede es claro para cualquiera que recuerde los acontecimientos de la última década. Los Estados Unidos están sufriendo una erosión acelerada de su anterior hegemonía mundial. Reagan ganó las últimas elecciones presidenciales con la promesa chauvinista de restablecer el poder imperial de su país.

Ahora se encuentra involucrado en una serie de contradicciones insolubles en el Golfo Pérsico, en el Oriente Medio, en la OTAN con la resistencia de sus aliados a la bomba de neutrones y los Euro-cohetes y en la propia economía interna de los Estados Unidos. Tenía que buscar una presa aparentemente fácil para lograr una victoria contundente. ¿Qué blanco más perfecto que mi pequeño y sufrido país?

El Salvador, rodeado por las dictaduras militares de Honduras y Guatemala, que como todos sabemos son peones incondicionales de la Casa Blanca, parecería fácil de aislar. Es un país de solo 20 000 Km², sin terreno propicio para la guerrilla tradicional. Tiene un gobierno impuesto y sostenido por los Estados Unidos. Todo perfecto. Sólo faltaba difundir la mentira de que la lucha salvadoreña se debe a una conspiración cubano-soviética. Tampoco ese era un gran problema. Los Estados Unidos controlan el 70% de las trasnacionales informativas y no había inconveniente para difundir un fabricado Libro Blanco que apoyara dicha tesis.

Sin embargo, tropezaron con el primer escollo: los gobiernos europeos, latinoamericanos y del resto del mundo, se negaron a aceptar la tesis simplista de Reagan. No les entusiasmaba darle luz verde para que aplastara una lucha de liberación heroica y justa. Tampoco les entusiasmaba

el lenguaje bélico de Reagan o su determinación de arrastrarlos a un recalentamiento de la vetusta guerra fría.

A pesar de los helicópteros artillados, los consejeros militares y todo el armamento bélico que Reagan envía a la Junta salvadoreña, a pesar de los operativos de cerco y aniquilamiento que el ejército emplea contra las guerrillas y contra la población civil del campo, las fuerzas revolucionarias aumentan en número y en capacidad militar y pueden defender sus zonas liberadas en distintos departamentos del país.

La situación actual es peligrosísima. Reagan está empeinado en obtener un triunfo militar en El Salvador. Se ha jugado su imagen pública de sheriff del viejo Oeste, su prestigio nacional y su falaz visión del mundo, y aún así, su proyecto salvadoreño no prospera. Hay un evidente peligro de vietnamización en el conflicto centroamericano, si los Estados Unidos optan por una intervención directa.

La importancia de la lucha salvadoreña para el resto del Tercer Mundo, para los países no-alineados y para las fuerzas liberadoras en todo el planeta, es incalculable.

Si los Estados Unidos logran aplastar al pueblo salvadoreño, aplicarían la misma receta en el resto de Centroamérica y en el continente entero, en un esfuerzo parecido al que hizo el Rey Canuto, para detener el flujo histórico de liberación nacional y progreso pacífico.

La tarea primordial recae sobre las espaldas del pueblo salvadoreño y su vanguardia, el FMLN-FDR. Ellos saben perfectamente que hay que mantener la resistencia armada y la ofensiva estratégica para sangrar y agotar a las fuerzas represivas.

En los últimos meses ha tomado vigencia la consigna revolucionaria, trágica, pero a la vez alentadora, de «Donde caen cien, nacen mil». La campaña genocida de la Junta durante los últimos dos años ha sembrado dientes de dragón a lo largo y lo ancho del territorio nacional. Mi gente ha aprendido que si no ejerce la autodefensa armada y la violencia coordinada contra el enemigo, va a morir masacrada. Los jóvenes de ambos sexos, víctimas de la triste-

mente célebre «Operación Herodes», han aprendido que el lugar más seguro para ellos es en las filas de la guerrilla.

En los grupos político-militares y organizaciones de masa, divididos hasta el año pasado, el fragor de la batalla contra el enemigo común y la praxis de la lucha armada, les ha demostrado que sólo la unidad monolítica y cada vez más inquebrantable, les puede asegurar la victoria bajo la bandera del FMLN-FDR.

Hay señales inconexas pero esperanzadoras de que la elección de Ronald Reagan señaló el punto extremo en la marea reaccionaria mundial. Su propia intransigencia está creando un clima de desconfianza que puede muy bien cuajar en una coalición internacional contra las ambiciones imperialistas de los Estados Unidos.

Examinemos algunos de los indicios:

Primero, los aliados europeos de los Estados Unidos insisten en negociaciones con la Unión Soviética en vez de en una nueva carrera armamentista.

Segundo, con el ataque israelí contra el reactor atómico iraquí, la política árabe de Reagan ha fracasado y las consecuencias son imprevisibles para su programa energético.

Tercero, no se necesita ser economista para prever que los Estados Unidos van a encontrarse con contradicciones insalvables y una inflación creciente, si pretende reducir los impuestos y aumentar vertiginosamente los gastos para armamentos.

Cuarto, la elección de Mitterand en Francia no sólo trae un nuevo y poderoso aliado a la lucha popular salvadoreña, sino a la vez fortalece las fuerzas progresistas en toda Europa. Los cancilleres de México y de Francia hicieron hace unos días un llamamiento para que se reconozca internacionalmente a las fuerzas guerrilleras si es que se busca una solución política para el conflicto. La perspectiva de una victoria socialista en Grecia aumenta todavía más esa tendencia.

Quinto, en el Cono Sur de nuestro continente, las dictaduras militares que hace un año parecían inmovibles,

se sienten vulnerables por primera vez. Después de que el Gral. Videla desarticuló la industria nacional de Argentina, entregándole el país a las empresas transnacionales, su sucesor, el Gral. Viola no encuentra salida alguna para detener una inflación que alcanza el 120% anual, prevenir las sucesivas depreciaciones de la moneda, el desempleo creciente, y pagar una deuda externa que ya alcanza los treinta mil millones de dólares.

En Uruguay, los generales aún no han sabido reaccionar contra el resultado desfavorable del plebiscito que ellos mismos organizaron el año pasado. El alto mando en Bolivia se está tambaleando ante sucesivos golpes de estado para ver quién se aprovecha del tráfico de cocaína. En el Chile de Pinochet hay huelgas en las minas de cobre y crecientes evidencias de descontento popular.

Reagan está encontrando, como todos sus antecesores, que los Estados Unidos no son omnipotentes. Entre promesa y hecho hay mucho trecho.

Mientras tanto, la vanguardia de mi país está consciente de la responsabilidad revolucionaria que ellos sobrellevan, no sólo para El Salvador, sino para todos los países en vías de liberación. Junto a su pueblo seguirán adelante, inclaudicables, imitando el ejemplo de Cuba, Nicaragua y Granada.

En esta encrucijada histórica, les corresponde a los gobiernos y a las organizaciones progresistas de todo el mundo, solidarizarse con la lucha heroica y abnegada de mi país para alcanzar su soberanía nacional, la autodeterminación, la justicia social y el respeto a los derechos humanos.

**REVOLUCIÓN O MUERTE — EL PUEBLO ARMADO
VENCERÁ**

DISCURSO PRONUNCIADO POR ERNESTO CARDENAL

Ministro de Cultura de la República de Nicaragua en la clausura del Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, el día 7 de septiembre de 1981.

Compañero Ministro de Cultura Armando Hart.

Compañero Mariano Rodríguez, Presidente de la Casa de las Américas.

Compañeras y compañeros:

Es difícil hablar de último en este evento en que se ha dicho tanto por personalidades tan importantes, comenzando por el discurso de inauguración del compañero Ministro Hart, en este evento en el que no sólo se ha dicho tanto, sino que —yo diría— se ha dicho todo. El compañero Ministro Hart me ha encargado las palabras de clausura pero supongo que él no espera de mí —ni ninguno de ustedes esperará— palabras nuevas, después de todo lo que se ha dicho aquí. No me queda más que repetir, pero eso es lo que tenemos que hacer todos cuando nos vayamos de aquí, repetir y repetir.

En primer lugar a mí me toca ahora, repetir una vez más la importancia de este evento. Su importancia, primero por ser en Cuba. Todo lo que es en Cuba tiene importancia en América Latina y el mundo. La sola palabra «Cuba» lo dice todo. Es el primer país que se independizó realmente

en el Nuevo Mundo. El que ha desencadenado los movimientos de independencia absoluta en el continente. Empezó con doce hombres en la Sierra Maestra, que cambiaron el destino de Cuba y de América Latina y cambiaron la historia.

Es importante también este evento por la circunstancia internacional ominosa, mejor dicho preapocalíptica que vivimos. Es una película en la que el cowboy encañona al indio con su pistola, pero es una película que es realidad.

Para citar nada más el caso de nosotros los nicaragüenses, nos amenaza en todas formas, con estrangulación económica, con bloqueo, se nos niegan los préstamos, se nos negó el trigo, se entrenan ex-guardias somocistas en Miami y en muchos otros lugares de los Estados Unidos.

Vengo de un viaje a Libia, a donde fui integrando una delegación que encabeza el Comandante Daniel Ortega, Coordinador de la Junta de Gobierno de Nicaragua, para la celebración del 12o. Aniversario del triunfo de la Revolución Libia y poco antes de salir, la Junta de Gobierno de Nicaragua recibió un mensaje de Washington diciendo que sería mal visto que el Comandante Daniel Ortega viajara a Libia y que si iba que se atuviera a las consecuencias. El Comandante Daniel Ortega fue a Libia y contó además este mensaje de Washington en un discurso en la plaza pública, lo cual demuestra nuestra determinación de ser independientes cualquiera que sean las consecuencias y de luchar por defender esta independencia hasta las últimas consecuencias.

Y también es importante este evento por la importancia de tantos intelectuales aquí reunidos. Es algo que nunca se había dado en la historia de América Latina.

Roberto Fernández Retamar una vez había dicho que en Cuba la vanguardia intelectual no había estado a la par que la vanguardia política, había estado retrasada. Sin embargo, yo creo que ahora, en América Latina, los intelectuales están siendo también vanguardia a la par de la vanguardia política y la prueba está: este Encuentro.

Esto nos exige sacrificios, para algunos tal hasta dejar

de escribir, lo cual no es lo mejor, pero morir tal vez no es lo mejor y nos puede también tocar morir por la liberación.

El compañero Armando Hart evocó el gran número de intelectuales mártires incorporados a la inmensa legión de mártires de América Latina y los que sufren o han sufrido prisión y los que están en el exilio. Jamás se había visto tanto compromiso político de escritores y artistas en Nuestra América. Y esto es propio de América Latina, porque en Europa siguen por lo general con el arte por el arte.

También en Estados Unidos hay una corriente importante de intelectuales con compromiso social y político y son aliados nuestros.

Voy a plagiar aquí a un escritor norteamericano, Richard Peck. Podría decir citarlo, pero creo que la recuperación intelectual es tan legítima como la recuperación de bancos. Lo que tomo de él es lo siguiente:

En un prólogo de una antología en que presenta una interesante poesía de protesta, dice él que la poesía antes tenía límites muy estrechos, por ejemplo, las lápidas de los sepulcros, o una declaración de amor, pero que ahora no hay límites de temas en la poesía. El tema de un titular a ocho columnas de un periódico puede inspirar un poema, incluso el poema puede ser más verdadero que un titular de periódico. Esa es una novedad de la poesía contemporánea, el que trata de temas contemporáneos, los mismos temas de los periódicos. Y antes no fue así. No fue así en China, no fue así en la Europa de la Edad Media, en parte porque no había periódicos. La poesía se suponía no era para tratar problemas sociales y económicos, con ciertas excepciones, como Dante. Y esto se puede decir también de la literatura contemporánea y las artes. Y se puede decir también de los teólogos. Es interesante que hubieran aquí teólogos invitados a este Encuentro.

Creo que es muy claro el que tiene gran importancia la participación de los cristianos en la Revolución, pero esto va más allá. Tenemos en América Latina numerosos cristianos integrados al marxismo, marxistas. Pero también va a haber una unión de los cristianos revolucionarios y el Is-

lam revolucionario que va a ser una unión del mundo árabe y de América Latina además.

El cristianismo y el Islam que por siglos pelearon entre sí guerras santas se unirán, se unirán los cristianos revolucionarios y los musulmanes revolucionarios para una guerra santa contra el imperialismo y lo mismo se puede decir del budismo. Y esta unión será de cristianos, de musulmanes, de budistas con el marxismo.

Esto es para defender el mundo, los que estamos aquí reunidos somos herederos todos de los visionarios, los filósofos, los místicos, los poetas y sabios que a través de los siglos han querido cambiar el mundo. Somos constructores del futuro, con la nostalgia del futuro, la nostalgia del paraíso, que no está en el pasado sino en el futuro. Somos realizadores de sueños y debemos defender este sueño hecho realidad en Cuba y el de Nicaragua, y el sueño por el que se pelea en El Salvador y en Guatemala, los sueños del Cono Sur ahora en tinieblas y de todos los movimientos de liberación de América Latina. Es la defensa de la cultura que es lo mismo que decir la defensa de la soberanía. No hay cultura plena sin plena soberanía.

En Nicaragua hemos tenido la experiencia de un enorme renacimiento cultural con el triunfo de la Revolución. Ahora escriben poesía, muy buena poesía moderna, obreros, artesanos, miembros de las fuerzas armadas, del ejército y de la policía. Tenemos muchísimos grupos de teatro de campesinos y de obreros y esto empezó aún antes del triunfo de la Revolución, empezó con la insurrección en las barricadas, muchas veces la mano que empuñó un fusil fue la mano que también rasgó una guitarra. Y en El Salvador ahora está habiendo muchos cantos, los cuales son anuncio de victoria. Es como oír en la oscuridad cantar los gallos. Están matando allí a los jóvenes —únicamente por ser jóvenes— como pasaba en Nicaragua y aparecen los cadáveres con los ojos sacados, la lengua cortada, los genitales arrancados, como pasaba en Nicaragua y los campesinos matados, únicamente por ser campesinos. Y Guatemala bajo el imperio de las escuadras de la muerte. Y todo esto lo está haciendo

el imperialismo para que El Salvador y Guatemala no sean como es Nicaragua ahora. Pero hay algo peor, lo están haciendo también contra Nicaragua, porque están queriendo que en Nicaragua vuelva a existir lo que hubo antes y lo que hay ahora en El Salvador y Guatemala. Y otro crimen del imperialismo que nos están dividiendo en Centro América, los pequeños países hermanos. Y hablando de crimen, la muerte de ese gran estadista y revolucionario —y también un intelectual— y para mí un poeta, Omar Torrijos, es evidentemente un crimen.

Es evidentemente un crimen y él es un mártir más de la liberación de América Latina. En Nicaragua sabemos muy bien que somos simplemente una trinchera ganada, un territorio liberado. La Revolución es una sola y somos un solo pueblo toda América Latina, con más unidad que la que tiene el mundo árabe y tenemos también a América Latina dentro de los Estados Unidos como nos lo hicieron ver aquí los hermanos chicanos.

Los pieles rojas alrededor del fuego por las noches dicen en un poema: "Qué haremos con estos pensamientos". Eso es lo que nosotros debemos de decir aquí: "Qué haremos con estos pensamientos".

Concretar las ideas, pasar de la palabra a la acción. Lo que aquí ha acontecido es algo que apenas empieza y que de ahora en adelante va a continuar y el Segundo Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América podrá ser en Nicaragua.

Empezó todo esto, digo yo, con doce hombres que derrotados entraron a la Sierra Maestra, allí dicen que dijo Fidel: «Ya se jodió Batista». Y no sólo Batista, el imperialismo.

Allí tenemos ahora el país pulgarcito de Roque Dalton, que es un ejemplo de cómo los países más chiquitos pueden enfrentarse al más armado de la tierra. Granada es una islita casi del tamaño de una isla que hay en el lago de Nicaragua con unos 200 mil habitantes, una islita sola en medio del océano desafiando al poderío de los Estados Unidos.

Bueno, y tenemos todo el Tercer Mundo. Debemos poblar —como decía Vallejo— de poderosos débiles el mundo. Las revoluciones brotan en todas partes. En Libia donde acabo de estar, Khadafi amenazó con bombardear cualquier barco cargado de arsenal nuclear que se acercara a las costas de Libia y con quemar el petróleo de Arabia Saudita y después el de la misma Libia, y se declaró allí que Libia sería el centro de las operaciones contra el imperialismo que se realicen en todo el mundo.

La lucha pues, es más que internacional, es mundial, el Ayatollah Khomeini me dijo a mí que todas las revoluciones son una sola y que cuando todo el mundo, todo el globo fuera liberado, entonces, todos los hombres y mujeres y niños del globo marcharían agarrados de la mano.

Sabemos poquísimo del átomo y menos aún de las estrellas, pero entre el microcosmos y el macrocosmos tenemos un papel que jugar. Tenemos un papel en el Cosmos. Tanto la Biblia como el Marxismo nos dan la seguridad de que nos dirigimos hacia un universo perfecto, sino no tendría sentido el universo, sino no tendría sentido esta Revolución Cubana y bien sabemos que lo tiene. Aunque para lograr totalmente lo que Lenin denominó el asalto al cielo, tal vez —digo yo— haga falta tanto tiempo como el que ha transcurrido desde el Homo habilis hasta nosotros.

Pero tenemos que trabajar mucho los intelectuales como los más esforzados de aquéllos del Homo habilis, se trata de defender a América Latina y se trata de defender también a la especie humana, se trata de defender a todas las especies de seres vivos del planeta, de defender al planeta mismo. La defensa es la paz.

ANEXOS

DECLARACIÓN FINAL

Los participantes en el Primer Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, convocado por la Casa de las Américas y celebrado en La Habana del 4 al 7 de septiembre de 1981, hemos reafirmado el carácter indispensable de nuestra unidad y precisado el sentido de nuestras responsabilidades en estos momentos difíciles. A fin de darle continuidad a esta acción hemos considerado necesario crear un Comité Permanente integrado por personalidades representativas de nuestra cultura.

Ahora, cuando el gobierno de los Estados Unidos amenaza no sólo con reimplantar en nuestro continente la política anacrónica del garrote, sino que prepara sus armas para una nueva guerra de devastación mundial, los intelectuales de Nuestra América estamos obligados a extremar el compromiso con nuestros pueblos, y en especial con los que se están enfrentando con más heroísmo que recursos a la opresión inmemorial.

Hace tiempo que la nuestra dejó de ser una comarca abierta a los desafueros de los imperios metropolitanos. Los pueblos están conquistando ahora su derecho a la palabra, y a nosotros nos corresponde la muy alta responsabilidad de articularlo y defenderlo. El enemigo también lo sabe, y por ello ha puesto todo el poder de su imaginación represiva al servicio de una desalmada operación de genocidio cultural. Es éste el sentido de la sistemática campaña de tergiversaciones con que los monopolios imperiales, con el concurso de las oligarquías locales y sus propios medios de

imposición informativa, están tratando de desnaturalizar la identidad cultural de nuestros países para facilitar su dominio. Frente a esta conjura, defenderemos la verdad, la justicia y la belleza, y no de un modo abstracto, sino con la decisión y la lucidez con que lo exige y lo merece la personalidad original de nuestras naciones. Sólo el pleno ejercicio de su soberanía, que les permitirá por fin usar en su provecho sus riquezas inmensas y su potencialidad cultural, dará una base sólida y una válida razón de ser a nuestra vida.

Con este espíritu creador saludamos la inminente soberanía de Belice, y nos comprometemos a que los intereses populares que la hicieron posible no sean desvirtuados por otros ajenos a su destino. También con este espíritu repudiamos del modo más enérgico el apoyo que la administración Reagan está prestando a los regímenes más bárbaros del continente, y denunciarnos con indignación que los autores de los actos de terrorismo más atroces que se cometen en el mundo pretenden acusar de terroristas a los patriotas que luchan por la felicidad de sus pueblos, y por su identidad y su cultura, como es el caso en El Salvador y Guatemala, cuyos mejores hijos se han propuesto, al precio de muy duros sacrificios, conquistar para siempre su derecho a ser ellos mismos.

No son los designios de una maquinación internacional, como se trata de hacer creer, sino las condiciones internas de oscuridad y miserias a que los ha sometido durante años la opresión imperialista, lo que explica el incontenible aliento de liberación que hoy recorre a Nuestra América. La tramposa acusación de terroristas a los patriotas de estos pueblos tienen entre otros propósitos el de sancionar la intervención de los Estados Unidos, y preparar los espíritus mediante el aparato de propaganda más diabólico de la historia humana, para una agresión abierta contra Cuba, Nicaragua y Granada, e inclusive contra México, cuya política exterior independiente merece nuestro reconocimiento.

El imperialismo no es un hecho externo, ajeno a la esencia del subdesarrollo. Es explotación de nuestros recursos y

de nuestros pueblos, intervención ilegal en nuestros asuntos internos, deudas exteriores enormes que hipotecan la soberanía nacional, inflación, control monopolista de la producción, de los mercados y los medios de información e intentos de dividirnos en un momento en que nuestra unidad es condición indispensable para hacer valer nuestros derechos fundamentales y para hacerlos respetar. Eso lo saben desde la colonizada Puerto Rico hasta Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay, Haití, cuyos pueblos padecen el genocidio bajo tiranías militares, y lo saben también en los últimos enclaves coloniales que aún nos quedan en el Caribe.

Pero la actual política agresiva del imperio revela su debilidad y no su fuerza. El mundo de hoy no es el que ellos quisieran y por esto han fracasado en su intento de impedir por la fuerza que los pueblos se liberen, como lo demuestran las guerras que en los últimos tiempos el imperio ha desatado y perdido. Los pueblos empiezan a abrirse nuevos caminos y a reescribir su propia historia. La represión y la violencia no los detendrán.

Hemos venido de tierras muy diversas y nuestros puntos de vista no son unánimes. Pero estas diferencias están muy lejos de ser antagónicas, y son en cambio una prueba más de nuestra riqueza de creación. Prescindimos de nuestras divergencias secundarias, y proclamamos lo que tiene que unirnos en favor de los pueblos de Nuestra América.

Y no sólo de ellos. Desde nuestra trinchera de ideas, a la que dan carne y sangre millones de hombres y mujeres que aún no tienen acceso a la cultura, condenamos con energía la pavorosa carrera armamentista que está alcanzando límites de delirio, y en el rechazo a ella nos sumamos a todos los pueblos del planeta, incluyendo, por supuesto, al de los Estados Unidos, que dio pruebas tan admirables de valor y solidaridad cuando se opuso a la criminal agresión de su propio gobierno contra Vietnam.

La decisión de fabricar la bomba de neutrones, significativamente anunciada el mismo día en que se conmemoraba un nuevo aniversario de Hiroshima, ha recrudecido el pesimismo de muchos sectores de la opinión pública in-

ternacional, no sólo en cuanto a las perspectivas de paz, sino en cuanto al destino mismo de la humanidad entera. Los intelectuales, los escritores, los artistas de Nuestra América, frente a este grave riesgo de holocausto, asumimos a plena conciencia nuestra opción por la vida. No la abandonaremos al azar, sino que lucharemos con todas nuestras convicciones, con todas nuestras fuerzas, con las mejores reservas del espíritu, para que la paz se imponga como la única victoria posible contra la muerte.

Ni la bomba de neutrones ni otro artefacto de aniquilación colectiva se disparan solos. Son los hombres quienes deciden su misión de muerte. Pero esos hombres, aun los que disponen de una posibilidad totalitaria de destrucción, pueden también ser contrariados por el clamor de los pueblos. Es ahora, pues, cuando la palabra y la imagen deben extremar su capacidad de persuasión, su poder de reclutamiento de las fuerzas creadoras, su lucidez para convencer y convencernos de que el exterminio del ser humano es evitable, y que puede y debe ser evitado con el poder invencible de la inteligencia.

SOBRE EL COMITÉ PERMANENTE DE INTELLECTUALES POR LA SOBERANÍA DE LOS PUEBLOS DE NUESTRA AMÉRICA

A fin de dar continuidad a las tareas de este Encuentro hemos considerado necesario crear un Comité Permanente del mismo, integrado por personalidades representativas de la cultura latinoamericana y caribeña. Este Comité deberá reunirse con la frecuencia necesaria, se mantendrá en estrecho contacto, elaborará proyectos de trabajo en común, garantizará una rápida respuesta frente a eventuales desmanes futuros del imperialismo norteamericano y gobiernos a su servicio, y facilitará otros intercambios como el presente, entre intelectuales de nuestra área o entre ellos e intelectuales de otras áreas. Este Comité establecerá los vínculos más estrechos con otros organismos que ya existan o puedan existir en diversos países y se propongan metas similares.

Nuestro Comité está integrado por los siguientes compañeros:

Mario Benedetti, Juan Bosch, Chico Buarque de Hollanda, Ernesto Cardenal, Suzy Castor, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Pablo González Casanova, George Lamming, Roberto Matta, Miguel Otero Silva, Mariano Rodríguez.

CARTA AL PUEBLO Y A LOS INTELECTUALES NORTEAMERICANOS

No es común que casi 300 intelectuales, escritores y artistas latinoamericanos y del Caribe —algunos de ellos en el exilio— se reúnan y decidan escribir una carta a la intelectualidad y al pueblo de los Estados Unidos. Lo que nos obliga a hacerlo es el peligro de una intervención armada que amenaza la paz de nuestros pueblos, su acervo cultural, su integridad territorial y aun su propia supervivencia.

Por ello creemos que este mensaje es necesario y que será recibido con atención y respeto por los científicos, escritores, artistas y profesionales de los Estados Unidos, por el pueblo norteamericano, y en particular por los jóvenes que con ejemplar dignidad, valentía y espíritu de justicia se opusieron a la guerra de Vietnam y no vacilaron en comprometer su libertad para defender posiciones de principio.

Sabemos que hay asuntos en los que podemos no estar de acuerdo ustedes y nosotros. Pero éste no es el momento de dirimir nuestras discrepancias. La decisión del gobierno de los Estados Unidos de fabricar la bomba de neutrones, ha causado justificada alarma en todas partes. Conocemos y compartimos la inquietud y las protestas que algunos distinguidos científicos norteamericanos han hecho públicas. La estrategia de una guerra nuclear «limitada» es hoy engañosa e imposible. No importa dónde estalle la primera bomba, el pueblo de los Estados Unidos puede ser incluso una de sus primeras víctimas. Y la agresión militar a aquellos de nuestros pueblos que luchan heroicamente por conquistar y consolidar su independencia, puede tener consecuencias imprevisibles.

Confiamos sin embargo en que la razón se abra paso. Todavía es tiempo de que prevalezcan la paz y la vida en vez de la destrucción y la muerte. Los intelectuales, si actuamos con lucidez y sin demora, podemos contribuir a evitar una guerra en la que no habría vencedores ni vencidos.

Por encima de cualquier diferencia de criterios, nuestra acción

conjunta es necesaria a estas horas para preservar la paz, la cultura, los derechos humanos y la soberanía nacional. Los intelectuales defendemos siempre el derecho a pensar, a escribir, a creer y a organizarnos como condición indispensable para la creación intelectual; pero lo que hoy está en juego es nada menos que el derecho de todos a la vida.

Fraternalmente.

DECLARACIÓN DEL CONGRESO DE ESCRITORES NORTEAMERICANOS*

Nunca antes en la historia se han sentido los latinoamericanos tan amenazados como hoy por la política exterior norteamericana. Su temor no carece de fundamento.

Con una lógica distorsionada, que distingue entre torturadores «autoritarios» y «totalitarios», el gobierno de los Estados Unidos ha renovado su apoyo a dictaduras represivas en Guatemala, El Salvador, Uruguay, Argentina, Chile y otros países y está socavando los derechos democráticos en el resto de América Latina.

Considerando a Latinoamérica exclusivamente como un tablero de ajedrez para la manipulación de los grandes poderes, los Estados Unidos justifican su ayuda a las dictaduras como parte de una «gran estrategia» para detener la «expansión soviética».

Como norteamericanos, deploramos y nos oponemos activamente al intento de nuestro gobierno de sacrificar las vidas y las libertades de Latinoamérica en aras de la «seguridad nacional». Como escritores norteamericanos, nos parece un escándalo que nuestro gobierno sancione la represión de la cultura y de la vida en nuestro nombre, y nos disociamos de esas acciones.

Es desmesurado e inconcebible proclamar los derechos de los escritores en los Estados Unidos, y luchar por esos derechos, si se ignora el apoyo norteamericano hacia gobiernos que han asesinado, torturado y encarcelado a innumerables escritores, cuyos únicos crímenes son la inquietud social y su compromiso con la verdad.

El Congreso de Escritores Norteamericanos empeña su palabra de que se opondrá activamente al apoyo norteamericano a los gobiernos latinoamericanos que suprimen a los escritores. Más aún, el Congreso de Escritores Norteamericanos resuelve establecer lazos profundos con los escritores latinoamericanos y sus organizaciones con el objetivo de unir a los escritores, y a los pueblos, del norte, del

* Texto completo, publicado en *Proceso*, No. 254, 19 de octubre, 1981, p. 38.

centro, y del sur de América y del Caribe, para oponerse al sometimiento cultural, político y económico que caracteriza en demasía a nuestro hemisferio y que tuerce en demasía nuestro diálogo.

La posibilidad de la unidad con escritores latinoamericanos no es arbitraria, sino que fluye de una historia y una geografía comunes que debemos asumir.

La Carta Abierta a los intelectuales Norteamericanos, emitida por el Encuentro de intelectuales por la Soberanía de Nuestra América, firmada por centenares de autores latinoamericanos y que pide "una acción conjunta que... preserve la paz, la cultura, los derechos humanos y la soberanía", prueba que no estamos equivocados y es una iniciativa ejemplar que acogemos con agrado: El Congreso de Escritores Norteamericanos respalda de todo corazón los sentimientos de esa Carta Abierta y pide a su Comité de Continuación que trabaje para que haya una activa cooperación con el Comité Permanente de Intelectuales por la Soberanía de América Latina y con otros escritores latinoamericanos y organizaciones de escritores, tan rápida y eficientemente como sea posible.

Dada la urgencia de este problema para los latinoamericanos, estamos preparados para encontrar a nuestros escritores hermanos en cualquier momento y en cualquier lugar.

Se terminó de imprimir este libro el día
27 de diciembre de 1981 en los ta-
lleres de la Editorial Libros de México,
S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12,
D. F. Su tiro consta de 3 000 ejempla-
res, al cuidado de Ana Victoria Ji-
ménez.

Hace tiempo que la nuestra dejó de ser una comarca abierta a los desafueros de los imperios metropolitanos. Los pueblos están conquistando ahora su derecho a la palabra, y a nosotros nos corresponde la muy alta responsabilidad de articularlo y defenderlo. El enemigo también lo sabe, y por ello ha puesto todo el poder de su imaginación represiva al servicio de una desalmada operación de genocidio cultural. Es éste el sentido de la sistemática campaña de tergiversaciones con que los monopolios imperiales, con el concurso de las oligarquías locales y sus propios medios de imposición informativa, están tratando de desnaturalizar la identidad cultural de nuestros países para facilitar su dominio. Frente a esta conjura, defendemos la verdad, la justicia y la belleza, y no de un modo abstracto, sino con la decisión y la lucidez con que lo exige y lo merece la personalidad original de nuestras naciones. Sólo el pleno ejercicio de su soberanía, que les permitirá por fin usar en su provecho sus riquezas inmensas y su potencialidad cultural, dará una base sólida y una válida razón de ser a nuestra vida.

Declaración Final del Encuentro de
Intelectuales Latinoamericanos y Ca-
ribeños por la Soberanía de los Pueblos
de Nuestra América.



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

ESTRA AMÉRICA

BIBLIOTECA "MTR. JESUS SILVA HERZOG"

HC125/NB3

